

V
E
N
E
T
I
A

1932

85

PH

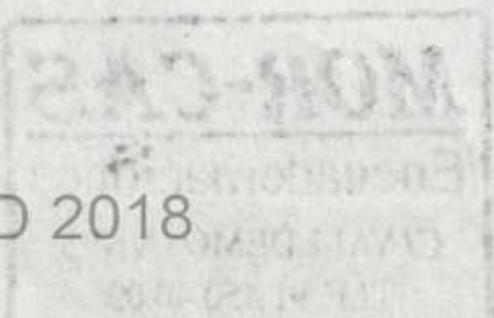




MCD 2018

MOR-CAS
Encuadernaciones
C/VALDEMOSA Nº 5
TLF. 91 450 40 09

MCD 2018



Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

Redacción.	<i>El Centenario de Goethe.</i>
J. W. Goethe.	<i>Fausto.—Versos.</i>
M. Picón Salas.	<i>Presencia de Goethe.</i>
E. Montenegro.	<i>Recuerdo de Goethe.</i>
P. Stapfer.	<i>Ifigenia en Tauris.</i>
Jorge González.	<i>Poemas de la noche.</i>
H. Fuenzalida.	<i>Cuento de verano.—(conclusión).</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Franz Werfel.	<i>El alma humana y el realismo.</i>
M. Ugarte.	<i>Los que no han comprendido.</i>
C. Pereyra.	<i>Carta a M. Ugarte.</i>

LOS LIBROS.—ALBERTO EDWARDS.—
GLOSARIO.

ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEAE dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (111)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

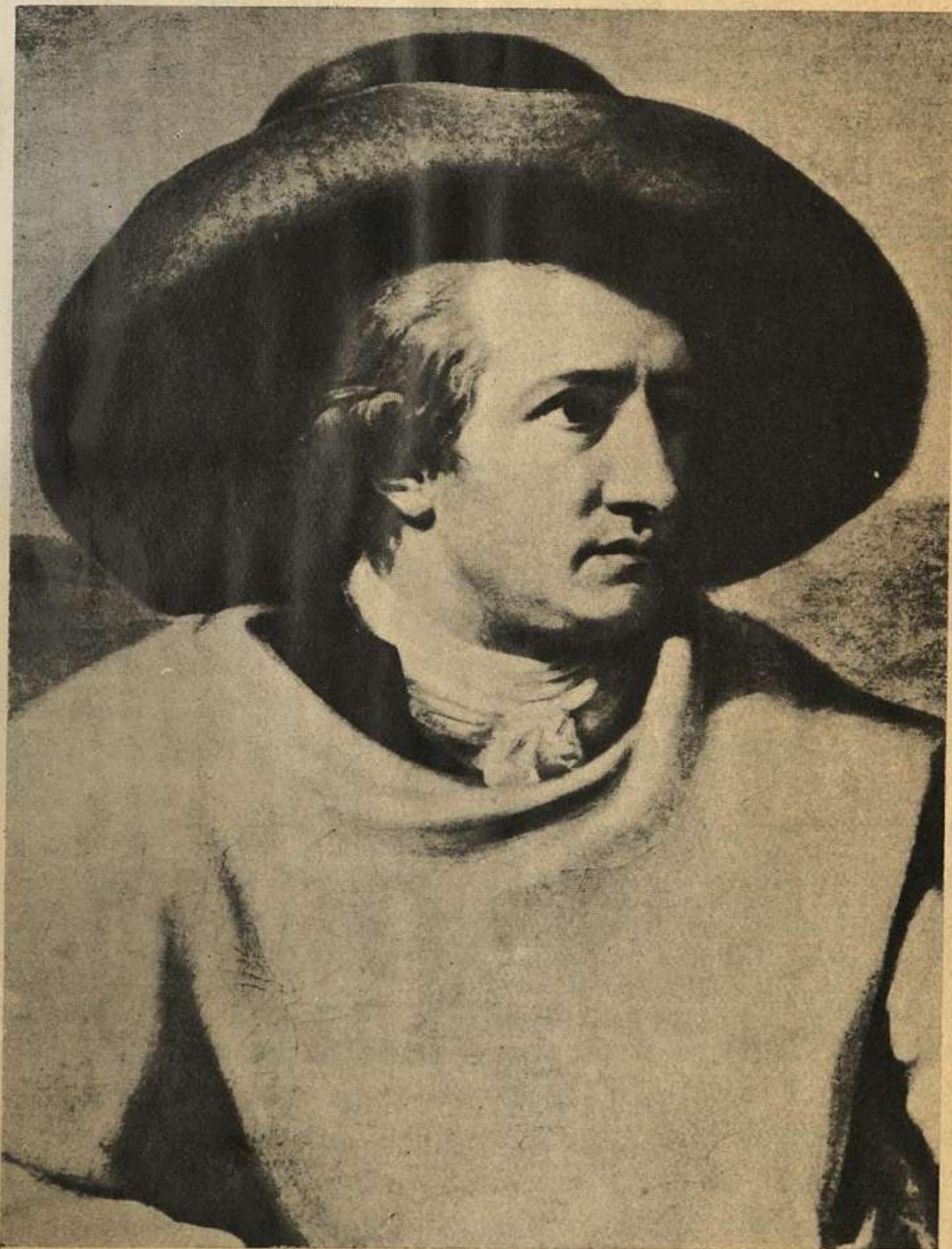
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.



Goethe en los días de juventud, en Italia.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Marzo de 1932

Núm. 85

EL CENTENARIO DE GOETHE

LA grandeza del genio, la universalidad de los conocimientos, la fuerza creadora, el supremo encanto de una sensibilidad rica y de una imaginación potente, son los dones del gran poeta alemán, cuyo primer centenario de su muerte acaba de ser celebrado en todo el mundo civilizado.

En Goethe pudo cumplirse la afirmación de Schiller: «Un griego del septentrión moderno». Tenía la belleza física, la sugestión irresistible, la impasibilidad de un dios. Fortuna, voluntad de dominio, vigoroso poder de expresión que lo mismo tocaba en las más delicadas visiones del artista, como en las creaciones del pensador. Y todo este conjunto de facultades, se hallaba en él, sometido al señorío de la armonía. La atmósfera de luminosa serenidad que resplandece sobre su obra y sobre su existencia, proviene de la concepción goethiana del dominio sobre sí mismo.

Pero cuando alcanza la cumbre del equilibrio armónico, está ya en la madurez. Ha adquirido la grandeza, la serenidad de un dios. El viaje a Italia, tierra de luz cálida y esplendorosa, es quizá el primer efluvio que madura su rica sensibilidad, sacudida, no obstante, por las ásperas contradicciones que animaron su naturaleza joven y espléndida.

De un lado, ha escrito uno de sus apologistas, una vigorosa sensibilidad, ávida de goce, el apasionamiento de una naturaleza recia, aunque fácilmente excitable; de otro, la más delicada espiritualidad y el refinamiento en las sensaciones.

«Renuncia, es preciso que renuncies!» grita Fausto en el pórtico de su vigorosa juventud. Pero tiene todos los dones, tiene la vida sin amarguras, la admiración de los príncipes, el amor de las mujeres. En él la voluntad creadora está por encima de la vida, y la energía profunda que fluía de su temperamento de artista «era capaz de arrollar todo obstáculo y realizar el fin de su aspiración íntima, a despecho de cualquier desvío o resistencia ajenos».

En «Poesía y Verdad», había fijado en una confesión, la dura lucha, que sostuvo, mientras iba camino de la alta montaña: «Es lo cierto que mi naturaleza me impulsa continuamente de un extremo a otro». Así pudo trazar las oposiciones que reinan en el alma humana, los contrastes de su doble naturaleza. A lo largo de su obra, surgen, con toda la fuerza de la concepción, los tipos en que personificó el hondo disentimiento interior de los seres: Tasso y Antonio, Fausto y Mefistófeles, Weislingen y Gotz.

Un don de superioridad lo mantuvo siempre distante de las angustias que flagelan al común de los hombres. Era poderoso el dominio con que encadenaba su serenidad. Sólo hasta un límite determinado le era permitido a las pasiones, adentrarse en su naturaleza. Sólo en la medida en que pudieran servir a su creación artística.

Así exclama en «Guillermo Meister», con la evidencia de una doctrina: «Sólo me da alegría el hombre que sabe cuáles son las cosas útiles para él y para los demás, y se afana por restringir su arbitrariedad. Tiene cada cual en sus manos su propia fortuna, como el artista el material bruto que trata de convertir en esta-

tua. Mas sucede en este arte como en todos: poseemos capacidad innata; pero hay que adoctrinarla y ejercitarla con esmero».

Es la voluntad potente, reguladora de su instinto. Goethe no es el siervo. Es el señor. A Schiller le anonada la impasibilidad del hombre. El está dentro de la vida, vibra con la vida; sufre, penetra en el hervor de sí mismo, en lo más acre de su ser. Goethe, en cambio, cierra la entrada de su dominio interior... y corrige, con su voluntad heroica, el pliegue que pueda revelar una derrota.

Llega, sin embargo, insatisfecho, a la ancianidad, Su actividad sobrehumana que le permitía renovarse cada día, se atormenta en el límite último: considera incompleta aun su obra, no ha penetrado aun toda la profundidad del drama humano y quisiera, tal vez, como Fausto, pedir un alto a la corriente inexorable, en cuyas orillas, mientras se llevaba a los labios la copa de la vida, llegó a comprender toda la infinita complejidad de que está hecha la naturaleza.

El primer centenario de la muerte de Goethe, sorprende a la civilización occidental en la más angustiosa de sus etapas. La serenidad no existe ya, y las grandes luchas sociales que desbordan el control económico y ahogan el orgulloso desenvolvimiento del individualismo, amontonan sobre el horizonte la carga sombría de sus nubes hinchadas con el trágico enigma del futuro...

Juan W. Goethe.

FAUSTO

Traducido al Castellano por MANUEL ANTONIO MATTA. (1)

ESCENA PRIMERA

Noche

En una cámara gótica, estrecha y de altas bóvedas, Fausto, inquieto, sentado delante de su atril.

Fausto

AY! la filosofía,
medicina y también jurisprudencia
y a más teología.
Con ardor he estudiado y con paciencia!
Y héme aquí, pobre loco
tan sabio como antaño;
por Doctor y maestro conocido
y sabiendo tan poco
que a mis simples discípulos engaño,
tiempo ha, con palabras sin sentido
y veo que no hay nada

(1) D. Manuel Antonio Matta, el político eminente, el fundador del radicalismo chileno, era al mismo tiempo un hombre de vastísima cultura.

Una prueba de ella es su traducción íntegra del Fausto en versos castellanos publicada en 1871.

Ahora que se celebra el primer centenario de la muerte del gran poeta alemán, ATENEA contribuye a su homenaje reproduciendo un fragmento de esa traducción. En próximas ediciones. ATENEA publicará otros estudios sobre la personalidad de Goethe e insertará, además, algunas traducciones de obras poco conocidas, del poeta alemán.

en todo el humo que llamamos ciencia!
Y esto me martiriza y anonada.
Mas que todos los frailes, en conciencia
puedo decir que sé; más que escritores
y clérigos, maestros y doctores.
Ni las dudas, ni escrúpulos me aquejan;
ni infierno y Diablo temo
y vivo en tal extremo
que todos los placeres se me alejan.
Saber nada completo me imagino
ni que algo sea digno de enseñarse;
tampoco creo que del hombre, el sino
pueda jamás cambiarse.
y vivo así, sin goces y sin bienes,
sin honores ni títulos del mundo:
no viviría tanto un perro inmundo!
Por eso, me he entregado
a la magia, anheloso
por ver, de boca y acto de algún sabio
espíritu, explicado
tanto y tanto secreto misterioso;
a fin de que no más, mi torpe labio,
con dolor y fatiga,
lo que no sabe diga;
observar el arcano tan profundo
que así mantiene el mundo;
ver toda actividad y todo germen
pasar todas sus fases
y no enredarme más en huecas frases!

Si tú, luna serena,
que tantas noches lúgubres me viste
velando siempre triste,
por la postrera vez vieras mi pena!
Meláncólica amiga
siempre me apareciste
para aliviar un tanto mi fatiga.
Oh! si de las montañas, en la altura,
pudiera yo gozar tu lumbre pura;
flotar en las laderas
del monte, con Espíritus; praderas
correr, besadas de tu tibia lumbre;
de toda pesadumbre
del saber, descargado contemplarme

y en tu rocío, con placer, bañarme!

¿Y en esta cárcel seguiré viviendo?
 Maldecido agujero tan obscuro
 do el sol no logra entrar sino rompiendo
 el vidrio pintorreado!
 Preso entre un doble muro
 do libros y papeles polvorientos,
 sucia comida de gusano inmundo;
 de vasos y de cajas circundado
 y de viejos y mohosos instrumentos,—
 herencia que mis padres me han dejado—
 y éste es tu mundo! llámase esto mundo!

Y aun osas preguntar por qué en tu seno
 palpita el corazón de angustia lleno?
 Por qué suma tristeza
 vaga y desconocida
 embaraza tu vida?
 en vez de la vital naturaleza,
 en la cual crió Dios a los mortales,
 tú, entre humo y pudrición, sólo te asientas
 en medio de esqueletos de animales
 y humanas osamentas!
 Ea! huye, vuela a la anchurosa tierra!
 ¿Y no te bastará la compañía
 de este libro que encierra,
 de la magia, los grandes pensamientos?
 de los astros sabrás la fija vía
 de la naturaleza.
 Comprendiendo después, los elementos,
 con nuevo brío, al punto despertando,
 todo lo entenderás, como cuando
 un espíritu al otro al hablar empieza:
 nunca el sentido literal y frío
 te explicará los signos consagrados—
 espíritus que andáis en redor mío
 prestad oído pío,
 si vos los escucháis, a mis llamados!

(Abre el libro y mira el signo del Macro-Cosmos).

Corren, al verlo, en ímpetu violento,
 mil delicias por todos mis sentidos!

Nuevo, santo placer resbalar siente
mis nervios decaídos
y venas fomentando.
Fué un Dios quien estos signos escribiera,
que esta mi inquietud fiera
ya van apaciguando
y convierten mi angustia en alegría?
y qué, con un instinto misterioso,
me revelan, del mundo, la energía?
¿Soy un Dios? que ya así tan claramente
contemplo en este pliego luminoso,
obrando ante mi mente
a la naturaleza creadora?
Lo que el sabio dijera, entiendo ahora:
—«No está, el mundo de Espíritus, cerrado;
«ciego, el sentido, el corazón, sin brío,
«tienes—ea, tu pecho acongojado
«Baña, mortal, del alba, en el rocío!»

(Mira el signo).

A formar un conjunto,
cómo toda se agita.
y unido, al mismo punto,
cómo se precipita!
cómo las fuerzas célicas, volando,
las doradas redomas se van dando
y al mundo descendiendo desde el cielo,
en balsámico vuelo,
y todo prestan luces y armonía,
Y todo en ellas bebe la alegría!

Qué visión! mas visión vacía y vana!
Donde naturaleza soberana,
donde podré yo asirte a ti, infinita!
do, tu pecho y la eterna y exquisita
fuente de toda vida
que halagan tierra y cielo
y que al ánima triste da consuelo?
Esa fuente de vida y de contento
sólo a mí se me esconde
aumentando mi sed y mi tormento!

Despechado hojear las páginas del libro y mira el signo del Espíritu de la
(Tierra).

Oh! cuánto es este signo diferente!
ya te me acercas, Genio de la Tierra,
ya siento que mis fuerzas se duplican,
que mis venas, con sangre más ardiente,
todos se vivifican.
Tengo valor para arrostrar la guerra
de aqueste mundo soportar paciente
las dichas y desdichas de su suelo;
y afrontar la borrasca, sin recelo
el naufragio de sus ayes contemplando...
sobre mí se está el techo abovedando...
Su luz, la luna oculta
ya vacila la lámpara, fenece
y todo en las tinieblas se sepulta!...
En torno de mis sienes,
rayos rojos serpean; bajar siento
misterioso pavor que me estremece!
Sí; ya sé, eres tú, Espíritu que vienes.
a mi llamada. Muéstrate al momento!
Ay! qué dolor mi corazón lacera!
a nuevo sentimiento
se disponen ya todos mis sentidos!
tuyo soy con el alma y pensamiento!
descúbrete! descúbrete aunque muera!

(Toma el libro y enuncia de un modo misterioso el signo del Espíritu.
Una llama roja estalla y en ella aparece el Espíritu.)

El Espíritu

¿Quién me llama?

Fausto, vuella la cabeza

Espectáculo horroroso!

El Espíritu

A mi pesar, me atrajo tu potencia
y largo tiempo, ansioso
te alimentaste en mi esfera y ora...

Fausto

Ah! soportar no puedo tu presencia

El Espíritu

Anhelante poco há me suplicaste
por contemplar mi faz, oír mi acento,
a tu súplica, al fin, me doblegaste
y cuando me presento,
tú te amedrentas, Genio sobrehumano!
¿En dónde está, de tu alma, el ardimiento?
¿En dónde está ese pecho que creaba
y escondía en sí mismo todo un mundo,
y qué, henchido de gozo soberano,
a nosotros, osado, se igualaba?
¿Dónde estás, Fausto, cuyo gemebundo
eco por mi presencia ansiaba tanto?
¿Eres tú, ese gusano vil, inmundo,
sobrecogido a mi hálito, de espanto?

Fausto

Tú no me harás cejar, llama inconstante.
Fausto soy, Fausto soy, tu semejante!

El Espíritu

Sin cesar, en las olas de la vida,
por todas partes vago
y por el torbellino
de los sucesos, hago
mi tela y mi camino.
Muertes y nacimientos,
olas de eterno mar y vida ardiente
son los hilos que en raudos movimientos
yo tejo y con que a Dios hago el hermoso
manto siempre viviente,
del tiempo en el telar estrepitoso!

Fausto

Cuán cerca a ti me siento,
a ti que con tus alas.
activo siempre el mundo circunscribes!

El Espíritu

Al Espíritu solo que concibes,
no a mí, reptil, te igualas.

(Desaparece).

Fausto (aterrado)

¿A ti no? ¿Y a quién pues? Siendo reflejo
del mismo Dios, yo a ti no me asemejo?

(Golpean en la puerta).

Ay! Infierno! Mi Fámulo es quien llama...
que así mi más gran dicha se destruya!
que tan bella visión, venga un imbécil.
a borrar!

(Wagner entra, llevando una lámpara en la mano, y en traje y con gorro de dormir. Fausto se da vuelta disgustado).

Wagner

Declamábais vos, sin duda,
algún trágico griego y yo me vine,
por eso; pero sírvame de excusa
mi ansia de cultivar arte tan serio
que es hoy, dicen, origen de fortuna.
Muchas veces oí que un comediante,
buenas lecciones puede dar a un cura!

Fausto

Si es este comediante, como vemos!..

Wagner

Siempre encerrado un hombre, podrá nunca
mirando al mundo sólo por anteojo,
llegar a persuadirle su conducta?

Fausto

Si no lo estáis, jamás podréis hacerlo:
si no sentís innatas y profundas

emociones, jamás veréis que en otros,
vuestras palabras persuasión infundan.
Alzando con esfuerzo las migajas
de más alto festín, tal vez resulta
algo y tal vez la llama, del rescoldo,
a fuerza de soplidos, al fin suba.
Y con esto, si os cuadra, los aplausos
de niños y de monos se aseguran;
pero jamás conmoveréis las almas
sino con voces que del alma fluyan!

Wagner

La buena elocución, ya sé que siempre
del orador, produce la ventura.

Fausto

Buscad prez más honesta! para locos
son esos cascabeles. Pues, sin muchas
artes, por sí tan sólo se revelan
razón y buen sentido; si hay alguna
verdad que proclamar ¿no habrá de hacerse
sin correr tras de voces y de bulla?
Todos esos discursos tan vistosos
en que hacéis relumbrar, con tanta industria,
los juguetes humanos, son cual brisas
del otoño que estériles susurran
entre las secas y amarillas hojas!

Wagner

Pero ¡ay! mi empeño aumenta mis angustias!
Tan largo el arte y el vivir tan breve!
Los medios adquirir que nos ayudan
a llegar a las fuentes, cuánto cuestan!
Y antes que a mitad del viaje suba,
agoniza y se muere un pobre diablo.

Fausto

¿Esperas encontrar la fuente pura
que sacie toda sed, en pergaminos?
Si de tu propio pecho no es que surja,
jamás hallar esperas refrigerio!

Wagner

Perdón! de ello, placeres nos redundan;
el transportarnos a épocas antiguas,
ver como piensa el sabio y más ver gusta
los grandes adelantos que hemos hecho!

Fausto

Sí, como de aquí al cielo. Amigo, escucha!
El pasado es un libro incomprensible:
lo que tal o cual hombre se apresura
a apellidar Espíritu del Tiempo
no es más que el suyo propio que trasunta
la época; mal o bien, según sus fuerzas;
y a fe que, a veces, eso nos repugna
tanto, que es de correr por no mirarlo!
Todo ello es sólo confusión inmunda
y cuando más un diálogo de aquellos
en que máximas graves acumula,
cual a sus monos sienta, el titirero!

Wagner

Saber algo del mundo a todos gusta,
del corazón y espíritu del hombre!

Fausto

Lo que llaman saber! ¿Quién pudo nunca
dar al niño su nombre verdadero?
Los pocos que tuvieron ciencia alguna;
los que sus sentimientos y visiones,
imprudentes, mostraron a la turba,
en la cruz perecieron o en la hoguera.
es tarde y menester que se interrumpa
nuestro coloquio, amigo, por ahora.

Wagner

Yo trasnochara por seguir consulta
tan útil para mí; y hasta mañana,
que es Pascua, guardaré varias preguntas.

mucho sé con mi empeño, mas quisiera
todo, todo saber cuanto se estudia.

(Vase)

Fausto, (solo)

Nunca, en el hombre, la esperanza acaba
si en fútiles ideas se complace;
con mano ansiosa tras tesoro cava
y un gusanillo vil lo satisface.

Resonar pudo aquí tal voz humana
aquí donde ese Espíritu inefable
me otorgó su presencia soberana?
mas, ay! por esta vez, el alma mía
te debe gratitud, o miserable!
A la desesperación que destruía
mis fuerzas, me arrancaste en ese instante.
Era la aparición, ay! tan gigante
que yo ante ella pigmeo me sentía.

Yo, que de Dios reflejo,
miraba ya el espejo
de la eterna verdad y me gozaba,
del cielo, en el fulgor y la belleza,
y ya en mí lo terrestre despojaba!
Yo más que un querubín que pretendía,
de la naturaleza,
las venas recorrer en mi energía
creadora sentir goce divino.
Oh! cómo tanta audacia ahora se espía!
Lloroso, me desvía
una palabra—trueno del camino.

Cierto, no soy, no soy tu semejante!
Si yo tuve poder para atraerte
ninguno tuve para retenerte.
En ese grato instante
tan grande y tan pequeño me sentía!
Más me arrojaste, con tu mano fría
al humano destino.
¿Quién hay, pues, que me instruya?
Qué es preciso que yo huya?
¿Debo a este impulso obedecer acaso?

Ay! acciones y cuítas no hacen sino
embarazar, de nuestra vida, el paso.

Lo grandioso que el alma en sí recibe
cada vez más, en lodazal inmundo,
se hunde y en él espira,
si lo bueno alcanzamos en el mundo,
a lo mejor que el corazón concibe
llamamos descontentos,
error, sombra, mentira,
los nobles sentimientos
que nos dieron la vida y la engrandecen,
en el tumulto terrenal perecen.

La fantasía, en atrevido vuelo
y llena de esperanza,
rauda a la eternidad tal vez se lanza;
pero, ay! cuando, del tiempo, el torbellino,
sus dichas arrebatada, una por una,
se amolda a campo estrecho.
La cuíta, en lo más íntimo del pecho,
se anida y sin cesar, penas secretas
acariciando, todo goce mata;
y siempre otras caretas
cogiendo, nos retrata
a la vista, el hogar, corte, hijo, esposa,
fuego daga o bebida venenosa.
Mortal, ay de ti triste,
lo inerme te da espanto
y siempre habrás, lo que jamás perdiste,
de lamentar en congojoso llanto!

Yo no soy, no, a los Dioses semejante!
demasiado lo siento:
al gusano lo soy que el caminante
huella, mientras hambriento
buscaba en el vil polvo su alimento.

De estos muros y de esta barahunda,
no es polvo, polvo lo que salta?
¿Aquí la pudrición no me circunda,
agriando sin cesar mis duros males?
¿Podré encontrar aquí lo que me falta?
en millares de viejos pergaminos,

acaso he de leer que los mortales
siempre tuvieron desdichados sínos,
y por excepción rara
uno que otro feliz, tal vez se hallara?
¿Qué me quieres con tales
muecas, cráneo sombrío?
Tal vez que tu cerebro, como el mío,
la luz y la verdad buscando ansioso,
se descarrió por infernal vacío
y la verdad no hallaste ni el reposo.

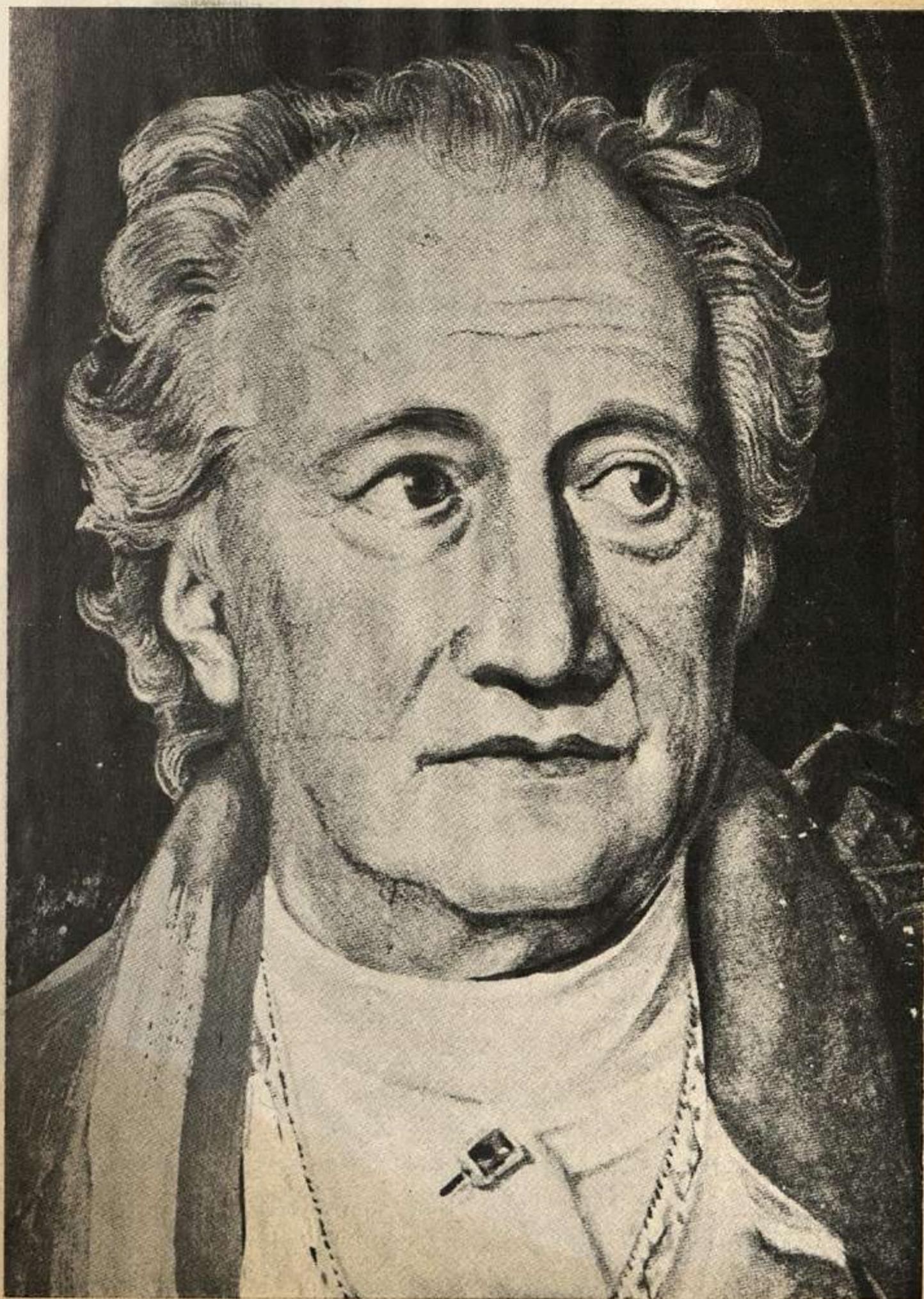
Vos me mofáis exactos instrumentos:
vuestra forma despierta
placer en nuestro ojos:
debíais ser la llave de la puerta,
y a pesar de vuestro arte y mis tormentos,
no abrimme los cerrojos.
no, la naturaleza no consiente
que a la luz, se desvelen sus arcanos;
y lo que ella no ostente,
oh! jamás, se lo arrancan otras manos!
Ahí estáis, siempre, muebles en desuso
que, por paternos, guardo solamente,
sin serme de algún uso,
harto ya estás, roldana ennegrecida,
con la llama frecuente
que alumbra los afanes de mi vida.
Cuánto mejor no fuera haber gastado
lo poco que tenía,
que no con ello, verme, así, agobiado.
Conquistate, tu herencia, cada día,
para que tú la goces, que sin eso
cuanto el hombre posea,
serale grave peso,
lo que el instante crea,
es también lo que él mismo siempre emplea!

Pero por qué allí se clava el ojo mío?
¿Es ese frasco, imán de mi pupila?
Por qué, tan de repente
me innunda luz tranquila,
como en bosque sombrío,
el brillo de la luna refulgente?

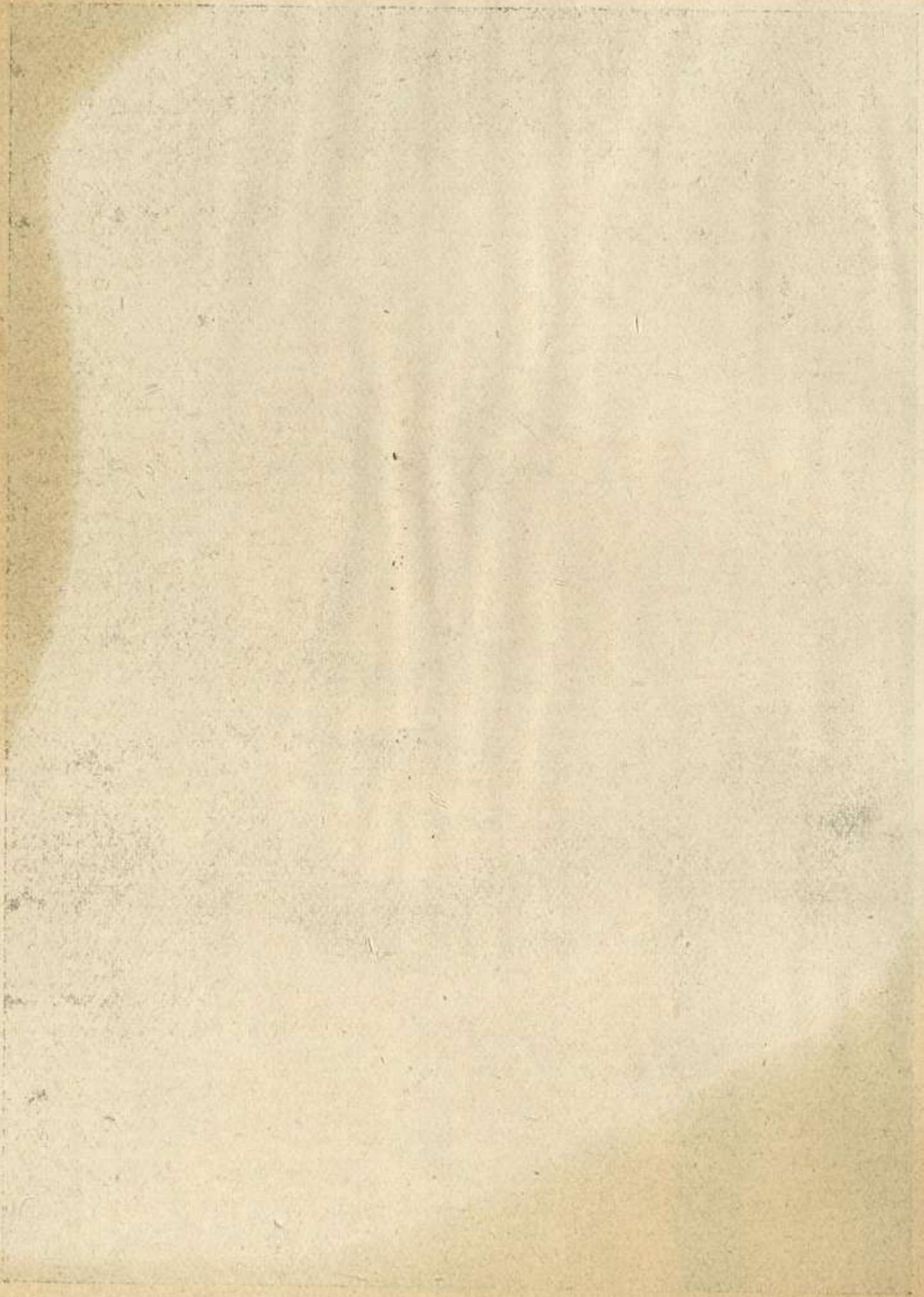
Ven a mis manos, pomo, ven tesoro!
con pío sentimiento
en ti respeto, adoro
el arte y el humano entendimiento,
esencia de recóndito beleño,
y de cuanta sutil y matadora,
fuerza, concede ahora
un bálsamo a tu dueño!
al verte, mi dolor ya se minora;
ni inquietud, al asirte, ya decrece
y de mi alma, el torrente turbulento,
se aplaca y desaparece.
al alta amar ya arrebatarme siento;
a mis pies resplandece
vívido su cristal y a nueva playa,
un nuevo día, convidando, raya!

Un ígneo carro, con ligero vuelo,
se cierne sobre mí. Siento energía
para cruzar el cielo
y para remontar, por nueva vía,
a esas nuevas esferas
de pura actividad. Tan alta vida,
deleite tan divino
merecerás, insecto vil, mezquino?
Ya, sin vacilaciones,
abandona la luz apetecida,
y las puertas desquicia ante las cuales
huyen amedrentados los mortales.
tiempo es ya de mostrar con las acciones
que el hombre a la deidad nada cede;
que sin temblor ni miedo, llegar puede
a la caverna obscura
en la cual así propia se tortura
la humana fantasía,
avanzarse a la estrecha galería
por cuyo hondo agujero
lanza sus llamas el infierno entero;
y ese peso efectuar con sangre fría
y el alma sosegada
aun cuando nos hundíamos en la nada!

Oh copa de cristal, deja el arcano
de estuche enmohecido



Goethe en la vigorosa ancianidad.



donde hace tantos años que te olvido!
en tiempo ya lejano
en las paternas fiestas tú brillabas
y al más mohino huésped alegrabas,
pasando alrededor, de mano en mano.
tu artística riqueza,
por mil bellos dibujos realzada;
la obligación, del huésped respetada,
de explicar con presteza
en rimas tus figuras
y de un trago vaciarte,
Me hacen hoy recordar las noches puras
de juventud! Amigo, a quien pasarte,
hoy no tengo y tampoco mi agudeza
haré ver ensalzando tu belleza—
el negruzco licor de que está lleno
tu cristalino seno
pronto embriaga; yo mismo, con cuidado
lo prepararé y también lo escojo ahora.
Cual saludo solemne y respetado,
con toda mi alma, a la naciente autora,
mi último trago sea consagrado!

(Lleva la copa a sus labios).

Tañido de campanas y canto.

Coro de los ángeles:

Cristo resucitó!
felices los mortales
a quienes, con fatales
pecados eternos.
Adán aherrojó!

Fausto

¿Qué sorda voz, qué tono melodioso
la copa me arrebató de los labios?
¿Anuncias, con acento estrepitoso,
oh campanas sonoras,
de navidad, las jubilosas horas?
vosotros Coros, entonáis los sabios
cantares de consuelo
qué, el horror de la muerte atravesando,

entonaron los ángeles del cielo,
nueva alianza anunciando.

Coro de las mujeres

Con ámbar y con mieles,
su cuerpo embalsamamos
y en el supulcro, fieles
también lo recostamos.

En lino lo envolvimos
puro como alelí.
cuando a verle, ay! venimos
ya Cristo no está aquí.

Coro de los ángeles

Cristo resucitó!
feliz el alma amante
que la prueba constante,
saludable, angustiante,
por siempre resistió.

Fausto

¿Qué me queréis, o trinos celestiales,
a mí en el polvo hundido?
Buscad otros más lánguidos mortales:
la nueva, bien he oído,
mas fe no tengo y el milagro ha sido,
de la fe, siempre el hijo idolatrado.
no soy ya tan osado
que aspire a esas esferas
lo retiene el mensaje sacrosanto.....

y sin embargo, desde mis primeras
auroras, dominado de este canto,
a la vida, por él, volver me siento,
otro tiempo, amoroso
el cielo me besaba
durante el santo día de reposo:
de las campanas, al sonoro acento
mi alma en presentimientos, se inundaba
y en ferviente oración se embelesaba:
un celestial, incomprensible anhelo

a los bosques y prados me impelía
y, sumergido en ardoroso duelo,
Para mí, levantarse un mundo vía.
Este canto anunciaba
los bulliciosos juegos juveniles
y las alegres fiestas del estío;
y hoy, de los sentimientos infantiles,
el fiel recuerdo, traba
el último y más grave paso mío.
seguid, celeste canto
henchido de dulzura y de zozobra!
mis ojos baña el llanto
y la tierra de nuevo me recobra.

Coro de los discípulos

Al cielo, el enterrado
ya remontó glorioso
y vive, majestuoso
en olas engolfado
de goce creador;
Nosotros, en el suelo
para más desconsuelo,
¡ay! tras ti nos quedamos;
por ti sólo anhelamos
y sin cesar lloramos
ay, tu dicha, Señor.

Coro de ángeles

Cristo resucitó
de entre las sepulturas!
romped las ligadura,
con que el mundo os ató!
los que vais ensalzando
su vida y su pasión;
los que amor mostrando,
en santa comunión
hermanos os llamáis;
los que su fe enseñando
por los caminos vais
regocijáos!—Dios
bendiciones os da.
El maestro, junto a vos,
con vosotros está!

Mariano Picón-Salas.

PRESENCIA DE GOETHE

LA dilatada biografía de Goethe cruza esa frontera de la historia europea en que la Cultura se transforma en Civilización, el artesano en gran industria, y el alma del contemplador vacila entre el dorado crepúsculo declinante, y el día que tiembla y se acongoja como un hijo en las entrañas de la Noche. La fuerza de Goethe está en haber salvado esta oposición, este dualismo que arrastró consigo a otros grandes precursores o realizadores de la época nueva, a toda una atormentada familia de espíritus que comienza con Rousseau y sigue con Hölderlin, Heine y Nietzsche. Ahora mismo, hace pocos años, se extinguía en Rainer María Rilke el último gran poeta de Europa, el hombre entristecido, exquisito y sonámbulo en una época que como la nuestra ya no se hizo para la Poesía. La muerte de Rilke fué comentada por una docena de revistas europeas; la muerte de Goethe fué un suceso universal. Es que los valores históricos han cambiado, y ese mundo industrial, mecánico e implacable cuyo nacimiento ya advirtió Goethe, no iba a dejar en sus usinas torvas de humo, el pradito verde en que necesita jugar la Poesía.

Goethe, por lo menos, en el segundo período de su vida, conoció esta tragedia del intelectual, y el artista moderno, y alcanzó a salvarla con su robusta salud moral, dominando el paisaje contradictorio, desde esa perspectiva alta y clara que es la frente de un hombre de genio.

Podemos dividir así la vida de Goethe como el variado ciclo de historia que recorrieron sus ochenta y tres años, en una primera parte que es como un adagio de Mozart en uno de los últimos salones del Rococó, en el regazo plácido de esas pequeñas cortes alemanas del siglo XVIII. La Naturaleza se descubre como la eterna música que acompaña todo movimiento del alma. Rousseau ha acostumbrado al hombre europeo a las caminatas a pie y las meditaciones del paseante solitario. En los cuadros de Antonio Watteau hay siempre alguien que parte o un corro de muchachas que juega. La Arquitectura prefiere al amplio salón para la ceremonia y la parada del Barroco, el saloncito Rococó donde es grata toda conversación y se desliza con su paso galante, con ese trío exquisito del piano, el violín y la flauta, la música de cámara. De Inglaterra viene el jardín inglés con sus altas alamedas, con su perspectiva honda para el sueño y la meditación. Y los estudiantes de las Universidades alemanas han descubierto el mundo antiguo no con las reglas del clasicismo francés, sino con la contemplación directa de las obras, con un amor de juventud que los hace sentirse a sí mismos como apolíneos y alborozados griegos. El cuerpo humano, la forma de contorno, preciso, la serenidad en reposo del atleta, la gracia adolescente del Apolo Saucróctono, la cabeza pensativa del Hermes de Praxíteles, el juvenil dominio de las figuras de Lisipo, esa es la Antigüedad, la bella forma antigua, para estos hombres jóvenes del riente clasicismo alemán. Junto al deleite divino de la obra de arte Goethe en su juventud ha mirado la naturaleza: las antaño «alegres cascadas» como diría en su vejez comparando el tiempo que fué con el tiempo que venía, y el trabajo como se realizaba aún en Suiza y en Alemania antes de la turbia época industrial. Compárese esta descripción, de un telar suizo visto por Goethe en el siglo XVIII, con uno de

esos cuadros dantescos de las fábricas inglesas descritos por Dickens o Carlyle, cincuenta años más tarde:

La hiladora sentada delante de la rueca, da vueltas con la mano derecha al disco, haciendo con la otra movimientos amplios y hermosos. Mientras trabaja los muchachos cantan salmos, y también, aunque con menos frecuencia, canciones. En estos aposentos hallé un sentimiento de actividad, de vida, matizado de emoción familiar, doméstica y pacífica. Entre el movimiento de las ruecas y los husos veíase allá en el rincón a los viejos, charlando junto a la chimenea con sus vecinos y amigos. He aquí una paz doméstica fundada en la piedad, animada por el orden y el trabajo, no demasiado estrecha ni tampoco excesivamente amplia, en feliz relación con las capacidades y fuerzas de cada cual. En este ámbito, muévase un círculo de trabajadores en el más puro sentido de la palabra. Es un cuadro de limitación y actividad, de decencia y de moderación, de inocencia laboriosa.

Es, decimos, nosotros, el último cuadro dulce y crepuscular de una cultura que muere, mientras que del fondo de la tierra—como en el Fausto,—empiezan a surgir fuerzas demoníacas y avasalladoras. El hombre se lanza en esa última tarde del siglo XVIII en la desafortada exaltación de su persona y el individualismo, el romanticismo, el liberalismo, traen en su esencia todo el caos de la nueva época industrial. Se rompía una jerarquía y aun no empezaba a edificarse otra nueva. Era el sino histórico que a la decadente nobleza feudal la sucediera una burguesía empeñosa, una burguesía como la que pudo dar al espíritu europeo un consejero von Goethe, pero la burguesía triunfante incubaba el tremendo problema del proletariado industrial y arroja a sus nuevas víctimas la carta pálida, declamatoria e ineficaz de su abstracto, demasiado abstracto Liberalismo. Para un hombre inexistente, para uno de esos autómatas que se complacía en idear la Física recreativa del siglo XVIII, se construía un sistema irreal en que la Diosa Razón,

la vaga libertad de conciencia, demasiado altas y lejanas, no descendían a ese infierno angustioso de hambre, de instinto sexual, de servidumbre y fatiga, donde toda una humanidad gime. Ya en el «Wilhem Meister» esa primera novela de la mutación europea, del choque de dos generaciones, aparece uno de esos primeros liberales creados por el racionalismo del siglo XVIII. Es el yerno del viejo Meister que se desprende de su casa solariega, de todos los objetos historiados y exquisitos que le legó la época de la Cultura, para acaparar dinero, único valor tangible en el nuevo período de civilización.

No quiero capital muerto, exclama este personaje. Mi profesión de fe es hacer negocios, ganar dinero, sin preocuparme de nada ni de nadie.

El Primer Fausto participa también de las ideas de este tiempo individualista. Todos conocemos como el sabio Doctor, después de haber agotado los límites del conocimiento, destruido el cielo, superado las convenciones de la Cultura, no halla otra solución para este trágico problema del ser que el goce y la juventud. Desengañado de la Alquimia y la Teología, de los sulfurosos vapores de su Conciencia, el grave Doctor Fausto quiere gozar. Es, según la gráfica expresión de Taine, un orondo profesor universitario que va de juerga; piensa en sí mismo y se olvida de los demás. Un fragmento del Fausto fué presentado por Goethe en 1790, toda la primera parte apareció publicada en 1808. Pero la historia europea se acelera en el tiempo que sigue. Y a medida que se avanza en la época burguesa, el hombre de estado, el representante de la vida espiritual soñados por Goethe, son desplazados en el nuevo juego de valores por el capitalista. Es la época de Rothschild, de la gran banca semita, a que ya Goethe alude en una

de sus conversaciones con el Canciller de Muller. Goethe vive lo bastante para ver surgir en Francia la gorda monarquía de los banqueros de 1830, y leer los primeros folletos de Carlyle henchidos de profetismo donde parecen bullir los horrores de la nueva industria inglesa.

El desarrollo de la maquinaria me tortura y me angustia, había dicho uno de sus personajes. Avanza como una tormenta, lentamente; pero ya ha tomado una dirección y ha de llegar a alcanzarnos. Todavía perdura en vuestra mente el recuerdo de la alegre vida que habéis visto estos días, y de la cual os dió gran testimonio ayer la ataviada multitud que por todas partes se apretujaba. Pensad que poco a poco, todo esto ha de desaparecer y morir y que la llanura poblada y animada durante siglos, ha de volver a su primigenia soledad.

Pero no es solamente el paisaje que cambia, la Naturaleza que torna a la obscuridad de los días genésicos, el paralelo que ya Goethe advierte entre el primitivismo y la suma civilización, esa nueva morfología de la Historia de que él es también un precursor, sino el problema esencial del destino del hombre. En este nuevo ciclo de la experiencia goethiana el Segundo Fausto debe realizar la expiación del primero. La solución individualista no cabe ya en el mundo industrial que no pone límites a la ambición de capitalismo, y explota al obrero en nombre de la Libertad de Trabajo. Por eso el Segundo Fausto redimirá su vida de goces laborando por la Humanidad, cultivando los opimos campos donde las muchedumbres de mañana han de prosperar, en una Naturaleza ya pacífica como una amante domada. Así la idea socialista cierra en los últimos y titánicos versos del Segundo Fausto, toda esa etapa de agitada humanidad que en el poema nos condujo desde la jerárquica Edad Media pasando por el Renacimiento deslumbrador, hasta el reciente mundo industrial. La Naturaleza

en la morada de las «Madres» sigue agitando las entrañas de la Tierra, pero el esfuerzo humano se fija según Goethe, en esta batalla, en este dominio continuo sobre lo viviente. La vida es obra dijo Leibnitz y repitió Goethe. Y lo que él amaba más en el Arte era este esfuerzo sobre la forma, esta venturosa conquista plástica que le permitió presentar una fábula moderna como *Hermann y Dorotea*, con la serena gracia de un mármol griego. Sólo esta disciplina sobre el instinto, sólo un entrenamiento armonioso como el del atleta antiguo, puede lograr lo universal. Por eso Goethe salva sin alterarse el impetuoso mar del Romanticismo y del Individualismo disgregador. Ha visto morir o destruirse todos esos arcángeles malos como Byron, o esos abrasados serafines como Novalis, Hölderlin y Kleist que la sublimación romántica consumió en su propia llama. Todos ellos infringieron leyes naturales. Hicieron de la Naturaleza la amada etérea, inasible de Hölderlin, o la hetaíra frenética de Byron. Entre el *Empédocles* de Hölderlin, espíritu del fuego, cuyas cenizas avienta el ardiente Vesubio y el Caín de Byron acosado por el fantasma lívido de sus remordimientos, oscila el destino trágico de toda una generación europea. Sólo Goethe opone a ese patetismo agotador de los comienzos del siglo XIX la salud de la forma clásica, del Clasicismo no como lo explican los Manuales de Literatura, ni como lo esquematizó el siglo XVIII, sino como surge de su paisaje meridional, cuando junto al Mar de Sicilia—según apunta Goethe,—la *Odisea* se le convirtió en palabra viva.

Nuestro espíritu occidental nutrido de lo pagano y lo cristiano, del Norte y del Mediodía, no ha podido conciliar este tremendo dualismo de alma y cuerpo, contenido y forma, cultura y naturaleza, que es el drama del primer Fausto. Junto al claro contorno y a

limitación griega, el occidental opone su trágico deseo de infinitud. En Goethe desembocan y se encauzan como en ningún hombre moderno, estas corrientes divergentes de la historia universal. El, acerca Fidias a Rembrandt. Ofrece a la desesperanza occidental, a nuestro contenido turbulento, la blanca hospedería acogedora de la forma clásica. Quiere ver el mundo con la pupila maravillada de esos hombres que en la Grecia naciente, en su jardín de islas, atisbaban el alba de la cultura humana. La Naturaleza es para él como para Heráclito de Efeso el eterno misterio fecundo; por eso en las Cosmogonías, la Tierra tiene siempre sexo y atributos de mujer. Lo natural, lo objetivo, es el secreto de Goethe en un momento en que el mundo estaba atacado de frenesí, y el individualismo discordante conducía a la humanidad europea a esta encrucijada doliente, en que la vemos hoy. Queda como en el Segundo Fausto, esa esperanza de redención, donde el hombre vuelve a integrarse en el esfuerzo de una humanidad solidaria.

Fausto e Ifigenia, lo moderno y lo antiguo, lo clásico y lo romántico, en la voluntad vital de Goethe todo se concilia. Por eso todavía el espíritu moderno acude a Weimar a pedirle al olímpico consejero, su mensaje de integradora unidad. ¿Salvaremos la Cultura, mantendremos sobre la discordia del mundo presente esa serena anfictionía de la inteligencia que en otros tiempos—el tiempo de Erasmo, el tiempo de Voltaire, creó para los temas esenciales un veredicto universal de conciencia? ¿O rota y sin brújula, separando la Técnica de la inteligencia que la creó, cerrados en nuestro egoísmo individualista, dominados todavía por el dinero diabólico que hoy acapara los bienes de la tierra en provecho de unos pocos, y nos impone su gran prensa, sus noticias, sus modas, su grosera mentalidad, la Tierra ha de tornar a las ti-

nieblas de una nueva barbarie? Esta es la pregunta angustiosa con que hace poco tiempo cerraba Osvald Spengler su último libro. «El hombre y la técnica». La experiencia de las civilizaciones que fueron puede servirnos de admonición y consejo. Sobre el hombre de otros períodos del mundo, el de hoy tiene una mayor experiencia histórica. Hace cincuenta años ya fijaba Jacobo Burckhardt en su libro sobre «Constantino el Grande», los síntomas que en el siglo IV de nuestra era produjeron el total agotamiento de la fuerza creadora del mundo antiguo. Fué un drama doloroso ver morir allí esa inteligencia helénico-romana a la que la humanidad de todos los siglos ha de deber los diálogos de Platón, los mármoles helenísticos, los pensamientos de Marco-Aurelio. En la época de Constantino todo retorna a la barbarie. Historiadores de la Economía y de los movimientos sociales de nuestro tiempo, han hallado en él más de un síntoma análogo al del período estudiado por Burckhardt. Estamos en la crisis más grande que recuerde la historia occidental. Tenemos por primera vez, desde el siglo XVIII, una duda, una amarga duda, sobre la eficacia de nuestra máquina. Hora es de pensar y enmendar el rumbo. Superamos a los contemporáneos de Constantino el Grande en cuanto podemos advertir y aprovechar su trágica lección. Desgraciadamente los hombres que ahora ocupan el primer plano en el gran anfiteatro del mundo, no son los representantes del poder espiritual soñado por Goethe; en la mayoría de los casos no son siquiera hombres de estado, son los banqueros, los capitalistas que no saben historias, o si la saben es para repetir como Luis XV y sus cortesanos, semejantes a ellos en su egoísmo, en su espantosa imposibilidad de cambio: ¡Après moi, le déluge!

Ernesto Montenegro.

RECUERDO DE GOETHE

(N. en Francfort, el 28 de Agosto, 1749. † en Weimar, el 22 de Marzo de 1832).

A un siglo justo de la muerte de Goethe, su influencia espiritual continúa más viva en nuestra época que la de cualquiera de sus contemporáneos. No hace más de veinte años, escribía el crítico inglés J. G. Robertson:

Goethe es una de esas personalidades proteicas (*camaleónicas*, dice textualmente el original) que van cambiando de valor y significado de generación en generación.

La amplitud y la plenitud de la vida y la obra de Goethe justifican en buena parte esta supervivencia; pero fué a no dudarlo la facultad de renovarse y transformarse a lo largo de sesenta años de producción condensados en sesenta volúmenes, lo que dió a su genio la influencia fecunda que hoy mismo se advierte en pensadores y artistas de la talla de Spengler y Keyserling.

En la ancha perspectiva de un siglo, la personalidad de Goethe asume las proporciones de un vasto panorama, donde caben desde las altas cumbres de la tragedia hasta los valles asoleados del poema pastoral. De la leyenda medioeval de *El Caballero de la Mano de Hierro* pasa a escribir la historia romántica del joven Werther; hace luego revivir el molde clásico en *Ifigenia* y vuelve prontamente a su época con *Clavijo*

y *Stella*. Antes de los treinta años ha escrito ya la primera versión de su poema cósmico *Fausto*; abraza la novela de costumbres en *Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister* y la novela psicológica en *Las Afinidades Electivas*.

Pero meras palabras no pueden dar una idea del vigor y la intensidad del genio de Goethe. Es una naturaleza en continuo transporte, un cerebro en constante *enfantement*. Escribe el *Werther* en algunos días; otro tanto le toma la composición de su poema *Hermann y Dorotea*; se ocupa con frecuencia de investigaciones mineralógicas y de física; administra al mismo tiempo como primer ministro el ducado de Weimar, es director de su teatro y de la Universidad y la Biblioteca de Iena; recorre las orillas del Rin, Suiza e Italia, participa en las fiestas de la corte, recibe innumerables admiradores, y en medio de todos estos afanes y distracciones debemos situar la composición de millares de poesías líricas, epigramas y notas para sus memorias, aparte una de las más voluminosas correspondencias que haya mantenido un hombre de letras.

Con todo, no podría fundarse en lo prolífico y vario de su facultad creadora el fenómeno que hoy más nos interesa; su persistente vitalidad; porque esa obra, con ser muy rica en ideas y por lo general perfecta de forma, resulta hartamente profusa y con frecuencia obscura para el lector ordinario. Es más bien el espíritu de Goethe y la significación de su obra lo que mantiene activo hasta hoy el efluvio de su personalidad.

En una palabra, es lo humano que trasciende en su obra lo que despierta un eco en nuestro tiempo. Desvanecida la impresión de la impasibilidad de Goethe, al desaparecer su personalidad física, voluntariosa y dominadora, se transparenta luego a través de su obra una emotividad acendrada por su voluntaria reserva. Lo explica él mismo cuando en el curso de una de sus

Conversaciones, advierte que las personas más sensibles son las que se envuelven en una apariencia más impenetrable de impasibilidad, por lo mismo que sufren con mayor violencia el choque emocional del ambiente.

La manifestación inmediata de esa *humanidad* de Goethe, se halla en la propia antinomia de su temperamento, tanto como en lo paradójal de su expresión. Goethe comienza por ser un producto de los contrarios: un padre huraño y rudo, descendiente de artesanos, y una madre de naturaleza efusiva y espíritu cultivado. Lo atestiguan sus versos, con ese acento entremezclado de vigor y de ternura que constituye su más alto don de poeta lírico:

Wom Vater hab' Ich die Statur,
Des Lebens ernstes Führen;
Vom Mütterchen die Frohnatur,
Die Lust zu fabulieren.

Nacido a las orillas del Main, en una ciudad ensombrecida y oprimida aún por sus murallas medioevales, véase obligado por complacencia con las ambiciones tiránicas de su padre, a seguir estudios de leyes, para llegar a una graduación precaria. En una tierra protocolar como la alemana, donde su dignidad de burgués de cuestionable origen podía estar a la merced de cualquier hidalguillo, Goethe comienza temprano por hacerse una coraza de orgullo a la medida de su genio incipiente. A los que critican o se burlan de su pose, les advierte: «Ahora me distingo por esto; más tarde será por algo más». Y en sus años maduros había de explayar este sentimiento del respeto fundamental de sí mismo en un apotegma digno de su maestro Spinoza, diciendo que existen tres formas de reverencia: la que se debe a lo que está por encima de nosotros; la que corresponde a los que quedan por debajo de nosotros,

y la que merecen nuestros iguales, todo lo cual se condensa en la reverencia que nos debemos a nosotros mismos.

En el arte, esta doctrina tiene su aplicación inmediata en la sinceridad, que es la forma subjetiva de lo verdadero.

Toda mi obra no es más que un fragmento de una gran confesión,

dice en sus memorias *Ficción y Realidad*. Pero en otra parte hemos de tropezar con esta advertencia:

Todo lo que aquí hay ha ocurrido; por eso no quiere decir que haya ocurrido como aquí se cuenta.

Esta tendencia sistemática sin rigorismo, este individualismo sabiamente sometido a las fuerzas superiores de la vida («La Naturaleza tiene siempre la razón») esta elasticidad mental y emocional es sin duda lo que hace la eterna juventud de la personalidad de Goethe.

Hay un punto discernible en esta armadura, que no hace sino revelarnos lo más humano: es su horror de la muerte, que se manifiesta en la vehemencia con que rehusa una y otra vez ver el cadáver de cualquiera de las personas que le fueron queridas. Y, sin embargo, al acercarse su propio fin, su mirada y su pensamiento encaran serenamente la sombra que se tiende ya sobre su largo camino, sin pensar en repetir al instante pasajero la suplica de Fausto:

«Detente todavía: eres tan bello!»

Por el contrario, su alma ya serenada como en un remanso en el linde de los ochenta años, parece mirar con sonrisa comprensiva la ley fatal de la renunciación. En su juventud inició las disciplinas del espíritu con-

trariando las debilidades instintivas; domó su horror enfermizo del ruido siguiendo a la banda de trompetas y timbales en las retretas de Francfort; venció más tarde el vértigo trepando a lo más alto de la aguja gótica de la catedral de Estrasburgo, y, por último, en la campaña de Francia, salió de a caballo a exponerse a las balas, hasta comprobar con orgullosa satisfacción que su pulso se mantenía inalterable. Pues bien, ahora en su vejez, cuando debe renunciar al amor y echarse a un lado del camino para dejar que pasen los escritores de la joven Alemania, Goethe se sumerge en el estudio de las literaturas orientales, para ofrecer al mundo el manojito capitoso del *Diván Occidental*, de cuyos acentos surge a la manera de *leit-motiv* la aceptación de la vida con su disolución inevitable y necesaria en nuevas formas. «Pues todo ha de entrar en la nada a fin de poder perseverar en el ser». Y aun le quedará humor para decir, comparándose con los poetas persas de la escuela de Hafiz: «El peor de esos canallas valía más que yo!»

Desde nuestro punto de vista americano, la influencia de Goethe es acaso la menos perceptible de todas las que han moldeado nuestra literatura. A pesar de que Emerson estudió su obra y consideró al Poeta como el alma de su siglo, y pese a las traducciones más o menos afortunadas de algunos rimadores de habla castellana, es muy raro oír su nombre en las discusiones de grupos literarios. A ningún autor célebre se le ha traducido menos a nuestro idioma; ninguno, al parecer, cuyas ideas sean menos familiares a la generalidad. En nuestra Biblioteca Pública, la mayor parte de los libros tocantes a Goethe están sin cortar o no llevan rastros de uso.

Esto se explica por varias razones, entre las cuales sólo apunteremos dos, una de forma y la otra de fondo. En primer lugar, el estilo de Goethe como el de otros poetas del Norte, no se presta al convencionalismo retórico de la poesía castellana aprobada por la Academia.

El estilo de Goethe, apunta Carlyle, es acaso el más excelente que cualquiera literatura moderna pueda presentar. En verso es breve, neto, sencillo y expresivo: en prosa, posiblemente más atrayente aún; conciso y denso a la vez; abundante, claro, natural y melodioso.

¿Cómo poner esa sobriedad y naturalidad de expresión en antiguo verso castellano, sin correr el riesgo de ser acusado de prosaico? De este temor al ripio no hay más que un paso; y de ahí tanta traducción desnaturalizada y banal, no pocas veces con sabor a vino francés aguado y desvanecido. Por otra parte, el espíritu de la poesía germánica, aun de la poesía lírica, admite abstracciones que nuestra imaginación sensual de meridionales puede rara vez seguir y menos sentir.

Pero esto no quiere decir de ningún modo que la influencia de Goethe no se haya hecho sentir en Hispano-América, en la forma indirecta e interpretativa en que el genio llega comúnmente al gran público. Emerson ha sido su intérprete; Rodó un vulgarizador campanudo de su doctrina humanística. Más todavía, han pasado en nuestra América por originales muchos pensadores y propagandistas laicos como Heckel y Guyau, cuya voz noble y pura nos suena al fin de cuentas como un eco del humanista de Weimar.

Ese humanismo, en el más amplio alcance del calificativo, es sin duda lo que impregna de tal vitalidad y simpatía a Goethe pensador. Es el primer pagano de su siglo, a juzgar por su complacencia en la buena mesa y las mujeres hermosas. Le repele en el cristia-

nismo la delectación morosa en la muerte y el sufrimiento, y acusa a Lutero de haber echado con la Reforma, un fardo de responsabilidades demasiado pesado, sobre los hombros del creyente ordinario.

Leyendo de nuevo a Homero, comienzo a darme cuenta del mal indecible que nos ha hecho la fábula judaica. Si jamás hubiésemos conocido los pecados de Sodoma, ni las quimeras de Egipto y Babilonia, Homero seguiría siendo nuestra Biblia. ¡Cuánto no hubiese ganado con ello la humanidad!

Y a alguien que le recuerda que Sófocles, su favorito, no era cristiano, le replica que no deja de ser curioso que el Cristianismo no haya producido ningún Sófocles.

Pero he aquí un pagano cuya Biblia no es la *Odisea*, sino la *Ética* del judío Benito Spinoza. Su panteísmo, como el del bienaventurado filósofo de Amsterdam, está empapado de piedad cristiana, ya que no de humildad. Bajo las formidables baterías dialécticas de Kant y de Hegel, Goethe persiste en su realismo poético, reconociendo la limitación del conocimiento al alcance de las facultades individuales, pero agregando a ello su fe de poeta en las razones e intuiciones del corazón. Para él no hay, sin duda, estudio superior al del hombre, pero siempre dentro de la naturaleza, sin que esto deba tomarse por una negación de la posibilidad de que, en alguna parte o en alguna época, el hombre no pueda ser superado. Su doctrina anuncia al mismo tiempo a Spencer y a Nietzsche.

Por eso, lo menos que hay en la obra copiosa y varia de Goethe es el licor agridulce de la ironía. Su temperamento halla repelente el escepticismo, y si bien es incapaz de la actitud trágica, su admiración por Byron revela que nada le repugna, como no sea la indiferencia y la tibieza. Los años no hacen más que confirmarle en su cristianismo primitivo inconsciente, y en la alegoría metafísica del segundo Fausto, el bien

y el mal alcanzan una zona de conjunción en un Bien superior.

He aquí que nosotros también tocamos con las mismas dificultades que señalábamos más arriba para la difusión del conocimiento directo de Goethe en tierras extranjeras. Para dar una idea comprensiva de su obra, serían menester conocomientos generales y una familiaridad con la lengua alemana que muy pocos poseen en estas latitudes. Después de todo, ¿no le basta al apologista la satisfacción de promover un cierto interés en la lectura de un autor? Poco nos haría avanzar en el conocimiento de Goethe el adoptar el método de la enumeración bibliográfica, barajando a troche-moche los nombres de autores y obras de todas las épocas. Nada sería más contrario al espíritu mismo de Goethe, para quien cada personalidad humana era un «mundo en sí», un sistema espiritual que se regía por sus propias leyes. Así, cuando se resuelve colaborar con su émulo Schiller, se complace en reconocer que, de la oposición de sus temperamentos y lo antagónico de sus principios estéticos, han de germinar frutos excelentes, siempre que cada uno conserve su libertad de expresión.

Cuánto mejor, pues, que para completar estos apuntes, recurramos a las dos fuentes más seguras de documentación sobre la personalidad íntima del escritor: a sus conversaciones y a las anécdotas que de él se cuentan. Aludiendo a lo que indicábamos en las líneas anteriores, es oportuno hacer notar la repugnancia de Goethe por toda labor realizada sin alma, por lo improvisado y lo pedante:

Los autores que llenan de notas el margen inferior de sus libracos—decía Goethe en cierta ocasión,—me recuer-

dan a esas gentes que salen a pasear con un perrillo atado a una cadena. Les resulta imposible ir a ninguna parte a buen paso, porque el animalillo ha de detenerse una y otra vez para levantar la pata con fines que no es propio detallar.

Goethe tenía tres o cuatro años, y vivía en casa de su abuelo materno. Unos chiquillos se paran delante del balcón, y para lucirse, Wolfgang les muestra un servicio de te en miniatura que acaban de regalarle. «¿A qué no tiras uno a la calle?» lo desafían los de la pandilla. «¿A qué sí?» replica el futuro Júpiter germánico. Y uno tras otro, sus platillos y tacitas van a estrellarse en el empedrado. La chusma aplaude, y picado por esas aclamaciones burlonas, Goethe se sube a una silla y comienza a tirarles los hermosos platos de porcelana de su abuelo, hasta dejar vacío el aparador.

Sesenta años más tarde, otra bandada de chicuelos entra con grande alboroto al patio de la quinta donde el glorioso Goethe se halla en vacaciones, y escribiendo, como de costumbre. Alto, erguido, con sus negras pupilas irradiando la llama interior, el poeta sale y les habla en un tono aparentemente severo:

—Eh, qué pasa! ¿Quiénes son ustedes?

La pandilla tumultuosa se calla de repente. El más audaz entre ellos se adelanta, diciendo:

—Somos bandidos.

—¿Dónde está vuestro capitán?

—Lo tienen preso, encerrado en el granero.

—¿Y cómo ustedes, mocetones, pueden quedarse ahí mano sobre mano, sin socorrer a su capitán? ¡A ponerlo en libertad!

Y la cuadrilla envalentonada por el anciano se precipita sobre la puerta del granero y la hace volar en astillas. Goethe sonrío como un buen Dios benévolo, y vuelve a entrar a su cuarto de trabajo.

Cuando Goethe desempeñaba entre otras funciones la de bibliotecario en la Universidad de Iena, hizo cuanto pudo por conseguir de la facultad que se le autorizara para ocupar una sala contigua con el fin de instalar allí la colección de libros donada por el Duque. La corporación discutía y discutía y no llegaba jamás a dar su aprobación al plan de Goethe:

Este llamó un día a un albañil:

—Maestro, le dijo, quisiera saber qué espesor tiene la pared divisoria con el salón de la facultad.

El albañil dió unos cuantos golpes de picota y dejó a la vista un muro de ladrillos de poco espesor.

—Todavía no se ve bien, decía Goethe; unos cuantos golpes más.

Cuando el agujero se agrandó hasta permitir la pasada de un hombre, Goethe dió la orden a sus ayudantes, y toda la colección del Duque de Weimar pasó a tomar posesión del piso del salón de la Facultad.

Bettina von Arnim cuenta que, de veraneo en Marienbad, Goethe y Bethoven salían diariamente de paseo por los alrededores. La oposición de estos dos genios hacía imposible una armonía duradera, siquiera un equilibrio inestable entre ellos. Bethoven era el gran romántico liberal, que había repudiado a Napoleón a seguida de haberse coronar emperador. Goethe era la ponderación de la forma en torno de la libre expansión del espíritu.

Para Bethoven, Goethe debió aparecer a veces como una estatua de mármol griego, apenas entibiada por los soles del siglo XIX. Para Goethe, el músico sordo y huraño, era simplemente un loco más o menos genial.

De vuelta de unos de estos paseos, ven venir en dirección opuesta por el sendero a los archiducos austriacos con su séquito. Inmediatamente Goethe sale

al borde del camino, sombrero en mano e inclinándose en una profunda reverencia, mientras que su compañero se cala el suyo hasta las orejas y se hace abrir calle a su vez por los príncipes que le saludan a su paso.

En la famosa entrevista de Erfurt, Goethe entra a la sala imperial, donde un hombrecito rechoncho y del semblante mate, toma desayuno sentado a una mesa servida para él solo. A su lado se hallan de pie Tayllerand y algunos mariscales. Goethe espera también de pie, sereno y erguido.

De pronto, Napoleón se levanta y va derecho hacia él. Sus ojos estudian al anciano que tiene delante, le penetran como sondas.

—¿Qué edad tenéis?

—Sesenta años, sire.

—Estáis muy bien conservado. Sé que sois el primer poeta trágico de Alemania.

Goethe le recuerda generosamente a Schiller y a Wieland. Luego discuten el *Werther*, al que Napoleón critica certeramente. Y refiriéndose al rol que juega el destino en la tragedia moderna, el Emperador dice La Política, he ahí el verdadero Destino.

Y a espaldas de Goethe, mostrándoselo a uno de sus ayudantes al salir:

—He ahí todo un hombre!

Poco tiempo después, los estados alemanes del sur juntan sus fuerzas a las de Prusia para rechazar a Napoleón. Goethe mantiene su fe en el destino superior del genio.

—Es inútil que queráis hacerle cara, les advierte Goethe a unos patriotas de la Joven Alemania.—El es demasiado fuerte para vosotros.

Y años más tarde, cuando su héroe va rumbo a Santa Helena, ya vencido, y un grupo de nacionalistas le juzgan duramente ante Goethe:

Este les oye por algún tiempo silencioso. —Luego dice:

—Dejadme tranquilo a mi Emperador!

Palabras comprensibles en el primer ciudadano de Europa, que se completan con su declaración acerca de la democracia:

Si yo tuviese la desgracia de entrar a la oposición, yo preferiría la violencia de la revolución antes que ser traído y llevado por el círculo de los eternos descontentos. La masa es irremediablemente absurda; su espíritu está falseado, puesto que sólo quiere lo que le gusta, y siempre resulta más cómodo ponerse en lo falso que en la verdad. Esta última requiere que se la penetre sin miedo y se la aplique con rigor. Lo falso, por el contrario, se pega a cualquiera carácter débil, perezoso o insensato, como un barniz con el cual resulta fácil taparlo todo.

La alta conciencia de su dignidad no excluía en Goethe una franca admisión de sus errores. En el curso de la campaña del Rin, estaban de tertulia en el vivac algunos oficiales de Pomerania, a los cuales Goethe tenía encantados con su charla. En el impulso del momento el poeta se puso a disertar sobre artillería, y pronto uno de aquellos rudos prusianos le interrumpió con estas palabras:

—Señor Consejero, ha llegado el momento de decirle

aquello de «zapatero a tus zapatos»!. Mientras usted nos habló de arte, le oímos con gusto y con provecho; pero ahora.....

Todos clavaron sus ojos en el gran poeta. Le vieron palidecer, y en seguida ponerse rojo con la tensión de una voluntad que refrenaba sus impulsos. Por último pudo dominarse y habló así:

—Señor oficial, la lección ha sido ruda, lo declaro; pero debo reconocer que tenéis razón. Y a poco rato más, charlaba amistosamente con el hombre que se había atrevido a herir en lo más vivo su amor propio.

Del 20 al 21 de Marzo de 1832, Goethe, viejo de 83 años, se debate en las angustias de la muerte, pero sin resignarse al lecho. Su ayuda de cámara lo conduce del escritorio al sofá, para volverlo luego junto a la mesa de trabajo. Ensayo leer y no puede hacerlo. Por un momento queda bajo el encanto de una alucinación: ve una hermosa cabeza de mujer, de contorno griego, y la celebra con el fervor de un Anacreonte. La imagen de Federica, de Carlota, de Lili, de tantas mujeres que le amaron o que le rehuyeron, debieron pasar en pálida teoría ante sus ojos. Su vida estaba vivida, su obra estaba hecha. Quedaba de él una lección inmarcesible de cultura integral, de perfeccionamiento y de disciplina. Y como atestiguando hasta lo último el vigor de esta vida prodigiosa, su mano siguió trazando sobre los cobertores signos maquinales, indescifrables.

P. Stapfer.

IFIGENIA EN TAURIS

INTRODUCCIÓN

Fué Goethe mismo quien cumplió el deber del tiempo que nos ubica al genio desaparecido en una plataforma de luz.

El enérgico deseo de volar hacia el universo generado por la total abstracción que constituía su naturaleza, lo elevó tan alto, que jamás logró descender.

Tuvo que mirarse y mirarnos desde arriba. Por eso no entramos al dominio de Goethe; hemos de subir. El poeta de Weimar alivianó la artesanía de los años, sin saber que la humanidad venidera no iba a ser ya digna de él. Para celebrar su centenario, nosotros, pobre gente obscurecida en esa cotidiana excavación de la subconsciencia, necesitamos una terapéutica de altitud moral, en el mismo sentido purificador que concibieron la ciencia los pitagóricos, cuando recién alboreaba el pensamiento griego. Tan sólo así podríamos elevarnos hacia su mundo intelectual—un mundo sensible, como en el que respiraba Platón— sin temer morirnos de claridad.

Eckermann se dió cuenta de su pequeñez frente al genio de Goethe y sacrificó sus más caros ideales de artista, sirviéndole toda la vida. Quizá si al traducir hoy este trabajo no sacrifiquemos ante su grandeza una ansia muy infantil de interpretarlo.—*Carlos Vattier B.*

EL DRAMA

Unos tras otros, durante cinco generaciones, los crímenes se sucedían en la familia maldita de los Atridas, cuyos jefes fueron, sucesivamente, Tántalo, Pelópidas, Atrea, Agamenón y Orestes. El asesinato llamaba al asesinato, la sangre era lavada con sangre. Agamenón expía la muerte de su hija Ifigenia, cayendo bajo el hacha de su propia mujer. Clytemnestra, degollada más tarde por Orestes, venga a Agamenón...

Mostrar cómo concluyó la maldición de una raza, condenada a girar en un ciego círculo de represalias, tal es el objeto del drama compuesto por Goethe en los tiempos modernos y por Eurípides en la antigüedad.

Una leyenda cuenta que Ifigenia fué librada milagrosamente por Diana del cuchillo de Calchas, levantado sobre ella para sacrificarla a Aulis. Una nube la arrebató del peligro, transportándola por los aires a Tauris, donde se hizo sacerdotisa de la divinidad, cuyo poder la había salvado de una muerte atroz. Tauris, antiguo nombre de Crimea, era una tierra bárbara, habitada por los Escitas. En esta comarca semi salvaje, el culto de Diana era tan cruel como las costumbres mismas de la sociedad. Todo náufrago o extranjero que arribase a sus inhospitables costas, debía ser inmolado a los pies de la estatua. Ifigenia presidía este horrible ministerio.

Un día, dos griegos fueron llevados a su presencia: eran Pélades y Orestes. Venían a Tauris con el objeto de esconder, por orden de Apolo, la estatua de Diana. Del éxito de esta empresa dependía, según el oráculo, la libertad de Orestes, perseguido por las Furias después de la muerte de su madre.

El hermano y la hermana se reconocieron. Ifigenia halló medios de salvar a los cautivos, de entregarles la estatua y de huir con ellos hacia Grecia, su inolvidable patria. El plan fué urdido ingeniosamente; sin embargo, fracasó. Thoas, rey de Tauris, sorprendió la estratagema y quiso castigar el crimen de aquellos griegos fugitivos, traidores y ladrones, con la pena capital; pero Palas descende en persona del Olimpo y lo obliga a dejarlos en paz, ya que es esta la suprema voluntad de los dioses.

Eurípides dramatizó hábilmente esta antigua leyenda. Goethe la transforma de raíz, para demostrar la victoria obtenida por un alma pura, con el solo ascendiente de su belleza moral, sobre la barbarie de las costumbres y la violencia de las pasiones.

En la obra del poeta, el dulce influjo de Ifigenia aplaca el furor de Thoas y obtiene la abolición de los sacrificios humanos en Tauris. Tan grande es su dominio en el corazón del rey que, a pesar del enojo de éste con Pélades y Orestes, no sólo lo obliga a consentir en su evasión, sino también, a dejarla partir en su compañía, no obstante su inmenso amor.

Esta síntesis no nos da la idea de un drama en el estricto sentido de la palabra. Realmente, tenemos que convenir en que la obra de Goethe no satisface esa suerte de curiosidad, tan legítima en el teatro, sobre todo si nos atenemos a la preconcepción de que éste debe interesar al público con una acción exterior, llena

de movimiento. El drama de Eurípides es, sin lugar a duda, mucho más entretenido; pero, al parecer, Goethe evita, con severo cuidado, todo cuanto pueda excitar vivamente la imaginación de los espectadores.

El encuentro de los hermanos, traído de lejos y con tanto arte por el poeta griego, en la obra de Goethe se reduce a esta brusca exclamación: «¡Yo soy Orestes!» No podemos decir que la Ifigenia alemana nos presenta el género de interés dramático especial de la tragedia moderna en muy alto grado, pues bien sabemos que tal interés reside en aquella lucha interior de un alma solicitada por dos fuerzas contrarias o contradictorias. Sin duda, la heroína se conmueve al hallarse situada entre la mentira que pueda salvarlos y la verdad que los arriesga. No obstante, el horror de esta alternativa no se desarrolla ni toma las proporciones de una tempestad moral. Tiembla su alma de virgen, pero conserva siempre la serenidad interior.

El drama de Goethe está compuesto con un *mínimum* de material dramático. Es el más alto esfuerzo de abstracción espiritual para la escena. Si comparamos, junto al teatro de Goethe, las tragedias de Racine parecen groseras y materiales.

En el teatro de Racine, las pasiones nos recuerdan que, al menos sus personajes, tienen cuerpos; en el de Goethe no vemos sino almas y el humo de los sentidos no empaña la pura limpieza de las ideas. El mismo Goethe compara esta transparencia perfecta, que sólo muestra el hondor anímico, a un reloj cuyo cuadrante fuese de cristal, con el objeto de mostrar mejor su engranaje interno. Por nuestra parte, imaginamos un enjambre de abejas, trabajando su colmena dentro de un vaso.

Este drama, tan pensado y depurado, es, sin embargo, un drama. No constituye una simple sucesión de monólogos líricos y de diálogos filosóficos; hay en él una acción subterránea que avanza con paso firme y tranquilo hacia el desenlace. Existe una célebre frase de Dorante sobre La escuela de las mujeres: las narraciones son acciones acompañadas de la constitución del sujeto. Nosotros la aplicamos a la Ifigenia de Goethe, alterando una palabra: Los sentimientos son acciones que acompañan a la constitución del sujeto. En efecto, mantienen ellos todo el espectáculo y su marcha es la misma del drama. La calma con que se desarrollan no llega nunca a ser inmovilidad.

En «Egmon» pieza con apariencias de mayor movimiento, encontramos escenas completamente inútiles. Durante las cuales, el drama se detiene. No sucede así en Ifigenia, la que no es solamente la más poética de las obras dramáticas de Goethe, sino

también la mejor compuesta. Todo tiene razón de ser en este drama; nada hay en él de superfluo ni de excesivo, ningún detalle aislado desentona con su armonioso conjunto. Pero la crítica discute sobre su carácter más o menos griego. En esta polémica reina una extraña confusión de ideas. Debido a que los héroes de Goethe no tienen casi ninguna actuación, se afirma que son griegos. ¡Cómo si la falta de acción fuese una característica de la tragedia griega! Porque los sentimientos que expresa son modernos, se ha dicho, en cambio que no tienen nada de griegos. ¡Cómo si un drama de la antigüedad, ofrecido a hombres de nuestro tiempo y escrito, no por un arqueólogo, sino por un poeta, no tuviese más sentimientos que expresar que los modernos! La verdad es que el drama de Goethe es griego por ciertas cualidades de forma. Ellas son: la economía de los medios, el pequeño número de personajes, la sencilla grandeza del orden, la nobleza, la gravedad, la medida, en fin, la calma superficial que, siendo una ley de arte para los griegos, ocultaba una tempestad de indomables y furiosas pasiones. En la *Ifigenia alemana* son al revés, manifestaciones armoniosas de la paz interior. En lo que atañe al fondo mismo del drama, la obra de Goethe es absolutamente moderna. Este es el único secreto de su excelencia singular.

Por no haber llegado hasta el fin en la renovación de estos temas antiguos, grandes y hábiles poetas, han caído en un grave error. No nos han legado tan sólo la manera de pensar y de sentir a ciertos personajes de la antigüedad (lo que es un anacronismo necesario), sino que se han mezclado en el mismo espectáculo.

Existe ya un abismo entre Esquilo y Eurípides. ¡Pero cuánto ha avanzado desde entonces la humanidad moral! El drama del poeta moderno no es una fría imitación de lo antiguo, es su viva continuación. *Ifigenia* pudo ser concebida por un autor de la antigua Grecia como por Goethe solo, el que aprovechó los veintidós siglos de civilización, durante los cuales la conciencia humana se ha afinado y enriquecido. El poeta de Weimar, como André Chenier.

Sur de penses nouveaux a fait de vers antiques.

Es la única manera de ser griego. Por lo demás, la poesía moderna, superior a la antigua, gracias a su opulencia de sentimientos, de ideas complejas y de matices, no tiene que pedirle a los griegos sino la pureza de la forma y la sobriedad de las líneas. Los clásicos del siglo XVII no lo comprendían así, pero Goethe lo presintió. El encanto de su *Ifigenia* se debe a la unión armo-

niosa de todo lo que hay de más precioso y delicado en la moral cristiana, con la serena majestad del arte antiguo.

El objeto central, más bien el único objeto de interés, es aquí la persona. Este carácter francamente humano del poema de Goethe lo clasifica entre los dramas cuya inspiración es totalmente moderna. En la alta tragedia antigua, por el contrario, la acción es divina; el hombre era el ejecutante de un drama que se desenvolvía por sobre él. Si la obra de Goethe es forzosamente moderna, la de Eurípides está muy lejos de ofrecer en el mismo grado el carácter antiguo. Las personas que, queriendo oponer los dos artes, tomaran ambas tragedias, no tendrían en la *Ifigenia en Tauris* del tercer poeta trágico, de la Grecia, el mejor punto de comparación. Eurípides es un poeta de transición, extrañamente moderno, si se le compara con sus grandes predecesores. El interés religioso del drama cede en él al interés humano. El conflicto de Apolo y de las Eumenides y el culto de Diana pasan a segundo término. La intervención de Palas no es sino una máquina de teatro. Sólo las escenas patéticas en que Orestes aparece con su hermana contienen un buen caudal de belleza. Apolo y Diana no sólo están ausentes en la tragedia, sino que sus nombres son pronunciados con desprecio. «Apolo nos ha mentido—exclama Orestes.—«Estas divinidades que se llaman prudentes y sabias no son menos falsas que los sueños alados». «Tengo derecho para quejarme de las leyes impuestas por la Diosa, dice *Ifigenia*. Ella goza haciéndose inmolar víctimas humanas. No, es imposible que la esposa de Zeus haya engendrado una divinidad tan cruelmente estúpida!» En cuanto a las furias, Eurípides las materializa demasiado. Goethe se contenta con dejarlas en la imaginación del público y en la conciencia del culpable. El artista supremo, el clarividente no olvidó que era un oficio del viejo Esquilo el de atemorizar a los niños y a las mujeres con esas groseras apariciones.

La *Ifigenia* de Goethe abolió en Tauris los sacrificios humanos. Reforma considerable, atrevida, cuya iniciativa partió solamente de ella; pero que, sin embargo, la *Ifigenia* de Eurípides no habría desaprobado....

La heroína de Goethe tiene la gran alegría de poder realizar la obra de sus manos, de acuerdo con sus sentimientos. De ahí provienen su vigor y su calma, que la hacen semejar a las sólidas figuras de Esquilo y de Sófocles. Esta satisfacción no es dada a la *Ifigenia* de Eurípides; algo le falta cuya ausencia es más dolorosa que la de la familia y la patria: la paz íntima.

El arte moderno no tiene rasgo más característico que ese desacuerdo esencial entre lo que podemos ver y tocar y aquello que desean nuestros sentidos. Hay en la tragedia de Eurípides ciertas aspiraciones del alma que tienen el acento profundo de la poesía romántica. Cuando el coro de jóvenes griegas entona: «que no podamos, llevadas sobre alas, recorrer la inmensidad del cielo» ¿no creemos sentir ya soñar a Fausto y gemir a Werther?

En conclusión, existe la paradoja de que Goethe es un antiguo y Eurípides un moderno; pero la verdad es que lo que hay de antiguo en Goethe se refiere a la forma exterior y lo que Eurípides contiene de moderno tiende más hacia el fondo de las cosas.

Uno y otro, para interesarnos, cuentan sólo con el elemento humano, con Ifigenia y Orestes, con sus personas, con su carácter, con sus sentimientos y su destino.

Si un poeta de la vieja escuela teológica hubiese tratado el mismo tema, le habría dado mayor importancia al elemento divino, a la orden de Apolo, al robo de la estatua de Diana y a la definitiva retirada de las Furias.

¿Se pretende ver en el teatro moderno una segunda floración de la alta tragedia antigua? Goethe no logró realizar este milagro. Sólo Racine pudo conseguirlo en Atalía, donde la grandeza de Dios—que actúa solo—reduce a nada a la humanidad.

Marzo de 1932.—(Para ATENEA)

Jorge González Bastías.

POEMAS DE LA NOCHE

I

*Sentimos invisibles alas
prendidas sobre las fatigas
de la noche.*

Piadoso el viento, canta.

*Ningún deseo turba el éxtasis
del alma solitaria
un instante gozosa de mirar las estrellas
en el seno de Dios encendidas de gracia.*

*Dulzura de la noche
que se me ofrece en ánforas
de silencio. Dulzura que parece una muerte
serena y que yo bebo en las celestes ánforas.*

*Nunca tuviere, nunca más, el duelo
que significa el desear. Mañana
el último deseo esté dormido
y la sed apagada.*

II

*Murmurio, murmurio del viento.
Hondo sentir del aire.
Pena que viene suspirando
y se detiene en los follajes;*

*Aliento de invisibles cosas
que me hiere con suave
toque; cansado aliento
que viene por un mar sin márgenes;*

*Grito, canto, sollozo,
¿quién lo arrojó, temblante,
a deshacerse, a diluirse
entre las hojas de los árboles?*

*¿Será de alguna estrella muerta
la última luz que se deshace
en un temblor como de lágrima,
todo misterio impenetrable?*

*En una hora más, en dónde
se tejerá la errante
malla invisible? Yo la siento
dentro de mí,
en honda
labor de penas y de imágenes.*

III

*Hasta el manso retiro de mi vida
llega una voz dolida
que viene de no sé qué vida extraña,
débil voz de mujer*

que viene por el río y la montaña
y hiere la conciencia de mi ser.

Con el relente de la noche viene
rendida de fatiga.

Y es como una gran pena
que se acoge a mi espíritu, y que tiene
en su pesar modulación amiga.

Dormido aún la siento.
Voz como de esperanza
y de renunciamiento
que toma forma y danza
en el viento...

VERA RÚSTICA.

HELADA DE NOVIEMBRE

La Luna palidece
ante el primer resplandor rojo
del alba que ya viene.

Cantar, cantar de pájaros.
Salud del mundo, locura celeste.

Hubo helada en la noche.
Agua fina de nieve
cayó sobre la viña en brote.
Y al alba y al sol teme...

Haya un viento, Señor, haya una nube
que la defienda y no se quemé.

BUSCADORES DE ORO

*El arroyo llega y se aleja.
Gimiendo, gimiendo camina.
Unos hombres venidos desde lejos
enturbiaron el agua cristalina.*

*Y amontonan las piedras
y remueven la arena.
Tenso el mirar, trabajan en silencio
sin cansancio, sin pena.*

*Son muchos hombres, muchos hombres;
mozos, niños, ancianos.
Alguno que se yergue lentamente
cree tener el sol entre las manos.*

*Y son gotas de sol...
Difunden su alegría.
Fortalecen el ánimo.
Y se prosigue hasta cerrar el día.*

 SEQUIA

*Hay alegría entre los campesinos
porque la luna nueva anuncia lluvia.
La tierra está reseca
y los sembrados sufren.*

*Y hay gran temor de pérdidas; las bestias
olfatean con sed por las quebradas;
menos sabias que el hombre, nada esperan,
de la luna en creciente.*

...*Dicen que viene sentadita,
sentadita hacia el norte...*
*Los niños interrogan a los viejos
y se transmiten la esperanza.*

*Buen Dios! haz el milagro! que haya lluvia
y se salven las siembras,
Por la fe de los hombres, por los árboles
por las bestias, Señor!*

CUENTO DE VERANO (1)

(Conclusión)

IV

En este momento Elgar se detuvo delante del grupo que escuchábamos, y solicitó un cigarrillo.

—Me propongo no relatar prodigios. Pero lo que voy a decir es realmente prodigioso. Aquel ambiente que iba conociendo empezaba a provocarme una especie de pavor. Mis sentidos se hallaban agrandados, densos, abiertos y la persona de Madame, me producía un sentimiento extraño; lo he experimentado muchas veces: a fuerza de estudiar a una mujer bonita, despierta en mí, por momentos, una repulsión física. Pero aquella mujer a quien yo quería odiar, ahora, sólo me inspiraba un sentimiento confuso de duda o venganza. El juego me había tomado por completo y empecé a olvidar que la amaba. El notario se había puesto en pie y miraba con orgullo su jugada, extendida sobre la mesa, que creía maestra. Madame dejaba pasar los instantes. Luego con una calma graciosa, extendió sus cartas. Nadie pudo dar crédito en el primer momento.

—Escalerilla real!—exclamó don Jacinto,—escalerilla real!...

Y Elgar con las manos extendidas en forma de abanico, nos indicaba imaginariamente el juego.

—Madame también de pie—continuó Elgar,—miraba con unos ojos encantadores el prodigio. Parecía no estar orgullosa de su jugada excepcional, sino muy sorprendida y confusa. por el éxito.

Tal actitud vino a reforzar sus simpatías.

Don Jacinto se llevó las manos a las sienes con una expresión de angustia indecible, luego, retrocediendo, disparó rápidamente la silla, hizo una pirueta de cómico y murmuró:

—Esta suerte tuya me da miedo.

Ella le miró, entonces, de una manera significativa.

—¿Quiere la revancha?

(1) Ver números 83 y 84.

Pero el viejo buscaba la salida. Requirió el mac-ferlan, luego el bastón; luego dió unas vueltas en torno, ceremonioso y vivaz, balbuciendo excusas que nadie entendía. Cada vez su parecido a un murciélago era más asombroso. Por fin, habiendo atrapado la puerta, se inclinó allí muy correcto:

—Buenas noches, señores...

Como aun no sabía quien dirigía sus confianzas, deslizó a a mi oído:

—Cuidado con esa mujer. Qué manera de mirar! Trataba de hipnotizarme!

Un aletazo siniestro de su mac-ferland me dió en los ojos.

—Con la salida de el notario el juego estuvo a punto de terminar. Yo me hallaba muy disgustado por no haber podido intervenir en las apuestas. Pero en este momento entró Robledo. Cruzó el grupo de gentes, y golpeó con el canto de las barajas en el tapete verde:

—Yo tomo la banca. ¿Quién juega conmigo?

Todos nos miramos las caras sin decidirnos. Madame ya no estaba allí. Entonces, me adelanté.

—Yo juego, Robledo,—le dije encarándome.

—Muy bien, señor literato...—me respondió muy lentamente con una mofa quemante. Me gustan los hombres apasionados. Juguemos solos como se juega a una mujer!...

Entendí inmediatamente la alusión y puse un billete fuerte sobre el tapete. Robledo hizo un aspaviento de cómico asombro, cruzó el billete, y dió las cartas. Venía muy perfumado; y ya no me cabía dudas que había estado en la alcoba de Madame. El primer juego me favoreció a mí.

¿No han jugado nunca Uds., con la suerte de un niño? En el juego ocurre como en la vida: cuando menos nos preocupamos de ella, más nos favorece. Haga lo que haga el niño, siempre la vida alerta, le protege. Al hombre maduro, al vencedor del destino, al que posee todas las experiencias, la vida no le perdona sus errores, y cada vez que le tiene a mano, le presenta la lucha, le atrapa o lo aniquila... Yo no jugaba por jugar, yo quería vencer mi timidez, mis prejuicios y la ganancia sólo me daba ánimos en este sentido. Me volví brusco, insolente y mordaz. Sentía fluir de mi lengua ese ingenio cortante y helado, con que el héroe, adorna sus instantes supremos, para hacer realzar su osadía... Y mientras la gente que no comprendía mi gozo, observaba venalmente mi ganancia, con el cuidado que no fuera a perderlo todo a la primera de manos, yo me entregaba ciegamente a aquel vértice en el solo deseo de vencerme. Llegué a

superarme, a admirarme de mis condiciones. Pero súbitamente, reconocí la voz de Madame a mis espaldas. Había vuelto. Sin verle el rostro, oí que comentaba, visiblemente consternada, la fuerza de mi entusiasmo, y manifestaba que si los niños jugaran sólo instintivamente, serían los favorecidos de la suerte, pues el juego engaña a los débiles para tentarlos.

Estas palabras me hirieron profundamente, y mi valentía quiso vencer el vaticinio que envolvían. Empecé a estudiar mi juego, a jugar inteligentemente. Este fué mi error. Mi juego intuitivo, era muy superior a mis combinaciones; y conociendo apenas las reglas del juego, empecé a hacer apuestas formidables. No obstante, la suerte siguió favoreciéndome. Robledo había perdido hasta la sonrisa, mientras yo doblaba con furor. No sé qué cara tenía en aquel instante. Pero era tal mi agitación que la gente empezó a mirarme con cuidado. Cuando veía tambalearse a mi rival, le ofrecía nuevas apuestas...

Pero, de pronto, Robledo, muy pálido, se puso en pie, y dió un gran resoplido, volviendo a sonreír.

—Voy a cambiar de postura. Hay que morir en pie como los romanos.

Sería cosa del azar. Desde este momento Robledo, con escasas alternativas, empezó a ganar. Su insolencia llegó a serme insoportable. Me llamaba aniquilándome: «hijo mío», «niño atolondrado», «torbellino del éxito»... y lanzaba los naipes con garbo agresivo.

Madame se había acercado a la mesa y colocada detrás de mí, empezó a animarme, indicándome las cartas que debía jugar. Pero todo fué inútil, Robledo se llevó toda mi ganancia. No obstante yo había ganado la simpatía de todos... Viéndome vencido, Robledo me ofreció una nueva postura. Yo no tenía ya un solo centavo.

Entonces me levanté, y con un ademán amplio lancé las cartas al rostro del mejicano.

No recuerdo bien lo que ocurrió en ese instante. De pronto me ví en el suelo con un ojo ensangrentado. Distintamente ví el rostro de Madame, afligido, que decía en voz alta:

—Deténgase, Robledo!... Repare que es un niño!...

Alguna gente me rodeó exigiéndome que huyera del salón. Como me resistiera, tomaronme en brazos y me trasladaron a mi alcoba.

Cuando estuve allí, pude ver muchos rostros a mi alrededor, pero no reconocí en ninguno de ellos la fisonomía de Madame, que hacía algunos instantes viera llorosa sobre mí. Entonces pregunté:

¿Por qué no ha venido? Díganle que venga. Déjenme solo. No quiero ver a nadie. . . .

La gente creyó que yo llamaba a Robledo y era tal la pasión de mis palabras que todos estimaron prudente retirarse sin hacer caso de mi herida.

Un momento después oí que echaban llave a la puerta de mi dormitorio y el largo silencio que siguió a estos segundos, me llenó de desesperación. El ojo sangrante me daba más vergüenza que dolor. Lloré de rabia y mezclaba mis lágrimas a la sangre que escurría libremente por mis mejillas.

¿Cuánto tiempo estuve así desesperado, cavilando, rumiando dudas y venganzas? No lo sé. . . . Pasado algún tiempo, una dulce fatiga me fué ganando el ánimo, y después de lavarme la herida, empecé a desvertirme lentamente. Como a las tres de la madrugada, sentí que metían una llave en la puerta, y a punto de creer que me volvía loco, ví aparecer a Madame en el umbral.

Comprendí inmediatamente que venía de la sala de juego, pues traía el rostro encendido. Yo vestía ya el largo sudario de noche, y sin hallar como defender mi intimidad ante su presencia, me coloqué rápidamente un vestón. Ella avanzó resueltamente hasta el centro de mi estancia.

—¿Qué niño es Ud.!—me dijo. Ha abandonado el salón en medio de una epopeya. Deseo saber qué le ocurre a Ud., niño caprichoso. No puedo dejarle a pesar de sus imprudencias. Debía detestarle. . . . ¿Está herido? . . .

Yo, dominado por mi estupor y el peso de mis anteriores pensamientos, no podía articular una sílaba. Pero ella, interpretando una posible respuesta mía, siguió:

—¿Qué pensaba de mí al obrar de esa manera? Dígame todo, se lo ruego. No sé qué pensar de Ud.

Yo le repliqué:

—Yo no pensaba en nada, Madame Leblanc. Me es profundamente antipático el señor Robledo. Nada tengo que decirle a Ud. Madame Leblanc.

Ella se mostraba nerviosísima.

—No me hable tan duramente. Poco a poco. ¿No recuerda que hemos sido amigos? Piense bien: Ud. ha cometido una falta que ha acarreado sus consecuencias sobre mí. No sabe Ud. cómo he tenido que ingeniarme, destruyendo las conjeturas de la gente. Le creen a Ud. loco y me responsabilizan de su conducta. Es la primera vez que Ud. se evidencia en el salón y su comportamiento ha sido deplorable.

—Sí,—murmuré con indiferencia, recurriendo con todos mis esfuerzos a la lógica.—Estoy loco y nada le importa a Ud. ¿Qué

pretende ahora? ¿Cree Ud. que debo dar explicaciones? ¿Qué ridículo quiere que haga ahora?

Debió encontrar entretenidas mis palabras porque sonrió tranquilizándose.

—No se precipite, amigo mío.... Cuidado! ... ¿Ud. cree que yo vengo a buscar un cómplice?—me dijo.—¿Verdad? Míreme bien a la cara. Yo vengo a hablar con mi amigo.... En una palabra: no traigo intenciones....

Yo dominaba mi timidez y mi rabia.

—Bien. Hable....—le repuse.

—Quiero que Ud. me prometa dos cosas: discreción....

Se interrumpió para mirarme detenidamente.

—¿Discreción y qué más?—le pregunté. No entiendo nada....

Ella levantó su perfil frunciendo los párpados. Tenía una actitud teatral encantadora.

—Tranquilidad, quizá, paciencia. Lo demás es muy difícil decirlo. No quiero perderlo a Ud., de ninguna manera....

—Tranquilidad, discreción.... ¿Por cuánto tiempo?

—Por toda la vida.

—Esa es una fórmula, ¿no es cierto?—dije de pronto comprendiendo, y con toda violencia agregué:—Ud. huye de la violencia de quien puede desbarajustar los planes de una mujer. ¡Qué singular! Repare que hay otros mucho más violentos que yo. Diga la verdad de una vez: Ud. huye de mí, huye de un indiscreto que se puede enamorar de Ud. Lo comprendo perfectamente.

Yo había creído expresar el máximo. Pero ella avanzó un paso con calma, y pude notar que mi exabrupto le daba aplomo y satisfacción.

—Bien amigo mío. Me agrada su actitud, su entereza. Pero no, no he tratado de ofenderlo con mis palabras. Soy la misma de antes. Recuerde cómo he sido con Ud. hasta ahora.... Yo soy una mujer sencilla, desgraciada como cualquiera otra; si Ud. quiere modesta. No he tratado de decirle nada de lo que Ud. supone. Yo quiero que Ud. termine tranquilamente sus vacaciones. En la forma que lo hace actualmente, su salud empeorará. Quiero que Ud. esté tranquilo por su bien....

Su actitud profundamente maternal, me enfureció.

—Que yo esté tranquilo,—rugí perdiendo toda sensatez,—Y por qué habría de intranquilizarme. Cree Ud. por ejemplo, —dije avanzando la cara,—que yo tengo comprometidos mis sentimientos con Ud.? ¡Qué locura! Oh! ya pasó el tiempo para eso....

Madame me miró con unos ojos encantadores.

—¿Y cómo lo sabe Ud.?

Recuerdo que en este momento en un brusco acceso, salté lejos de ella.

—¿A qué ha entrado Ud. entonces aquí?... Aquí hay un hombre que la desea!...

Mis palabras, mis gritos no la inquietaban. Tal vez no creía en mi sinceridad. Sonreía.

—No lo diga tan alto. A esta hora despertaría a la gente,—me advirtió con un ademán conciliador.—¿Qué niño más encantador es Ud.... Mire hijo mío,—agregó tomándome cariñosamente por la solapa!—¿Qué facha! Jamás le he tenido miedo a un hombre que me desea. Pero Ud....

—Ud. quiere perderme,—dije con la voz ronca, atropellando sus palabras.—Quiere perder a un niño....

Estas razones la hicieron abandonar su actitud amistosa. Visiblemente turbada, pero con dignidad, me dijo:

—Precisemos los términos. ¿Qué entiende Ud. por su perdición?

—¡Oh! Esto ya rebalsa todos los límites,—seguí yo con el mismo frenesí de antes.—¿Qué entiendo yo por mi perdición? —Yo entiendo por eso, el que Ud. haya llegado hasta aquí, que me hable de esta manera, que se acerque hasta darme miedo, un miedo cerval de tocarla, de hacerme prisionero de su encanto....

Me detuve porque me ahogaba la respiración. De pronto me volví hacia ella decidido.

—¿Por qué no vino Ud. mañana en el día?

Ella guardó un largo silencio. Yo me ahogaba. Sentía el aire denso en torno mío, como circunscrito alrededor de mi cuello. Abrí la puerta y la dejé de par en par.

—Le ruego que me responda,—le dije con voz siseante.

—Mañana,—me respondió ella muy triste,—mañana ya es demasiado tarde. Prefiero haberlo visto tal como está.—Se detuvo mirando al suelo.—¡Oh! ¿cuando comprenderá Ud.? ¿Quién podrá decirle!... ¿Quién podrá decirle los instantes que vivo! Y qué mal me interpreta Ud. Yo le repito: no traigo intenciones. Míreme de nuevo a la cara. ¿Sabe Ud. lo que me ocurre a veces? ¿Todavía no comprende? ¿Cómo sabe Ud. si yo he venido sólo movida por el deseo íntimo a hacerle una confidencia?..

Estaba tan cerca de mí que de pronto, exclamé:

—¡Cómo! Ud. está llorando!....

Ella esquivó la mirada ágilmente.

—Esto es mucho para que lo sepa un niño....

Me sentí acometido por una ternura súbita, y olvidando mi

antiguo rencor tomé su encantadora cabeza entre mis manos y la llené de besos.

—Ud. sufre,—le dije.—¿Por qué sufre Ud.?

—¿Cuánto tiempo hace que no me hablan así! Hábleme así, hijo mío. Así, pero no tan apasionadamente, así como si fuera a una madre. Ud. me decía que todo le aburría, hijo mío. Pues bien, a mí todo me hace llorar. ¿Comprende? ¡Y qué bien se puede decir esto a un niño tan sincero como Ud.!

Lloraba ella y yo la sostenía entre mis brazos.

—Cuénteme Ud.—le dije al notar que no podía seguir conteniendo sus lágrimas.—¿Por qué es tan diferente de todos? ¿Qué misterios tiene su vida que no entiendo una palabra de ella? ¿Por qué ha recurrido a mí en esta circunstancia? Dígame como se llama Ud. Quiero saber su nombre, su verdadero nombre...

Súbitamente Madame Leblanc, me miró serenándose y con una pronunciación dura, agregó:

—Gracias, muchas gracias. Nunca olvidaré estos instantes. ¿Quiere creerme ahora que no he traído intenciones? Mi visita es un capricho que me ha servido de mucho.... Y mi vida.... un capricho también, pero que no me ha servido de nada.... Dando un profundo suspiro, ensayó una sonrisa, y siguió cambiando el tono de sus palabras:—¿No es hermoso todo esto? Ya empieza a aclarar. Mire cómo palidece el muro del frente...

Yo miré y no distinguí nada. Creí que ella lo decía para variar de conversación y le dije no sé qué piropo a propósito del alba que no veía.

Ella sonrió entonces, arreglándose el echarpe sobre sus hombros.

—Debemos despedirnos. La servidumbre empieza a levantarse luego. ¿Cuándo piensa Ud. irse de aquí?—Noté que al marcharse, lo hacía como si huyera, y al mismo tiempo, como si le fuese difícil abandonarme.—Este clima no le sienta bien,—siguió fríamente.—Ud. nunca debía haber venido a este pueblo.—Vaciló un segundo y avanzó: ¿Ha aprendido algo de mí?—Considéreme siempre muy desgraciada....y ¿no es cierto que entonces me perdonará?

Yo le atrapé los dedos y los besé apasionadamente mientras ella caminaba hasta la puerta.

—¡Qué cansancio! ¡Qué cansancio!—murmuró.

Fueron sus últimas palabras.

Quando quedé solo, apagué la luz y entonces me dí cuenta que empezaba a amanecer. Me tendí como estaba sobre la cama.

Sentía su perfume en todas partes mezclado al frescor del alba y mi frente parecía que iba a estallar. Un sopor y una languidez morbosa cargaban mis sentidos. Cerré los ojos en busca del sueño, y no sé si agotado por mis emociones o embelesado por las últimas palabras de la mujer que había estado en mi alcoba, conseguí dormir unos instantes.

De pronto creí oír como si alguien, en puntillas, llegara hasta mi lecho, abrigara mis piernas, y algo tibio y húmedo se posó sobre mi frente. No sabiendo si esto era realidad o sueño, extendí vivamente los brazos, y al abrir los ojos, la luz del día me dió tan vivamente en el rostro que tuve que bajar los párpados. En la puerta había una silueta oscura, fugitiva. Duró un segundo. Cuando nuevamente pude abrir los ojos, había desaparecido.

V

Luciano Elgar se detuvo y nos observó algunos momentos en silencio. Todos estábamos mudos. De afuera llegaba mezclado al olor húmedo del jardín, el murmullo confuso de una brisa.

M. Simon avanzó hasta el ventanal, y separó la cortina.

—La tempestad ha pasado señores. Mañana tendremos un día espléndido.—Y añadió allí mismo—No salgo muy favorecido en esta historia señor Elgar. Le aseguro a Ud. que nunca he sabido quien era esa mujer extraña, extraordinaria. Pocas veces he oído hablar un francés más correcto, más francés.

Fabián de Azúa le interrumpió.

—El francés es la lengua que mejor hablan los extranjeros.

—Sí, dijo Luciano.—Madame Leblanc no era francesa, como muchas de las de su profesión. Pero hablaba admirablemente el francés. Su pronunciación castellana también engañaba a todos. Simulaba una vocalización defectuosa cuando hablaba de negocios y amaneraba la construcción de las frases.

Mostraba cierto cansancio.

—Voy a abreviar. Aún no he terminado. Al día siguiente hallé a mi tía Amelia, junto al espaldar de mi catre vigilando mi sueño. Era más de medio día, y había llegado alarmada en el tren de la mañana. En medio de infinitos reproches, me hizo arreglar las maletas para salir en la misma tarde para las termas. En vano busqué en el hotel a Madame. Ya se había marchado. M. Simon, me entregó, a escondidas, una joya y una gruesa suma de mi dinero perdido en el juego, que me dejaba. Fué esto todo.

Pasé unas largas vacaciones en las termas. El agua de la montaña con su sabor agreste y metálico enriqueció mi organismo.

Tía Amelia vigilaba mi conducta con riguroso celo, Volvimos a fines de Marzo a Bellavista, donde fuí recibido entre clamores.

Luciano sacó de su bolsillo una joya que puso a la luz. Todos acercamos unos rostros amoratados. Era un trébol de brillantes, con una cuarta hoja agorera, laboriosamente labrada sobre platino.

Esta joya enseñé a mis tías al volver a Bellavista. Las pobres señoras, presas de un espanto conmovedor, guardaron un largo silencio. Era una antigua joya de familia. Luego me pidieron explicaciones. Les relaté lo que Uds. conocen, ponderando el encanto de Madame. Tía Amelia me atajó desalentada:

—No blasfemes!—exclamó. No digas que has estado enamorado de esa mujer!

—¡Sí!—les repliqué encarándome valientemente con su indignación.—Es la mujer más extraordinaria que he conocido. Mis tías guardaron un silencio indescriptible.

Fabián de Azúa, interrumpió de pronto:

—Bueno: ¿en qué quedamos? Era o no francesa nuestra dama.

—Pues bien,—dijo Luciano Elgar sonriendo.—Era hija de franceses, nacida en el país. Estaba emparentada con algunas familias de aquel pueblo, sin que nadie lo supiera, pues nunca había vivido allí.

Fabián de Azúa se acercó violentamente:

—¿Y dice Ud. que no la ha visto más?

Elgar bajó la vista.

—Ni siquiera supe cuando murió....

Por su rostro atravesó una sombra, y bruscamente tomando una copa, exclamó:

—Era mi madre....

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL ALMA HUMANA Y EL REALISMO

CUANTAS veces hemos oído repetir, en todos los tonos, en periódicos, conferencias y conversaciones, que vivimos en una época de realismo radical. Escritores cuya clarividencia nos parece envidiable, han tratado esta verdad—universalmente reconocida y hasta banal—y utilizado los resultados de sus análisis para establecer nuevos puntos de vista proféticos. Tales autores nos han mostrado a los europeos el instrumento simbólico, cuyas mandíbulas son América y Rusia, que deshace nuestra vieja cultura. Los más inteligentes han sabido, desde luego, reconocer la identidad profunda de estos dos términos contradictorios en apariencia. El *realismo* radical de los Estados Unidos de América es exactamente el mismo que el de las Repúblicas unidas de la Rusia Soviética.

LA U. R. S. S. Y LOS U. S. A.

El dogma rigurosamente *ortodoxo* de la U. R. S. S. es de esencia marxista. Recordemos uno de sus axiomas básicos: el hombre, como individuo y como miembro de grupo, es sólo un producto del dinamismo económico. Lo que el mundo precientífico llamaba «alma» no es, en realidad, sino la apariencia psicológica de este dinamismo. La vida interior del hombre está enteramente determinada... ¿Y cuál es la *escatología* oficial de la U. R. S. S., es decir, cuáles son los puntos de vista de la doctrina bolchevique sobre los fines últimos de la historia? Si la organización humana llega un día a dominar las potencias anárquicas de la naturaleza y de la tierra, entre las que se hallan las fuerzas económicas, podrá establecerse un nuevo orden social en el cual ya no habrá clases.

Este orden social tendrá consigo *una estabilización de la vida del alma*. Los impulsos afectivos y voluntarios del individuo deberán ser *desvalorizados* en provecho de la conciencia colectiva. Gracias a la colectividad el sufrimiento será suprimido,—idea de inspiración netamente oriental—y un estado de beatitud se establecerá sobre la tierra.

La América carece de dogma oficial, pero se inspira en el *Behaviorismo*. Esta palabra, tan curiosa como repelente, designa una teoría psicológica que cuenta cada vez con más partidarios en los Estados Unidos y que parece ser un símbolo precioso de la espiritualidad americana. Para el doctor Watson—padre del Behaviorismo e inventor de este término simpático cuyas palabras se tuercen como un gusano machacado—el hombre interior es simplemente un monigote. Las marionetas humanas son movidas por funciones y reacciones. Un asno podría, con sólo tirar los hilos de una *pedagogía* tan simplificada, conformar cada una de estas marionetas al modelo deseado. Estas ideas reflejan la misma nostalgia colectivista, el mismo deseo de tratar al hombre como un producto *standard*. Por otra parte, los Estados Unidos muestran ya el ejemplo de una dominación de las masas—inconsciente, es verdad— que toma la forma de una disciplina colectiva: ¿acaso no tiene todo el mundo el mismo sombrero y la misma opinión?

EL VERDADERO SENTIDO DEL REALISMO

Pero si se trata de los Estados Unidos y de la U. R. S. S., es sobre todo en la medida en que estos inmensos continentes nuevos manifiestan poderosamente, y de una manera consecuente, la actitud del *realismo* radical ante la vida: porque el resto de los países modernos participan de este restado de espíritu e imitan esta actitud. El término mismo de *realismo* tiene una larga historia y desempeña ya un papel importante en la edad media. ¿Pero cuál es su sentido general fuera de toda consideración histórica? La respuesta es clara y precisa: la actitud realista es la que pone al hombre en contacto directo con la vida; la que haciendo a un lado todo prejuicio une el hombre a la naturaleza. El realista se adhiere a la riqueza inmediata de lo *vivido* sin dejarse turbar por abstracciones... ¿El *realismo* de nuestra época corresponde a esta definición? ¿Manifiesta un nuevo *comportamiento* ante la naturaleza, liberado de ideas preconcebidas, que contribuya a formar un vínculo entre el alma y la vida? ¿Representa una victoria sobre la abstracción?

LA RELIGION DEL CUERPO HUMANO

Antes de responder de una manera negativa a esta pregunta, notemos que el *realismo* radical de estos últimos años parece haber logrado su objeto en un solo punto: ha acercado—de una manera que parecía antes irrealizable—el hombre a su propio cuerpo. No sería exagerado ante este estado de cosas hablar de un descubrimiento del cuerpo humano y de su conquista por el hombre. No me refiero solamente a la higiene, los deportes, el naturismo, la vida al aire libre, etc., sino a una especie de acercamiento amistoso entre el hombre y su ser corporal, tal como nunca lo ha conocido la historia. Este *acercamiento*, que es ciertamente el mejor éxito del *realismo* moderno, tiene, sin embargo, una significación eminentemente simbólica: sólo se explica por el *horror vacui*, el horror al vacío. El alma hambrienta y debilitada del hombre se agarra al objeto menos lejano, el cuerpo. Una especie de *onanismo* psicológico impulsa al hombre a abandonar el mundo exterior, privado en lo sucesivo de realidad, para replegarse sobre sí mismo. Persigue así el alimento sustancial que le falta... Transformado en un verdadero ídolo por la cultura física moderna, el cuerpo es como la última camisa que el *realismo* radical ha dejado todavía al alma humana.

LA TECNICA CONTRA LA VIDA

¿Qué? ¿El *realismo* privaría al mundo de toda realidad? Sí, aun cuando esto pueda parecer paradójico. La historia no ha conocido sin duda una época tan profundamente *ilusoria* como la nuestra. La humanidad moderna cree literalmente rebosar de *realidad* mientras se asfixia bajo un amontonamiento de abstracciones. Basta con un ejemplo para ilustrar esta tesis: *la técnica*.

¿No es el viaje un medio *realista* de entrar en contacto con tal o cual parte del mundo y de aprender a conocerlo mejor? El ferrocarril quita a un trayecto una gran parte de su realidad. El avión suprime completamente esta realidad y la sustituye por una especie de película de dos dimensiones en negro y blanco... Sería posible enunciar la ley siguiente: la realidad disminuye en proporción geométrica, en función misma del perfeccionamiento de los medios técnicos.

DEL CAMPESINO AL «PROLETARIO NOMADE»

Otro ejemplo. El campesino ¿no ha sido siempre un hombre *real* en el sentido en que hemos tratado de definir este término? Parte integrante de la naturaleza, cambia tan poco como esta última. Su trabajo sigue siendo el mismo desde hace siglos. Pero la industrialización trastorna a las masas campesinas y transforma una gran cantidad de campesinos en proletarios. ¿Son éstos, todavía, hombres *reales*? Se mantienen inmóviles ante una máquina y ejecutan seis veces por minuto el mismo movimiento *taylorizado*. Y eso durante ocho horas. ¿Es posible concebir algo más irreal, más incomprensible con la dignidad humana, más infernal? No porque su trabajo sea particularmente difícil—el trabajo del campesino es ciertamente más duro. No, la fábrica moderna es la imagen misma del infierno a causa del carácter artificial y abstracto del trabajo mecánico. Ahora bien, la técnica americana y la técnica rusa previenen la supresión de la pequeña propiedad campesina, la destrucción de esta célula primitiva de la sociedad, y su sustitución por inmensas explotaciones agrícolas. No puedo juzgar el valor práctico de este plan, ni las repercusiones que puede tener sobre la producción. Pero lo cierto es que la realización de este proyecto significará la desaparición de la última forma de *enraizamiento* y transformará la humanidad entera en una verdadera tribu nómada, privada de contacto con la naturaleza.

EL FRACASO DEL REALISMO

Estos cuantos ejemplos bastan para permitirnos concluir diciendo que el *realismo* radical, así como sus subproductos, (materialismo histórico, biologismo, pragmatismo, positivismo, productivismo, etc.), que gobiernan el mundo actual son lo contrario de lo que pretenden ser. ¿Qué hacer, sin embargo, si la palabra realismo se emplea en un sentido inaceptable y falso? ¿Vamos a luchar por palabras? Sin embargo, recordemos que no se trata en este caso de una cuestión teórica, sino de una verdadera forma de la conciencia, de una nueva manera de sentir. Ahora bien, la conciencia sopesa, juzga y elimina, provocando así *escisiones* que determinan a su vez un fanatismo agresivo... ¿Cuál es, pues, el enemigo, objeto de odio del *realismo* moderno? Es el hombre interior, su alma, mejor aún, *su espíritu creador*. ¿qué razones explican este odio? Son dobles: por una parte

eternas y metafísicas; por otra, históricas y temporales. Las primeras llevan la huella de la voluntad *luciferina* o *prometeísta* de oponer a Dios la autonomía de la creatura. Las segundas están ligadas al tiempo. Expresan la inversión de un sentimiento de inferioridad y de menor valor que experimentan infaliblemente los pueblos o las clases sociales cuando llegan a dominar por la fuerza física a grupos humanos de un más alto nivel espiritual.

EL NACIMIENTO DEL IDEAL BURGUES

El nacimiento del *realismo* moderno coincide con una época de trastorno social: la Revolución Francesa... Un verdadero torbellino hace desaparecer un mundo de alta espiritualidad. Este mundo desapareció, sin duda, justamente. En efecto, su espíritu se había separado, poco a poco, por un largo y laborioso proceso, de sus raíces metafísicas y religiosas. Dominando aún en apariencia a la sociedad, este espíritu estaba minado en realidad por una duda mortal. El escepticismo crecía (de los Enciclopedistas a Kant). El espíritu cínico se envenenaba a sí mismo. Después de su muerte, el hombre nuevo, el burgués, se encontró en presencia de una situación que le interesaba aclarar. Pero no se establece un trono sin proponer al mundo un ideal susceptible de ser comprendido y defendido. El burgués buscó, pues, un ideal que le conviniese. ¿Qué encontraba en la sociedad del antiguo régimen? Las dos grandes ideas que dominan la humanidad histórica desde que existe: el ideal heroico y caballeresco y el ideal religioso y ascético. Pero el novicio no se sentía con tamaños para aceptarlos. El tendero, abarrotero, coyote, se sabía extraño al espíritu de la vieja sociedad que lo había despreciado siempre desde lo alto de sus valores establecidos. ¿No era él precisamente lo contrario de un sacerdote o un caballero? Había, sin embargo, algo que no conoció ni comprendió nunca: la *ociosidad*, madre del espíritu. Sufría día y noche sin descanso, lleno de temor y de cuidados. ¿Por qué razón? ¿Era tan difícil la vida? De ningún modo. La vida estaba simplemente vacía. ¡Para poder soportar la ociosidad precisa ser un *capitalista del alma*.

LA NOBLEZA DEL TRABAJO

El trabajo, esta forma extrema de lo impersonal, tentaba a la nueva clase dominante: así nació el mito de la *nobleza del trabajo* que, bajo la forma de *moral de eficacia* y de éxito, con-

tinúa rigiendo el mundo de hoy. La novedad de este ideal era en verdad desconcertante. Lo que había sido considerado siempre como impuro e indigno se convertía en el valor supremo. Pero el impulso que este ideal burgués imprimió a la evolución fué prodigioso. Por primera vez se imponía a la humanidad una gran idea que no solamente no encerraba elemento alguno de riesgo o peligro de muerte, sino que aun mejor se tornaba en una fuente de beneficios. El mundo se transformó con una rapidez mágica. Máquinas colosales sustituyeron a las primeras manufacturas; barrios inmensos cuyos muros transpiran enfermedades, vicios, suicidios, cercaron las pequeñas ciudades rientes. Y el tendero de antaño se convirtió en un industrial lleno de atenciones, un *homo economicus*, una rueda de esta economía absoluta, indiscutible, invasora, cuya potencia domina al mundo.

CUADRO DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Y ahora echemos una ojeada sobre el presente, sobre los años de 1930 y 1931. Progresos inauditos de la técnica. La economía parece alcanzar el punto culminante de la irrealidad. La producción excesiva y el insuficiente consumo suspenden al cuello de la sociedad un círculo vicioso que amenaza ahogarlo al estrecharse. La máquina, después de haber reducido las masas populares al estado miserable de *proletariado industrial*, continúa el curso que su propia lógica le impone imperiosamente, y las relega al rango infinitamente más miserable todavía de *proletariado sin trabajo*. Cuando Dios hace con su munificencia madurar el trigo en el Canadá, en otros países los hombres mueren de hambre. Cuando el café crece abundantemente en el Brasil, en Nueva York el número de suicidios crece no menos abundantemente. Como se ve, vivimos en un mundo imbuído de *realismo*. Precisa verdaderamente ser un economista distinguido para no hacerse uno mismo—en esta atmósfera de locura—perfectamente irreal.

¿GOETHE O FORD?

Y a pesar de todo el prestigio del realismo conserva su grandeza, tanto respecto de los culpables como de sus víctimas. Se aprieta uno la cabeza entre las manos por temor de que estalle, al leer los himnos llenos de veneración que los biógrafos dirigen

a M. Henry Ford. Que sus obreros revienten a los cincuenta años, no tiene, según parece, ninguna importancia, mientras disfrutan antes de desaparecer del derecho envidiable (cuyo ejercicio hace subir evidentemente la cifra de venta de las fábricas Ford) de aumentar los obstáculos de la circulación, paseando orgullosamente en sus ratoneras con ruedas. Debo confesar que si Ford es un gran hombre, el abarrotero de la esquina lo es también... a condición, sin embargo, de que sus procedimientos de venta le hayan permitido aventajar la de los otros abarroteros del barrio. Entre Ford y un abarrotero no existe diferencia esencial y profunda; no están separados sino por una diferencia *cuantitativa* de nivel. Para organizar la producción y la venta de automóviles, del papel de envoltura o del jabón, para escoger los medios técnicos y las modalidades financieras, precisa, evidentemente, poseer cierta habilidad profesional y una clarividencia comercial. Pero mientras que esta clarividencia tenga solamente por objeto el jabón, el papel de envoltura o los automóviles, por más que se la considere como profética, no conocerá sino lo útil e ignorará para siempre la *grandeza creadora*. Si continuamos considerando a Ford como un gran hombre, Shakespeare, Goethe y Rembrandt acabarán por pedirnos que no hagamos preceder su nombre de este noble epíteto.

LA TRAICION REVOLUCIONARIA

Los años de postguerra triunfaron en aquello en que fracasó el realismo durante el siglo XIX: la humillación del hombre interior condujo a una verdadera tiranía y a la *desvalorización del acto creador*. Nuestra alma perdió la fe, ya no confía, sobre todo en sí misma. Existe un hecho siniestro que revela este estado mejor que todo lo demás: la actitud de la juventud y de la revolución. Estos eternos defensores de la vida—la juventud y la revolución— no se encuentran actualmente del lado de las víctimas, sino del de los verdugos. Y a la luz indecisa de esta revelación, el *comunismo* aparece lo que es: *el hijo legítimo del capitalismo*. Los rasgos de familia se acentúan de día en día... Los empresarios capitalistas han desaparecido, pero su lugar ha sido ocupado por el Estado ruso, que es hoy día su propio capitalista. El proletariado no se compone solamente de una parte de la población: el pueblo entero se ha transformado en un rebaño de esclavos. El nuevo capitalismo utilizan su fuerza en suprimir sin escrúpulo el derecho de huelga, la libertad de asociación, etc., y ofrece, en cambio, a «su» partido—que consti-

tuye una especie de guarda amarilla de rompe-huelgas—el mal alcohol de su ideología. Esta ideología no se inspira, por otra parte, en la pseudo-ciencia soviética actual, sino en el pathos olvidado y traicionado de la época heroica de la revolución.

LA DIGNIDAD SUPREMA DE LA PERSONA HUMANA

Y no obstante ¿no es el hombre interior quien funda, en cierto sentido, la existencia del mundo exterior? *No hay realidad sin imaginación.* No hay verdad alguna que no sea engendrada por el *acto creador* del hombre. La persona humana es la medida de toda cosa. Ahora bien, todas las teorías modernas, el *panneconomismo*, la teoría del medio, el materialismo histórico, etc., hacen de la cosa inerte la medida del hombre: este es todo el secreto de la técnica. Precisaba que sufriésemos su fatalidad. ¿Acaso no nos promete resolver todas las cuestiones, domesticando las fuerzas cósmicas y edificando una sociedad nueva, entera y definitivamente racionalizada? Como lo hemos observado ya al estudiar la Rusia soviética, el objeto último de esta evolución es la extinción de la conciencia individual y su sustitución por una conciencia colectiva, más elástica, más dócil, menos capaz de una rebelión efectiva. Y no es Rusia la única que persigue este objeto: otros países le pisan los talones. Todos los medios son buenos para lograrlo, ya sean el sport o la «disciplina de partido». Un inmenso embrutecimiento nos amenaza. Triunfa el cerebro standard. Un nuevo militarismo ha aparecido—militarismo sentimental—, que invade toda nuestra vida, dejando tras de él, muy lejos, el antiguo cuartel prusiano. El «ayudante» domina desde ahora en todos los dominios: parece pertenecerle el porvenir... Todo es cuartel, lo mismo la literatura que la vida política. ¿Qué hacer ante semejante situación? Los gritos de desesperación no pueden salvarnos... ¡Seamos hombres.

EL HOMBRE MUSICAL

Sólo el hombre interior, el hombre *musical*, puede salvarnos y permitirnos construir un mundo nuevo. No se trata del esteta, ni del artista, ni de la obra de arte: el hombre musical es aquel que tiene un alma dinámica, sensible, capaz de entusiasmarse, abierta al universo entero, temblorosa de simpatía. Este tipo de hombre no es una excepción: se le encuentra en todas partes,

en el cine y en la calle, tan a menudo como en una sala de conciertos. . . . Se le encuentra en todas las clases de la sociedad. Iré aún más lejos: todo hombre tiene en su fuero interno una fuente de «música». Esta fuente está simplemente obstruída por los cuidados y el realismo y envenenada por un falso ideal. Pensad, no obstante, en la leyenda de Orfeo. ¿Acaso no arrastró con su música y su canto a los animales, a los árboles y a las piedras mismas? . . . Las piedras, imagen del mundo inanimado, conforme a los principios del materialismo. . . . Y el materialismo, bajo la forma del *realismo* radical, ¿no es el padre de la proletarización general y de la crisis mundial, de las que es madre la técnica moderna? Que nadie trate de atacarlos de frente. Las quejas y los gritos de los reaccionarios que añoran aún las formas de vida acabadas, la monarquía difunta, los privilegios, etc., los ayes históricos de los partidarios del «Tercer Imperio» (acerca del cual no tienen idea alguna estos curanderos alharaquientos), no son sino manifestaciones de una profunda debilidad de espíritu mezclado a un falso misticismo. . . . ¡Seamos revolucionarios.

EL FIN DEL INDIVIDUALISMO BURGUES

No se puede lastimar el *realismo* atacando su poder material: el *realismo* sólo es vulnerable porque está vacío interiormente, y para decirlo todo, porque es irreal. El monstruo sucumbirá a los golpes del hombre «musical», que se levantará para defender el ideal espiritual. Quizás esto parezca a primera vista utópico, Pero no intento, creedlo, contar un simple sueño. . . . *precisa, no obstante, que finalice antes la revolución económica y social a que asistimos.* El capitalismo está llamado a absorber los últimos vestigios del individualismo liberal. Este proceso será seguido de un período de empobrecimiento catastrófico, período cuyos primeros efectos comenzamos a resentir en nuestra carne y en nuestro espíritu. La dialéctica de la historia exige, quizás—por monstruoso que pueda parecer esto—que tal estado de miseria se acentúe y afirme. Porque ningún llamado, ninguna hoja de propaganda, ninguna prédica pueden conducir a una revolución espiritual con el mismo rigor que esta situación creada por el propio *realismo*.

LA FLAMA INMORTAL DE LA REVOLUCION

Pensando cada una de mis palabras, anuncio esta revolución de mañana: *la revolución de la vida* contra la abstracción del cuartel. El que no ha sido *revolucionario* más de una vez en su vida, no lo ha sido nunca. El que se declara satisfecho porque su partido ha llegado al poder y se contenta en seguida con arrastrarse bajamente ante los principios abstractos de *partido* o de *clase*, no es más que un arribista interesado y no un revolucionario. *La revolución es tan eterna como el falso ideal de poderío material.* Su secreto está en su renovación: cambia constantemente de frente. Ahora tiene que combatir a los *reaccionarios*, entre los cuales unos prefieren el dogma capitalista y otros se declaran comunistas, pero que juntos defienden la misma fortaleza. La revolución del espíritu y del corazón se ha vuelto ineluctable, como lo ha sido en otra forma la revolución material. El círculo vicioso de la economía actual será su causa determinante. Y aun si el *realismo* llega a resolver las dificultades materiales, será vencido. Porque el progreso técnico y la inevitable disminución de la jornada de trabajo serán los dos polos de la revolución de mañana. La máquina que produce mercancías crea igualmente ocios: allí está precisamente su valor profundo. Estos ocios serán la dinamita que abrirá la primera brecha en las murallas de la sociedad materialista e inhumana. El comunismo tiene, pues, perfecta razón en hacer coincidir el advenimiento de su «paraíso terrenal» con la muerte del alma individual: porque el alma viviente no querrá ni podrá jamás soportar, después de una jornada de trabajo de cuatro horas, diez horas de... libertad al estilo ruso-americano. Y todas las playas del mundo, todos los partidos de football o de boxeo, todos los films y todos los autos, no harán cambiar nada. Porque el mundo comienza con el hombre. *Y el hombre sólo vive para la creación y el milagro.*—FRANZ WERFEL.

LOS QUE NO HAN COMPRENDIDO

HACE más de un cuarto de siglo que sostengo la necesidad de un concierto entre las Repúblicas latinoamericanas para contrarrestar el avance del imperialismo. Alrededor de la tesis he escrito media docena de libros, he dado centenares de confe-

rencias y he realizado viajes de circunvalación continental pagados de mi peculio.

Veinticinco años—digo veinticinco por costumbre, porque ya van siendo treinta—de testaruda afirmación, a lo largo de los cuales sólo encontré apoyo resuelto entre los universitarios. Durante ese tiempo fuí sucesivamente, según las míseras interpretaciones de los interesados en embrollar las cosas, el mensajero estipendiado de España, de Inglaterra, de Alemania, de Rusia. En la campaña he perdido, sin embargo, no sólo mi haber, sino hasta mi situación de escritor, puesto que quien se inició con todos los éxitos se halla oprimido hoy por la palabra de orden: hay que inmovilizar al propagandista.

La coordinación de las repúblicas de nuestra América en vista de movimientos globales, sigue siendo, a pesar de todo, a mi juicio, un fenómeno de gravitación tan inevitable como la caída de un guijarro que la mano abandona, o la marcha de un río hacia la atracción del mar. Ninguna coalición de intereses, ningún egoísmo, ninguna fuerza del mundo podrá impedir esta reacción. Sólo cabe debatir dos cosas. Primero: las condiciones (desfavorables, peligrosas o desesperadas) en que se realizará la confluencia, según el plazo más o menos largo que tarde la verdad en llegar hasta el gobierno. Segundo: la extensión (disminuída, limitada o exigua) a que se extenderán sus beneficios, ya que la avalancha imperialista va sumergiendo gradualmente nuevos territorios, cuyo rescate parece cada vez más difícil. Como consecuencia del desmigajamiento y de las concepciones mantenidas contra toda evidencia por las oligarquías dominantes, día a día se acentúan los éxitos del invasor; y es visible que a medida que el tiempo pasa será más penoso el esfuerzo y más reducido el radio en que lograremos afirmarnos. Hay que acelerar, pues, la realización del porvenir, reanudando la tradición de los hombres de la independencia y haciendo que las repúblicas más sólidas encabecen el movimiento, cumpliendo la misión a que se hallan destinadas por la geografía, el prestigio o la prosperidad.

Tal es la teoría que desde 1903 trato de transmutar en direcciones concretas, susceptibles de ser aplicadas al instante en que vivimos. Una nación es un ideal, alrededor del cual se suceden generaciones que son a la vez fruto y simiente; y dado que el porvenir sólo germina en forma de resultado supremo y en la finalidad más alta, hay que considerar el sacrificio como un deber, reservándose el premio exclusivo en la conciencia.

Pero muchos no lo entienden así. Para ellos soy el «hombre que no ha comprendido». No he comprendido que en nuestros países para «llegar», hay que recabar previamente la bendición

de los extraños. Interminables hileras de políticos, de artistas, de hombres de negocios marcan el camino que se ha de seguir para alcanzar la vida cómoda, la riqueza y el triunfo. Esta situación, estruendosa a fuerza de ser pública, no ha podido, parece, ser percibida por mi entendimiento. Ni por asomo se les ocurre pensar que, conociendo la envilecedora sujeción y sabiendo a lo que me expongo, persista en empujar la idea que me cierra todos los caminos. Algunos me gritan, caritativamente «no es por ahí», como si, en la carrera loca hacia la felicidad, tuvieran el remordimiento de dejar a la zaga al que se extravía. Y como sigo impertérrito, concluyen: «no aprenderá nunca».

Salta a los ojos que no hubo animosidad contra ningún país y que sólo entró en juego el ansia confesable y legítima de preservar los desarrollos de nuestro grupo racial. He resultado sin embargo más de una vez el murmurador molesto que no deja oír la sinfonía de Beethoven que algunos «virtuosos» hombres de Estado ejecutan genialmente en el teclado de América para amenizar los altruísmos bancarios de los prestamistas.

La tesis de conglomeración racial, de resistencia a las influencias extrañas y de valorización de nuestro propio acervo, formulada mucho antes de la guerra de 1914, en horas en que, hallándose Europa intacta, se podía hacer fácilmente una política de compensaciones, levantó así, desde el principio, hondas resistencias, no sólo en el seno del imperialismo, interesado como es lógico, en ahogar cuanto se opone a su avance, sino entre los mismos cuyo porvenir se defendía. Lo primero estaba previsto, aunque no en la forma que tomó la represalia. Lo segundo, no. Al empezar la campaña creí que el desinteresado grito de alerta que lanzaba un latinoamericano sin más ambición que la de ser útil a los suyos repercutiría ampliamente en los corazones.

Pero en mi tierra llegó la ceguera hasta motejarme de renegado y antipatriota. Como en el drama de Ibsen fuí el «enemigo del pueblo» porque denuncié que estaban envenenadas las aguas de la política lugareña. Tales directivas no eran, pese a quien pese, más que una prolongación de la historia del país. Si los argentinos de 1810 juzgaban comprometida la independencia del Río de la Plata mientras no se obtuviera la independencia del Alto Perú ¿cómo no ha de enlazarse, hoy como ayer, (en épocas en que las comunicaciones son más rápidas y los medios de dominación más eficaces) nuestro destino con el destino de las demás repúblicas? Al abarcar el problema en conjunto, lejos de desinteresarme de la suerte de la mía, la defendí en sus proyecciones estratégicas, dando a la palabra su sentido dentro de la civilización. Porque el ímpetu solidario que favorece a todos los pueblos

de nuestro grupo preserva particularmente a los que conservaron su soberanía más intacta. Nadie debió desconocer el imperativo de esta lógica. Pero la opinión fué inducida en error por los interesados en prolongar la confusión; y en medio del apresuramiento por obtener puestos y jerarquías, la campaña idealista sólo alcanzó a ser mesa de enganche para los soñadores, es decir, para los parias de nuestra América, donde el afán de riquezas materiales acabará por aniquilar toda grandeza moral.

A la edad en que todos han logrado una vida y se han hecho, grande o pequeño, un hueco amable, seguimos siendo los rebeldes, los disidentes, los díscolos, que por no haber sabido ser «hábiles», en la subalterna acepción del término, sólo alcanzaron la calumnia, la pobreza y la expatriación. Es verdad que dirigiéndonos a los «que han comprendido» les podemos decir:

—Entre nosotros hay una diferencia grande; ustedes vivieron de la patria, nosotros para ella.

O lo que tuve que contestar a un político interesado en «contar con mi concurso»:

—Y después que usted triunfe ¿qué vamos a hacer, señor? Porque la presidencia podrá tener interés para usted, pero lo que el país espera son ventajas positivas....

—Política....—murmurará alguien.

Política, no. Intervención del ideal en la vida. Si nos hubiéramos limitado a hacer arabescos con el estilo, a contar historias imaginarias, o simplemente a escribir versos, como es siempre en los comienzos la vocación más pura, nos hubiesen dejado divagar. Eso no molestaba a nadie. De haber hecho dentro de los cánones usuales la política que consiste en subir, hubiéramos ocupado los puestos vistosos que se otorgan a menudo a los que menos suspicacias internacionales levantaron. Pero al defender a la nación en sus fundamentos, hemos herido intereses *dentro y fuera de ella*. Mientras tanto usufructúan el presente, resulta casi un pecado pensar en el porvenir. Y eso es lo que no nos perdonan, a nosotros, los que «no hemos comprendido».—M A N U E L U G A R T E.

(Exclusivo para ATENEA).—Niza, Febrero, 1932,

CARTA A DON MANUEL UGARTE

Mi querido amigo:

CON el respeto que usted ha sabido imponer por su maestría literaria y con la afectuosa confianza que reina entre nosotros, me dirijo a usted para comentar su hermoso artículo sobre la dictadura argentina. Todo lo que usted ha escrito allí merece mi aplauso. Acaso no estemos de acuerdo en algún punto doctrinal; pero las discrepancias son indiferentes para definir las actitudes. Basta que usted y yo sintamos la misma devoción por el bien general, para que nos permitamos mutuamente entenderlo de distinto modo alguna vez. En el caso, yo no propondría sino las fórmulas que usted quiere aplicar.

¿A qué viene, pues, que le escriba esta carta?

Si fuera para un simple beneplácito, tendría que enviarle una cada quince días, pues siempre encuentro en los artículos de usted materia de elogio, por la penetración de las observaciones, por el acierto en los juicios y por la felicidad con que el escritor concreta lo que dice, dándole una forma de sobriedad elegante.

El artículo de usted se llama *Ur año de dictadura*. Lamenta usted que sobre la República Argentina haya rodado esta lúgubre sucesión de doce meses vergonzosos:

«Se cumplió ahora un año del levantamiento del 6 de Septiembre—dice usted—un año durante el cual se han eclipsado en la Argentina las garantías constitucionales, un año de destierros, de ejecuciones sumarias, un año sin diarios independientes, sin asambleas públicas, hasta sin Universidades, porque la juventud no quiso sancionar los atentados; un año de discursos en los cuarteles y de idas y venidas politiqueras.»

No soy indiferente al dolor que acusa este balance de un año ignominioso. Estrecho, pues, la mano de usted, y simpatizo con su hondísima pena de liberal y demócrata argentino. Pero cumplido este deber, me permitirá usted que toque un punto interesante, materia de mi carta. Si yo hubiera leído la requisitoria de usted en un periódico de cualquiera otro país, nada tendría que decir, sino lo ya expresado. La publicación, hecha en México, me parece digna de señalarse.

Ese país no encierra secretos para usted, mi querido Ugarte. Lo conoce usted tanto como yo, o más que yo. Es un país, que como el cura de Teocaltiche, vive muriéndose por cuidados ajenos. Prensa, asociaciones, ciudadanos, en potencia, o en im-

potencia y futuros ciudadanos despiertan todos los días preguntándose cuál es el deber cívico y cómo se cumplirá de un modo más elevado. Su inquietud viene de que no les preocupa la cuestión elemental de tener un buen gobierno, sino la de dar libertades a una o dos docenas de pueblos. Allí domina el ansia congojosa de lo que hace Gómez, el Juan Vicente de Venezuela; hay protestas diarias contra Machado, el déspota de Cuba; causaron desasosiego los actos de Siles y los de Leguía; el caso de Ibáñez planteó un problema, y otro más grave el trámite de justicia que habría de darse a la extradición de Alfonso XIII. La gente está en perpetua tensión por todas las nobles causas. Méjico es el asilo de los que sufren persecuciones inicuas. Allí se halla el centro de todas las agitaciones emancipadoras, para fuera de casa. Todo con miras lejanas.

Sólo una cosa no interesa en Méjico, y es lo que pasa en Méjico. ¿Hubo una carga y un muerto en las calles de la Habana? Méjico declara a Machado fuera de la humanidad. ¿Hubo ochenta colgados en Tabasco? Los universitarios de Méjico, que desde Méjico derrocaron a un presidente de Bolivia, no piensan ya sino en los intrincados asuntos argentinos. Escriba usted, mi querido Ugarte, una crónica sobre los sucesos de Tabasco, y me envía usted el recorte del periódico mejicano que la publique. Item más: me dice usted si continúa colaborando en periódicos del país.

«Ochenta y cinco mejicanos fueron colgados de los árboles del parque llamado Paraíso, en el pueblo de Villa Guerrero, Estado de Tabasco.»

En los mapas no hay tal Villa Guerrero. Hay un Paraíso, eso sí. Pero en el Paraíso no pasan tales cosas. La gente de Méjico ignora la tragedia. Si hubiera ocurrido realmente lo que dice algún órgano de la prensa extranjera, ¿andarían los mejicanos escandalizándose por los actos inocentes de Uriburu?

No; el imperialismo calumnia a Tabasco. Allí no se cuelga a los ciudadanos.

Sin embargo, el imperialismo dice en su nota informativa que probablemente se hará una investigación. Lo mismo que en el caso de Topilejo. Creo que usted lo conoce. No tengo para que puntualizarle los suavísimos tonos de esa égloga. En Méjico llaman a Uriburu soldadón cruel y brutal. Es el menor de los elogios con que le favorece la prensa. ¿Cambiaría usted a Uriburu por el general Eulogio Ortiz? ¿O preferiría usted a mi general Amaro? Si estas dos auténticas glorias militares no le satisfacen, queda disponible Roberto Cruz para que ilustre a Bue-

nos Aires con demostraciones prácticas de la grandeza revolucionaria.

Acababa yo de leer el artículo de usted, cuando recibí una carta de la que tomo cuatro líneas:

«Durante poco más de un año estuvimos publicando el bimensuario *La Palabra*. El pasado viernes fué clausurado juntamente con todos los periódicos independientes, que eran *El Hombre libre*, *Omega*, *El País*, *Reconstrucción*, *La Jeringa*, (de caricaturas) *El mejicanista* y *Reconquista*.»

No hay un solo comentario, de ira, de dolor o de sorpresa. El hecho se desarrolla dentro de la normalidad.

Cuando los periódicos perseguidos están en la República Argentina, Méjico protesta. Cuando están en Méjico, el hecho se acepta como la lluvia o el granizo. Forman parte de las fatalidades ineludibles. Pregunte usted al periódico en que escribe si goza de libertad, y le dirá que la tiene tan garantizada como la del *Manchester Guardián*. Asegurar lo contrario sería un suicidio. Se le ordenó que cambiara de gerencia. Se dispuso que borrara de la lista de colaboradores a Vasconcelos y a Martín Luis Guzmán. Tuvo que acatar estas disposiciones para no ver sus oficinas ocupadas, su contabilidad intervenida y acaso su maquinaria hecha pedazos.

¿Tiene usted noticia de la historia del *Diario de Yucatán*?

Su director, don Carlos R. Menéndez, me anuncia el envío de un manifiesto, que no he recibido, favor que creo deber a la bondadosa interposición de las autoridades. En su carta, Menéndez narra con brevedad el episodio de la suspensión del periódico, que como usted sabe, ya sufrió en 1924 la misma suerte. Debe advertirse, por amor a la justicia, que el gobernador actual, don Bartolomé García, no ha procedido como el de entonces, don José María Iturralde Traconis, pues García sólo impide la publicación, en tanto que Iturralde Traconis asaltó, robó e incendió el edificio del *Diario de Yucatán*. Francisco R. Serrano, ministro de Guerra, estaba en Mérida, y ebrio como siempre, apoyó las órdenes del culto gobernador. El público acudió a la obra de salvamento, pero la fuerza armada impidió que se apagase el incendio.

El Diario de Yucatán es una hoja de información y variedades, neutral en política, conciliadora y muy reputada por sus campañas generosas. La persecución carece de sentido, pues el periódico no hace campañas peligrosas para los que mandan. ¿Cómo explica usted esta fiebre opresora?

Mientras me lo dice usted, yo le referiré la noticia de la destrucción de todos los ejemplares de *La Antorcha* enviados a la

República Mejicana. El hecho no le sorprenderá a usted, ni a nadie. Lo extraño sería que se le permitiera libre circulación. La revista entra en todos los países de América, con dos excepciones: Méjico y Venezuela. Esta conformidad no impide que los gobiernos de las dos repúblicas hermanas se odien mortalmente. De Méjico salió el heroico Preve para derrocar a Juan Vicente Gómez. La falta de resultado se debe, entre otras cosas a que estableció en París su cuartel general.

Dos periódicos, *La Prensa*, de San Antonio, Tejas, y *La Opinión*, de los Angeles, tuvieron también durante muchos años cerradas las puertas del país regido por la más sabia de las constituciones y gobernado por los estadistas más eminentes. Los dos periódicos se vieron obligados a abrir negociaciones para que el servicio postal mejicano les diera curso.

El Uriburu de usted es un soldado y un dictador. Lo dice usted, lo digo yo, lo dicen todos. Pero de nuestros superuriburus nadie dice una sola palabra. El de usted permite que se le discuta, en la Argentina y fuera de la Argentina. A los nuestros, ni fuera ni dentro se les toca el pelo. ¿Sabe usted por qué? No necesito decírselo. Acuden a la polémica con dos fuerzas enormes: el marbete de la falsedad redentora y el dinero. Esto, fuera. Dentro, el terror.

Los doce meses de la esclavitud argentina, y hasta un siglo de Uriburu, serían para Méjico el más delicioso de los idilios. Esto no quiere decir que lo solicite. Hago vidas paralelas, nada más.

Quedo con todo afecto, de usted siempre adicto.—CARLOS PEREYRA.

Madrid, Diciembre de 1931.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LOS LIBROS

POLITICA

RECTIFICACIÓN DE LA REPÚBLICA,
por José Ortega y Gasset.

A pesar de que Ortega y Gasset estima que los intelectuales no deben actuar en política, él lo hace ahora decididamente, pero sin abdicar de su calidad de dómine y de fraseador inimitable. Su actuación política es de crítica y orientación colocado en un plano inaccesible a la comprensión plebeya. Acaso por ello sus palabras no hayan tenido más éxito que el que despier-ta la admiración de su elocuencia.

Republicano de última hora, Ortega y Gasset reafirma su fe en el porvenir de la República española siempre que ella rectifique sus perfiles ideológicos dentro de una amplitud donde no tengan cabida el sectarismo menguado ni la pasión agresiva, en una concesión unánime de afectos doctrinarios. Acaso sea este el pensamiento directriz que informa su actuación política y que hemos podido desentrañar de la lectura de sus discursos y artículos políticos recogidos en un volumen con el título de *Rectificación de la República* (1).

(1) Revista de Occidente, Madrid.

«La República,—afirma Ortega en uno de sus discursos más sonados—durante su primera etapa debía ser sólo República, radical cambio en la forma del Estado, una liberación del Poder público detentado por unos grupos, en suma, que el triunfo de la República no podía ser el triunfo de ningún determinado partido o combinación de ellos, sino la entrega del Poder público a la totalidad cordial de los españoles».

Por eso pide Ortega la formación de un partido de amplitud nacional «que acepte ese movimiento ascendente de la humanidad jornalera y que cuide de que sus promesas tengan la seriedad que garantiza el cumplimiento, llevará en su programa el máximo aventajamiento del obrero, pero sólo el compatible con la integridad de la economía nacional.

Como espíritu inquieto, abierto a todos los horizontes ideológicos, Ortega y Gasset no podía quedar atascado en medio de su aristocratismo intelectual sin hacer siquiera una leve y elegante concesión a la marea proletaria que asciende incontenible en sus conquistas, y que en España será motivo de permanente intranquilidad para la actual

República burguesa ribeteada de socialismo.

Bien comprendemos cuán utópico es este generoso anhelo de Ortega de que España tenga un gobierno que represente la unanimidad sin dilaciones de intereses, religiones, doctrinas sociales, etc., etc., católicos y radicales, catalanes y vascos, capitalistas y obreros, (¿también monárquicos y republicanos?) unidos todos en una cordial aspiración de engrandecimiento nacional. Sería, sin duda, un gobierno ideal, pero de equilibrio en que todos los intereses y doctrinas encontrarían acogida, lo cual lo haría tan inestable que al menor choque de los intereses antagónicos que en él se encontrarían representados, el equilibrio se rompería, y necesariamente tendría que venir un gobierno de principios y actitudes definidos. Así, por ejemplo, creemos que si cayera el actual gobierno cuya cabeza doctrinaria es Azaña, vendría uno desteñido y moderado encabezado por Lerroux o uno conservador dirigido por Maura, representando cualquiera de ellos a sus respectivos partidos o grupos, los cuales a su vez representan los diversos sectores en que se divide la opinión política de la Península. Estimamos más perjudiciales esos gobiernos anodinos que pretenden obrar inspirados por «el sentir general», que los que se han generado en luchas electorales (el actual gobierno de España) en las que los partidos no han llevado más señuelo que el de sus principios. Por experiencia sabemos que esos gobiernos que alardean de ser el re-

flejo nacional, son, a la postre, gobiernos personalistas o de caudillos sustentados por la fuerza bruta, y cuyos únicos beneficiados son los que usufructúan sin control del poder público, porque ellos, según su lenguaje, representan «el sentir unánime sin partidismos de ninguna especie...»

Por eso estimamos que por muy elocuentes y patrióticas que sean las palabras de Ortega y Gasset, sus sugerencias sólo encontraron acogida en un grupo reducido y selecto,— y así sucede— cuyos adherentes tengan al menos afinidad de principios que anude las aspiraciones; pero sin llegar a constituir un gran partido político que determine a la masa electoral a inclinarse en su favor, y sólo mediante el consenso de las mayorías se genera un gobierno republicano en su sentido burgués y democrático. Es decir lo que el propio Ortega constata en la *Rebelión de las Masas*.— *Milton Rossel*.

HISTORIA DEL I AÑO DE LA REVOLUCIÓN RUSA, por *Víctor Serge*.

Los años empiezan a dar a ese fenómeno social extraordinario que se llama la revolución rusa, los relieves que permiten mirarla con detenimiento, en detalle. Los acontecimientos se separan, los sucesos se hacen nítidos, se ven los enlaces de un hecho con otro, y sus ocultos y oscuros orígenes salen a luz desde el fondo de los años terribles. Los hombres que la dirigieron, que la atacaron, cobran perfiles definidos;

se sabe cuáles fueron sus intenciones y a qué fuerza social o ideológica obedecían al moverse en esta o aquella dirección. En una palabra, la historia empieza y aunque no sea en su mayor parte la historia que se necesita para apreciar razonablemente, es decir, críticamente, el acontecimiento ruso, no por eso deja de tener para el lector un interés grande, ya que puede juzgar, tanto como el relato se lo permita, y basándose en los principios morales o de otra índole que posea, el hecho que el reciente historiador le presenta.

Este libro (1) de Víctor Serge es un relato apasionado del primer año de la revolución rusa. Está escrito con mentalidad bolchevique y está escrito así premeditadamente.

He procurado presentar en este libro un cuadro verídico, vivaz y razonado, de las primeras luchas de la Revolución socialista rusa. Siendo mi principal deseo el poner de relieve ante los ojos de los proletarios las enseñanzas de una de las épocas más grandes y decisivas de la lucha de clases en los tiempos modernos, no me era posible hacer otra cosa que exponer el punto de vista del proletariado revolucionario. Esta actitud mía presentará para el lector ajeno a las doctrinas comunistas la ventaja de darle a conocer la manera cómo comprendían y cómo comprenden la revolución aquellos que la hicieron.

La actitud de Víctor Serge es razonable. Nos permite a nosotros juzgar a través de su libro no sólo los acontecimientos sino también

(1) Zenz, Madrid, 1931.

los individuos, y con eso salimos ganando. Para los comunistas este libro, más que una historia simple de la revolución rusa, es un arma didáctica de primer orden. La revolución rusa ha dejado a los comunistas de todo el mundo valiosas enseñanzas.

El libro está bien documentado y escrito de manera que apasiona. El autor no defiende demasiado a la revolución y no la defiende porque sabe qué clase de público tiene su obra. Expone, sí, de manera detallada los puntos de vista que Lenin tenía al proponer o al atacar determinada proposición revolucionaria. En este sentido, el libro es inmejorable, pues demuestra de manera clara que el verdadero jefe de la revolución rusa fué N. Lenin, a quien sigue, en orden de mérito revolucionario, Trotski, gran organizador.

Los acontecimientos se suceden en orden cronológico y cada uno está expuesto sumaria y razonadamente, dando todos los detalles que pueden llevar a una mejor comprensión. La política que los imperios centrales y los aliados desarrollaron frente a la revolución está estudiada inmejorablemente. La relación que existió entre la revolución rusa y la revolución alemana destácase con nitidez. Se ven con claridad los motivos que obligaban al Partido a realizar esta o aquella medida y de qué manera los acontecimientos venían a dar razón a Vladimir Iliitch Uliánov, alma inteligente del Partido bolchevique.

En suma, un libro que sería completo si tuviera un poco de espíritu

crítico no revolucionario, es decir, no comunista, si se atreviera a examinar desde un punto de vista personal los acontecimientos de la revolución bolchevique. Pero, a pesar de eso, está muy bien.—
M. R.

UN PANORAMA POLÍTICO DEL MUNDO

Para aquellos que deseen acercarse o conocer en parte la violenta crisis económica y política que sacude, al terminar el año 1931, los cimientos de Europa, el libro del escritor francés Paul Louis, *Panorama Político del Mundo* (1) ofrece una síntesis muy interesante. El dilema planteado por Louis a la civilización occidental, es el de la guerra o la revolución social. La tesis del autor está saturada de pesimismo; pero proviene éste, como el de casi todos los escritores europeos del momento, de las amargas desilusiones dejadas por la guerra, que no solucionó ningún conflicto y, por lo contrario, creó otros irreductibles, y por la extrema crisis económica, que ha arrojado sobre el mundo extensas mareas de desocupados. Louis analiza los orígenes de la guerra y el secreto de los tratados posteriores o simultáneos. Se camina a lo largo de este libro, en medio de revelaciones y de ángulos de sorpresa. Los tratados secretos, que pesaron mucho en las Conferencias de la Paz, y que pesan hoy con no menor gravedad

(1) Ediciones Oriente. Madrid, 1931.

en el Estatuto de la Europa nueva, organizaban la expoliación de una parte del continente por la otra. Los vencedores no tuvieron escrúpulos de ninguna especie, y sin preocuparse de las preferencias de las poblaciones, fueron transferidas de un dominio a otro en los Balcanes, en el Danubio, en la Europa del Nordeste, lo mismo que en las colonias. Cuando América entró en la guerra mundial, el coronel House, el enviado de Wilson, pidió a Balfour, Ministro británico de Negocios Extranjeros, que se le dieran a conocer los Tratados negociados entre los aliados, para el reparto del botín. Todo esto consta en los papeles íntimos de House, publicados en París en 1930. Balfour, al decir de House, manifestó alguna repugnancia por el espectáculo que habían dado las Cancillerías. Existían el Tratado de Londres, de 1915; el de Saint Jean de Maurienne, de 1917, y, además, las cláusulas que impuso el Japón para cobrarse en China y en Oceanía.

Louis deduce que los tratados secretos han dado a la guerra su verdadero sentido; no fué más que un choque de los imperialismos, pretendiendo cada potencia arrebatarse a la vecina territorios y mercados. Este dato basta. Pero las consecuencias fueron funestas. Tan funestas que a varios años de distancia la situación del mundo, lejos de arreglarse, se desconcertó, y especialmente en el dominio de la producción y del cambio. Jamás—expresa Paul Louis—había suscitado la guerra tantos daños materiales, ni había destruído tantos

hombres válidos, en plena fuerza de trabajo y de consumo; pues, por lo que toca a su trabajo, primero, y a su consumo, después, es por lo que han de ser considerados esos hombres. Por otra parte, los pueblos habían aprendido a llevar una existencia ficticia, aclimatando en sus respectivos países fabricaciones artificiales, a las que no podían proveer sino a costa de inverosímiles gastos. Cuando volvió la normalidad, esas fabricaciones, en virtud de los gastos ingentes que demandaban, hubieron de ser abandonadas. Las masas de desocupados se unieron a las tropas descontentas que regresaban del frente, agotadas y decepcionadas por los horrores de la guerra y dieron vida a los sombríos fermentos sociales y económicos, con los cuales lucha Europa en este momento.

Hubo un período de producción intensa,—agrega—porque la demanda de objetos manufacturados, de materias primas e incluso de artículos alimenticios, no conocía límites. Pero en los regímenes de hoy, la producción intensa conduce infaliblemente a la superproducción, como la superproducción al *crack*. «El período inmediatamente posterior al término de la guerra se caracteriza por una actividad industrial inmensa. En los países vencedores, como en los países vencidos, se habían edificado, al amparo de la guerra, fortunas gigantescas. La gente se enriquecía o se arruinaba en pocas horas. Alemania conoció las vicisitudes febriles de la fluctuación del marco. Pero pronto los países europeos comenzaron a lle-

narse de ejércitos de desocupados. La racionalización, que tomaba gran incremento en América y en Europa reducía el personal de las fábricas en los momentos mismos en que el mercado de los productos se hallaba saturado. La entrada del elemento obrero en la estructura política y económica del Viejo Mundo, es un suceso de honda trascendencia para su destino».

«Ya no se trata, escribe Louis, de un fenómeno excepcional, ligado a los momentos de crisis, sino de un fenómeno crónico que subsistía una vez disipada la crisis. El ejército de reserva de los obreros sin trabajo iba a desempeñar, en la vida interna de los estados, en su vida económica, un papel cada vez más importante, bien porque costara sumas considerables a los presupuestos, en donde se hallara establecido el socorro de paro, bien porque crease un foco revolucionario de duración ilimitada.»

De este modo, las consecuencias de la guerra, provocada por orgullosos y ciegos impulsos imperialistas, desequilibró la economía europea y continúa ejerciendo un reflejo agotador sobre los regímenes sociales y políticos del mundo. A períodos de producción intensa, desde 1918 a 1930, suceden etapas de saturación y de anemia. Europa, y con ella toda la América, ha tenido que luchar con déficits financieros colosales, con inflaciones precipitadas y con depreciaciones desastrosas de la moneda. Acumulaciones inmensas de capital se han verificado en beneficio de unos, en tanto que los otros veían escapárseles todos

los recursos y la clase media se proletarizaba. Examínese como se quiera el fenómeno: la situación es casi idéntica en su contenido para todos los países. La desocupación crea fermentos que se ensanchan a todo lo largo de un organismo político y económico, y producen los estallidos que los gobiernos reprimen por la fuerza. La democracia liberal del siglo XIX hizo crisis en su contacto con la guerra. Del mismo modo que los instrumentos del capital financiero atraviesan ahora la más angustiosa y decisiva de sus etapas. No hay un país en el mundo en el que después de la guerra las masas populares, no se hayan sentido arrastradas por la renovación y en el que las instituciones políticas y la estructura social no hayan sido puestas a prueba. La miseria económica crea una solidaridad irreductible; crea, además, un impulso febril de lucha. Este es el punto álgido de Europa. Pues la guerra no sólo vigorizó en forma nunca vista a las plutocracias que nunca conocieron tales facilidades de lucro ni semejantes posibilidades de dominación, sino que anarquizó a las masas proletarias y destrozó a la clase media que hasta entonces había vivido del comercio y de la industria. El fenómeno alemán, por ejemplo, es sintomático. Allí la pequeña burguesía, la del comercio y la de las granjas está aniquilada. La crisis obliga a la reducción implacable para subsistir y, por tanto, el comercio está a las puertas de la ruina. La clase media que representaba el equilibrio entre las fuerzas sociales en lucha, está en falencia o se proletariza.

Un hecho existe de innegable realidad: Europa se arma o está ya armada como nunca lo estuvo antes de 1914. La experiencia no le ha servido de nada y a despecho de las conversaciones sobre desarme, cada gobierno sólo piensa en estar listo para una guerra. Para aminorar la crisis cada potencia se rodea de un cerco aduanero. El mercado internacional se fracciona hasta lo infinito y las represalias que se ejercen provocan hostilidades y crean tensiones. Los Estados no pueden ahora, como antes, encontrar nuevas salidas con la colonización, ya que ambos hemisferios están ocupados y sólo la conquista de un territorio por la violencia puede aumentar los dominios existentes. Para mantener la estructura social y política en crisis, la mayoría de los Estados europeos ha erigido dictaduras tiránicas y feroces. Una racha violenta de autoridad, con derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, cruza por encima de la vieja civilización occidental que había creado al hombre libre, con sentido de su conciencia.

El libro de Paul Louis plantea con gran claridad los innumerables problemas sociales y económicos que Europa sufre en este momento. Analiza los orígenes de la guerra en cuadros de viva documentación, los relaciona con el actual estado de terror de los países europeos, examina con criterio libre los gobiernos dictatoriales y deduce las trágicas consecuencias que una nueva guerra desencadenaría en el Viejo Mundo. Así, en páginas de innegable interés, claras y breves, el autor fran-

cés presenta un cuadro animado de la Europa de actual, en el orden político, social y económico.—*Domingo Melfi*.

TÉCNICA DEL GOLPE DE ESTADO,
Curzio Malaparte, 1931.

He aquí un libro pleno de interés de actualidad. Nuestro tiempo problemático, e inquietante, señala un prodigioso avance del cálculo organizador en todas las esferas de la vida. Estamos bajo el signo de la técnica. Y es que estamos en un período de vertiginosa disgregación de los viejos valores culturales, de los sentimientos hereditarios y de las fuerzas políticas que constituían, hasta no hace mucho, el fundamento de la sociedad occidental.

Donde más ásperamente resalta la anarquía moral de nuestros días es en el dominio de los problemas del Estado. Minado por las violencias de la bancarrota económica del capitalismo, asaltado por la ola creciente de los elementos proletarios movidos por un invencible instinto de vida, el ineficaz Estado que surgió de la Revolución Francesa, empieza a desmoronarse sin remedio. Ninguna fuerza política estable lo afianza. Y los golpes de Estado, reaccionarios o revolucionarios, se suceden con inusitada frecuencia. Es, entonces, de singular interés conocer la técnica del golpe de Estado.

Lo más valioso en el libro de Malaparte es el análisis que hace del golpe de Estado bolchevique, con gran acopio de datos inteligentemente interpretados. Para él la

figura eje de la revolución de Octubre fué Trotsky. A su concepción técnica de la insurrección, a su admirable distribución de las fuerzas, a su enérgica rapidez en la ejecución del plan, se debe el éxito feliz del partido comunista en su asalto al poder estatal. Sin dejar de reconocer la significación intelectual y política de Lenin, Malaparte considera que no es él sino Trotsky el genial organizador de la victoria bolchevique.

De la revolución de Octubre se desprenden claros principios tácticos que deben ser objeto de reflexión para los enemigos y los defensores de un orden estatal cualquiera. En primer lugar, hay que considerar el golpe de Estado como un problema de naturaleza técnica. Una intencionalidad revolucionaria, dentro de una gran ciudad moderna, debe procurar antes que todo, lograr el control de los órganos vitales de la sociedad: correos, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, en general, servicios públicos indispensables. Un grupo relativamente poco numeroso, de hombres decididos y capaces de manejar esos servicios, puede, según la concepción de Trotsky, apoderarse en cualquier momento del Estado.

El error de algunos movimientos revolucionarios como el de Kapp, en Alemania, estuvo en que su objetivo primordial no fué la conquista violenta de los organismos técnicos vitales del Estado sino el dominio de los resortes administrativos y políticos: Ministerios, parlamento, casa de Gobierno, etc. Por el contrario, en la insurrección comunista, fué despreciada la ma-

quinaria burocrática y el golpe dirigido fundamentalmente contra los servicios técnicos. Así mientras el gobierno provisional, privado de toda posibilidad de acción, se debatía vanamente dictando decretos que nadie cumplía, desde el Instituto Smolny, Trotsky, controlaba la capital.

En apoyo de su tesis, Malaporte analiza críticamente diversos movimientos subversivos como el del 18 Brumario, el de Pilsudki, el de Primo de Rivera, el de Kaopp, y especialmente el de Mussoíni, el único que ha conseguido un triunfo durable porque se ha ceñido más estrictamente que los otros a la nueva técnica del golpe de Estado. También estudia con agudeza la defensa que ha hecho del orden gubernamental, Stalin contra Trotsky, utilizando los mismos procedimientos puestos en práctica por este último para derribar al gobierno de Kerensky.

El libro de Malaporte plantea interesantísimos puntos de vista a los actuales dueños del Estado y a los conspiradores que pretenden suplantarlos en el poder.—*F. G.*

BIOGRAFIA.

DANTÓN, por *Jacques Roujon*.

No hace mucho comentábamos en estas mismas páginas la vida de Danton escrita por Hilaire Belloc, y decíamos en esa oportunidad que Belloc no había escrito una vida novelada, pues más que un relato animado y liviano es esta biografía una historia veraz y minuciosa de

la vida del gran demagogo, con esa rigidez acartonada con que llegan hasta nosotros las figuras relevantes del pasado cuando desean presentarlas con fines ejemplarizadores. Decíamos entonces que acaso ello se debía a la propia vida de Danton poco apta para endilgarla por caminos novelescos. Belloc nos presenta un Danton histórico trascendente en *pose* para la posteridad. No se había escrito, pues, la vida animada de Danton. Ahora la escribe Jacques Roujon (1) y en verdad su biografía es novelesca y liviana, con todos los recursos de ambiente, detalles íntimos, diálogos, interés ascendente reteniendo nuestra atención hasta el final, que constituyen las características del género novelesco.

La figura de Danton nos la presenta Roujon en todos sus aspectos y son aquellos detalles insignificantes de su vida íntima los que nos dan el verdadero retrato físico del biografiado. Veamos cómo lo ha visto comer Roujon:

«Esta cena copiosa es rociada con vinos generosos. Danton, la corbata floja, la cara radiante, los ojos rientes, blande con una mano el tenedor, levanta el vaso con la otra, no pierde una sola dentellada, habla comiendo a dos carrillos, dichoso, atlético, tonante y enterrecido.»

Eso es Danton, un hombre glotón, alegre, macizo, vociferante y sentimental a veces, como en aquella actitud de enajenado cuando al saber de regreso de Bélgica que su

(1) Editorial Apolo, Barcelona.

mujer, a la que amaba entrañablemente, ha muerto en forma repentina durante su ausencia, se dirige sin vacilar esa misma noche al cementerio y abraza enloquecido el cadáver ya putrefacto. A los pocos meses vuelve a casarse, porque Danton, como Mirabeau, con quien tiene mucho parecido, era un sensual eternamente insatisfecho.

Contradictorio y apasionado, de natural bondadoso aunque inclemente en apariencias, era Danton antes que nada «un buen vividor» que quisiera que la Revolución fuese una buena muchacha, y cuando distribuye picas lo hace con el oculto deseo de que los seccionarios claven en ellas las menos cabezas posibles.»

Un espíritu así no podía congeniar con el frígido Robespierre, espíritu hierático y enceguecido, en quien la pasión revolucionaria no hacía trepidar en mandar a la guillotina a todos los que no estuviesen incondicionalmente con él. Por eso Danton fué víctima de ese que llamaban el Incorruptible, porque nunca fué conturbado por ninguna de esas pequeñas pasiones humanas que dan a veces la verdadera calidad de hombre.

Sabe Roujon presentarnos a Danton en su vida íntima y pública animadamente; vemos desfilar toda la canalla noble y plebeya de los días rojos del Terror que iluminó con resplandores sangrientos los abstractos principios que inspiraron la Revolución; mas siempre vemos a Danton clamoroso, confiado y comedor, alegre y expansivo, sinuoso en política cuando las circunstan-

cias lo requieran y recogido cuando «lo invade la gran quietud de la campiña». Porque Danton, como buen francés nutrió su espíritu de la sencillez de la vida agreste. Arcis, su tierra natal, lo llamaba desde lo hondo de su ser.

El ambiente, la grito revolucionaria de la Convención, las luchas callejeras, las intrigas, las mujeres, dan fuerza y colorido novelesco a la biografía de este burgués satisfecho y revolucionario, apacible y enfierecido, destacándose, como verdadero héroe de novela, en medio de los numerosos personajes secundarios que viven a su alrededor atentos a sus palabras.

Roujon desaparece dejando que los personajes se presenten por sí mismos, y sólo muy raramente se interpone entre ellos, dando su opinión sobre los hombres y acontecimientos sin frases trascendentales ni patéticas.

No estamos en situación de compulsar documentos ni aun acudir a historias de primera mano, a fin de saber cuánto de verdad y de fantasía hay en esta vida novelada del gran tribuno; pero lo cierto es que nuestro espíritu vive los días trágicos de la Revolución, se adentra en su espíritu, conviviendo íntimamente con Danton y sus amigos, enardecidos por la hoguera atizada por Robespierre. Así, curiosos y conmovidos, hemos respirado la atmósfera caldeada de la Revolución sin preocuparnos si toda esta evocación está rigurosamente ajustada a la verdad histórica.—*Milton Rosset.*

NOVELA

«MAGDA AGUILAR», NOVELA por
Delie Rouge. 1931.

Parece que un excesivo amor a todo lo francés indujo a la señora Delia Rojas a traducir su nombre españolísimo. Tan sólo así se explica un seudónimo asaz original. La señora Delia Rojas ha elegido una máscara casi transparente para hacer su jornada literaria con humildad. Pero puso quizá demasiado espíritu en la búsqueda del seudónimo, pues durante la lectura de su librito éste nos persigue como una idea fija, como un moscardón. Ya que la obra comentada es tan lisa, tan parva de contenido esencial, nos vemos obligados a hacer jurisprudencia sobre la firma del autor, que debe responder de lo que a su sombra se cobija, y que, en realidad, no lo desmiente.

Las máscaras con que los actores griegos denotaban su carácter llamábanse «personas». Estereotipaban con gestos inmóviles las diferentes pasiones. El seudónimo del autor de «Magda Aguilar» es todo una persona... Y si éste hubiese escondido un poco más las manos para mover a sus personajes, de por sí desleídos, habría alcanzado un relativo acierto, dentro de una suave medianía. En «Magda Aguilar» sucede lo estrictamente necesario, y no gracias a un espíritu de síntesis, sino porque su autor se propuso llenar unas pocas páginas, teniendo en cuenta de que no se toleran hoy los novelones por entregas. La se-

ñora Delia Rojas posee entonces un cierto y determinado tino. Pero la lista de sus libros publicados y por publicar es crecida. No obstante, alabamos la bella actitud de esta dama que, cuando comenzaba a brotar el verdadero interés por la cultura en la mujer chilena, se empeñó en fomentarlo. Sus libros son los nuevos aportes de un tesoro ejercicio. Si el sentido de sus páginas queda bajo el dominio de la inanición, su forma es correcta. Pero «Magda Aguilar» está mucho antes de la novela.—*C. Vatier B.*

SAINT - SATURNIN, por *Jean Schlumberger*.—N. R. F.—1931.

La excelente novela que Jean Schlumberger, el amigo de Proust y de Gide, acaba de publicar con el nombre de Saint-Saturnin, constituye un pequeño acontecimiento dentro de la vida literaria francesa de los últimos años que, a pesar de los diversos concursos incitantes, sigue opaca y sin relieve.

No es, claro está, una obra maestra en el sentido clásico. Debemos resignarnos a vivir, entre tanto, uno de esos como remansos de la vida literaria en que el genio francés reposa entre uno y otro parto grandioso con obras correctas, obras que no hacen época y que una época produce para que con ella terminen ni representativas, ni disonantes, que son el «plato del día» del apetito literario.

Pero si la novela de Schlumberger no es tal vez una obra trasdental, está en cambio animada de un efec-

tivo soplo poético, plantea y resuelve algunos interesantes problemas de técnica e introduce una manera que es novedosa y distrae de la retórica novelesca usual. Relato, diálogo, paisajes, cartas, visión psicológica, meditación, todo se sucede con un desorden aparente—sólo aparente: Schlumberger es francés!—que da al libro una agilidad y una diversidad gratas.

La trama se desenvuelve desde distintos puntos de vista que permiten una visión casi integral, casi sinfónica, de los acontecimientos. Los acontecimientos se desarrollan en Saint-Saturnin, finca de los Colombe, de cuatro generaciones de Colombe. El viejo Colombe, hombre de empresa, carácter enérgico, después de la muerte de su mujer comienza a presentar síntomas de locura senil, deseos de realizar una empresa grandiosa de la que habla con misterio, y a comprometer seriamente los intereses de sus hijos.

De sus hijos, Luis lo sucede en la gerencia de los negocios: es el hombre de empresa, el hombre moderno que desayuna en París, almuerza en Bruselas y come en Múnich; Nicolás administra la finca: es el hombre de la tierra, reflexivo, culto, fino, incapaz para la acción; y Jourdain, esposa de un diplomático, es la mujer, la madre. Los tres soportan la locura del anciano, con una sobriedad de aristócratas de raza, y tratan de impedir sus consecuencias estrechando alrededor de su padre un círculo de previsión, de cortesía, de desconfianza, de pequeñas intrigas leales. Temen, más que la ruina a que el viejo los

precipita con sus manejos, tomar contra él una actitud definida de rebeldía.

Al cabo de un año de inquietudes, en que pasan mil pequeñas cosas, y no pasa nada, el hijo de Jourdain, joven oficial impetuoso, llega del Africa, y precipita la sutil situación, desbaratando un proyecto de fuga del anciano.

Esos son los acontecimientos que sirven de pretexto a la obra. Por cierto que el interés no está en ellos, sino en lo que no pasa, en lo que ni sucede en la realidad objetiva y palpable, está en el ambiente, admirablemente sugerido, en las mutuas reacciones de unos y otros personajes, en la poesía delicada y penetrante que fluye de toda la novela. La imagen del viejo Colombe destaca en el recuerdo, solemne, casi trágico, como la de un rey Lear. Pero como la de un rey Lear abandonado por otros hijos en un siglo hostil a la leyenda, a la poesía, aun a la tragedia. Y está hecha, en la realidad de la novela, de pequeñas escenas truncas, de frases, de situaciones a menudo ridículas, de mosaicos dispersos que organiza la imaginación del que lee.

La novela se divide simétricamente en cuatro partes, que llevan por nombres los de las cuatro estaciones del año. El paisaje, el campo que habla y vive en cuatro tonos distintos, el clima psicológico de los personajes y hasta el retardo o el apresuramiento de la acción, sintonizan perfectamente con el nombre de las partes a que corresponden. Esta armoniosa disposición no es, por cierto, uno de los menores

méritos de este libro hábilmente construido.

Hay, además, en él, deslizados sutilmente entre la trama, palpitanes problemas de vida que surgen de antítesis o de discretos símbolos: la oposición entre Luis, el hombre moderno, el hombre faústico, como diría un spengleriano, y Nicolás, el hombre de la tierra, el hombre eterno; la oposición entre el viejo Colombe, deseoso de continuar su vida ya perfecta, y su hijos cuya vida sus deseos pretenden en vano disminuir: el espíritu de la ciudad contra el espíritu del campo, la querrela de las generaciones...

Hay un tacto infinito en la manera como Schlumberger plantea y desarrolla sus tesis. Escribir una novela de tesis destinada a los hijos de los primeros lectores de Bourget es toda una empresa. Pero Schlumberger sale del paso airoosamente: «Saint-Saturnin» es una hermosa defensa de la tierra, la aspiración intelectualista y mesurada del hombre decadente hacia la tierra prometedora de paz.

A pesar de la inteligencia aguda y previsoras y del sentido artístico que revela la construcción de esta novela, de la trascendencia y oportunidad de su tesis, de la acuidad de la visión psicológica y de la sobria brillantez del estilo, hay en ella un no sé qué de no logrado, de no perfecto, de levemente angustioso: tal vez la poesía que pugna por manifestarse, se manifiesta en unos cuantos párrafos vivificantes y se contrae después ante el temor de caer en el lirismo, tal vez el sentir que era posible, con tan excelentes

instrumentos, haber penetrado más adentro en la realidad de la vida, y haber puesto en las ideas una sincera violencia, y el constatar que una preocupación estética e intelectualista empañó a veces la visión del intuitivo y debilitó la expresión del pensador.

«Saint-Saturnin» es la obra de un talento maduro, pero demasiado impregnado de las delicadezas de la decadencia, lleno de mesura, de equilibrio, de penetración, pero sin fuerza ni vigor.—V.

CORTESANA DE DÍA, (novela).—
José Kessel. (Editorial Colón. Madrid).

Entre los escritores franceses contemporáneos, ocupa un lugar singularmente destacado J. Kessel, judío-ruso, formado en el ambiente cultural francés, cuya obra presenta cualidades poco comunes: abundancia y sobriedad de expresión, fuerza trágica contenida en una severa disciplina formal, pasión por los problemas del alma. Libros como «L'équipage», «La Estepa Roja» y «Corazones Puros», le han dado un firme prestigio artístico.

Acaba de llegar a nuestras librerías su novela «Belle de jour» que obtuvo el gran premio de la Academia Francesa. Es una novela desconcertante, de alta calidad psicológica que se desarrolla en una zona turbia, cargada de oscuros y terribles conflictos, dominada por una especie de fatalidad interior. Un complejo morboso, oculto durante largo tiempo bajo la rutina

de una dicha sin quebrantos, extiende de pronto su red inexorable y aprisiona en ella a la voluntad de la protagonista, empujándola hacia extrañas y torturantes aberraciones.

Severina, esposa de un joven médico dotado de las mejores cualidades físicas y morales, a quien ama con tranquila, firme y absoluta ternura, exento de todo fervor sexual, ve interrumpirse el sereno ritmo de su vida con el apareamiento de una torva obsesión. Un poder secreto, que actúa, en el misterio del subconsciente, despierta al conjuro de circunstancias casuales y empieza a gobernar sus pensamientos, sus deseos, sus actos. Trata de defenderse refugiándose en el hondo y puro amor que siente por su marido, pero toda resistencia es vana. La obsesión vence.

Comienza para Severina una existencia doble en la que su alma, oscilante y desgarrada, no encuentra el descanso ni el placer. Por una parte, la vida apacible y sana del hogar, las satisfacciones del lujo, del orgullo, del respeto, el amor apasionado de su marido, la confianza de su corazón. Por otra, de dos a cinco de la tarde, la vida sucia y llena de humillaciones en la casa de citas adonde la ha empujado su obsesión sexual en busca de una misteriosa locura de placer. Y al fin, después de trágicas y degradantes experiencias, encuentra el orgasmo de la carne, que no le ha dado el amor puro, entre los brazos de un hombre bestial, salido del suburbio.

Los escrúpulos amargos, la inquieta tensión moral de los primeros días, van desapareciendo, poco

a poco, entre el creciente placer de su prostitución. Llega a encontrar el equilibrio de su vida, la armonía entre el corazón y el instinto en ese doble juego de su alma y de su carne que se realiza sucesivamente y cotidianamente en su hogar y en el lenocinio. Un límite que ella juzga infranqueable, se alza entre los dos mundos que frecuenta: Pero un día surge el conflicto: las órbitas de los dos mundos se desplazan, se aproximan, se juntan, y los personajes que en ellos se mueven chocan con sus pasiones y sus verdades. «Belle de jour», cortesana de día, es el centro de la tragedia.

Aunque el proceso psicológico de Severina y los episodios de su conducta equívoca obligan a descripciones realistas, la maestría literaria de Kessel y los recursos de su estilo mantienen la novela en un tono de fuerza artística que vela las desnudeces, a ratos repulsivas del instinto, con una fina sugerencia poética. La patológica obsesión sexual de la mujer, los conflictos interiores que la angustian hasta el desfallecimiento, el sombrío poder de los invencibles instintos, las turbadoras oscilaciones de su voluntad, el desorden de una imaginación dominada por las fuerzas subconscientes, están descritos con una penetración admirable.

Aunque estudio de un raro caso patológico, la novela pretende una vasta proyección humana.

Lo que yo he intentado en «Belle de jour», dice Kessel, es mostrar el divorcio terrible entre el corazón y la carne, entre un verdadero, inmenso y tierno amor y la exigencia

implacable de los sentidos. Este conflicto, salvo raras excepciones, todo hombre, toda mujer que ama largo tiempo lo lleva en sí. Se percibe o no, surge o dormita, pero existe.

Y más adelante, agrega:

He escogido este asunto como se toma un corazón enfermo, para saber mejor lo que se oculta en un corazón sano, y como se estudian los trastornos mentales para comprender el movimiento de la inteligencia.—*E. G. R.*

SOL DE OTOÑO, NOVELA, por *Ruperto Murillo*. Imprenta Nascimento, 1931.

André Gide, que no es más que un crisol de sensaciones, la quinta esencia de lo crítico, una idea formal cuya gran potencialidad le capacita para repercutir en el sistema nervioso, nos entrega en cada una de sus etopeyas cien epígrafes trascendentes. Hoy, al leer el nuevo libro de Ruperto Murillo, recordamos este viejo concepto, remozado por el maestro: «La nature a horreur du vide». Y lo citaremos siempre que caiga en nuestras manos la obra de un autor que no escribe, sino que se pone a escribir... Que se pone a escribir una novela con cierto buen sentido, a base de esa experiencia de la vida que es casi un lugar común y que la decora con una realidad teatral. La naturaleza tiene horror al vacío. Y estos autores llenan su vacío natural con la vieja imaginación de que hacían alarde los bisabuelos de los actuales poetas. Olvidan o no

sienten que la imaginaria pura, fácil, fuente de por sí, ha debido reemplazarse por una captación de los efluvios espirituales de la vida misma. Por eso sus obras resultan demasiado «tèrre a tèrre» o demasiado fuera de la tierra. Nunca descubrirán la clave de una realidad, de cualquiera realidad, por muy abstracta que sea.

«Sol de Otoño» es una novela que puede entretener al gran público; a nosotros nos entretiene también, es verdad, pero nos deja la sensación de algo que, estando demás, era forzoso...

La nature a horreur du vide. Esto lo repite hasta la saciedad el autor de «Corydon». La nature a horreur de Gide. Esto lo enuncia, originalmente, el doctor Nazier, autor del «Anticorydon». ¡Y confíen Uds. en la perenne inmunidad de las frases inmortales!—*C. Vattier B.*

LA MARISCALA. (Evocaciones campesinas), por *Juan Mario Magallanes*.

La novela y el cuento criollo, que tantos cultivadores tienen en América, y entre los que sobresalen Mariano Latorre y Montiel Ballesteros, van dando la fisonomía propia de paisajes y de hombres sudamericanos a los que leen en España cosas de este Continente.

Y en España interesa y apasiona lo típico nuestro más de lo que aquí se cree, mientras no se escatima una sonrisa burlona cuando plumas sudamericanas quieren fijar el am-

biente de Sevilla o de otras regiones ibéricas.

Este libro (1) de Juan Mario Magallanes no es un libro criollo más que se suma a la copiosa bandada criollista. Es un gran libro de un gran conocedor del paisaje uruguayo, que siente el campo y sabe pintarlo con sobriedad, y que conoce la psicología del criollo y trasmite al lector la simpatía con que ha penetrado en el laberinto de esas almas humildes.

Porque en la misma sencillez espiritual del labriego estriba la dificultad que muchos de los escritores regionales no logran vencer. Hay un proceso de adaptación, de desdoblamiento, podríamos decir, que no todos son capaces de realizar.

Acaso falte a estos relatos campesinos del prosista uruguayo el nervio central que mueve toda novela, y los contornos apretados del clásico cuento francés. El propio autor, al llamarlos modestamente «evocaciones campesinas» ya nos dice que no pretende que se encajille su obra entre las novelas o los cuentos sudamericanos. Le basta con que sean relatos de su tierra.

Dominio absoluto de la forma, gran conocimiento del idioma, novedad y justeza en los adjetivos y riqueza de imágenes que nos dan la impresión de haber sido afanosamente buscada, hacen de este libro oriental un gran libro americano.

De todos los relatos que forman *La Mariscal*, *Serenata*, en que revive la época colonial, y *Riña*, que pinta de mano maestra una pelea

(1) Editorial «La Cruz del Sur», Montevideo, 1931.

de gallos, nos parecen lo mejor entre todo lo bueno del libro.

Si con algún escritor chileno pudiera compararse a Juan Mario Magallanes, sería Federico Gana el elegido por nosotros. Tiene el prosista uruguayo la misma elegancia espiritual de nuestro compatriota, que vivió y sintió hondamente la vida del campo chileno, penetrando el alma criolla, pero escribió sus obras sin dejar nunca de ser el patrón entre sus personajes, aunque no apareciera entre ellos.

Conocíamos a Magallanes como poeta por su libro *La Ruta*, publicado en 1922, y nos sorprende ahora con su magnífica prosa que más de algún novelista fogueado tendrá que envidiarle. Grata sorpresa, por magnífica y por lo bueno que augura.—
P. S.

POESIA.

ROSAS DE CERA, *poemas de Yolanda Reyes*. Quito, 1932.

Recomendamos y no aconsejamos hacer una revisión de este maravilloso herbario. Es lo más ponderado que puede producirse en materia de hipertrofia tropical. Trae «composiciones» dignas de ser bordadas a mano para servir de premios en un colegio de monjas Carmelitas. Sólo podrían ser más dulces que ellas mismas; pero, en todo caso, son veinte ejemplares de elefantiásis romántica. Sus versos, de metro perfecto, han sido inspirados por el agua de Melisa y una luna de

vaselina, perfumada con Ambrosía celeste o con L'Origan falsificado. Una ingenuidad tan grande como las pretensiones de este pequeño libro salvaría a su autor.

¡Rosas de cera, rosas de altar, rosas fiambres!

Rosas antropomórficas, ultraterrenas como un misticismo de beatas quiteñas. Olorosas y repulsivas como flores de capilla ardiente. Rosas que no se deshojan; ¡se derriten, se derriten!.—C. Vattier B.

RÍO DE JANEIRO, CIUDAD DE HECHICERÍA. Poemas de *Gastón Figueira*.

Diez y ocho libros de poesías tiene ya a su haber este difundido poeta uruguayo. Magna labor para un lírico sudamericano, ya que en estas tierras no suele hallarse la gloria literaria, y rara vez consigue el hombre de letras vivir de su pluma sin descender al periodismo.

Glosas de su vida durante algunos meses en la bella capital del Brasil, adolece este libro (1) de Figueira de ciertas improvisación, que resta elegancia a la forma, y hay algunos motivos demasiados vulgares a los que ni el autor ni nadie podría sacar provecho lírico.

Pero tiene la obra de Figueira poemas tan hermosos como ese *Parque do Poverello* y *Praia de Guanabara* que la falta de espacio nos impide copiar íntegro y que bastan para hacer olvidar el pecado de falta de selección en que ha incurrido el poeta.

(1) Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1931.

Todo Río Janeiro, con sus playas, sus alegres ferias populares y sus islas floridas, queda en este bello libro del poeta uruguayo para asombro de los que no conocen las divinas tierras del Brasil.

LÍNEA DEL ALBA, por *Juvenal Ortiz Salarégui*.

Desconcierta un poco el libro de este joven poeta uruguayo, no bien adentrado en la corriente de vanguardia, pero oscuro en ocasiones como un vanguardista contumaz.

En los *Poemas de la Noche*, y signado con el N.º VI, viene el que aquí copiamos:

Estoy con la frente para atrás.
Me filtro
y cae el llanto de tus ojos al cielo.
Estiro mi corazón y no te alcanzo.
Tú bajas tu oración,
mástil del cielo.

O estamos muy atrasados en achaques líricos, o este autor uruguayo está muy adelantado para la época.

Estiro mi corazón y no te alcanzo es, en realidad una expresión novedosa, pero es lo único que hay en las líneas precitadas, y una línea no puede salvar la falta de sentido del poema. Tal vez otros aprecien esa belleza que a nosotros se nos escapa.

No es este comentario negación a una manera poética hoy bien en boga; sólo hemos querido señalar a los lectores de *Atenea* un botón de vanguardia, para que lo sabo-

reen los que tengan paladar ultra-refinado.

Entre las cosas bellas que hay en el libro (1) de Ortiz Salarégui, el *Canto a los pájaros de tu piedad*, lleno de sugerencias y claro de expresión, nos parece un acierto magnífico.

Poeta joven, él sabe mejor que nosotros lo que puede aguardar del futuro. No caeremos, pues, en la tonta simpleza de un pronóstico.

POEMAS AUTOMÁTICOS, por Manuel Agustín Aguirre.

De todos los libros vanguardistas publicados en América y recibidos en *Atenea*, acaso ninguno representa con mayor precisión la nueva moda lírica que el de este joven ecuatoriano que aquí comentaremos.

El título, la falta absoluta de mayúsculas y de puntuación le sitúan, desde luego, gráficamente, entre los avanzados. Aunque no es el primero, ni será el último, que intente desconcertar atropellando la ortografía, no es supérfluo anotar aquí tales cosas para que se le ubique con facilidad.

Hemos dicho ya en otras ocasiones, y en estas mismas columnas, que el uso y el abuso de la imagen—mientras más descabellada mejor—es, por excelencia, el distintivo de los poetas de vanguardia.

Veinte y cinco poemas forman el libro de Manuel Agustín Agui-

rre, y cada uno de ellos no es sino sucesión interminable de imágenes extrafalarias—y es claro que entre esa avalancha las hay bellas y precisas—que, sin ilación y sin sentido de unidad, apenas si arrancan una sonrisa benévola a la curiosidad del lector.

Estos poemas deshumanizados, sin belleza de forma y sin emoción, nos hacen pensar en la pintarrajeada paleta de un retratista que alguien quisiera exhibir como su obra maestra. Quedaron en ella tonalidades grises, violetas, azules, anaranjadas, medios tonos, sin orden ni concierto, y dan al ojo una grata sensación colorista. Pero no logran formar un retrato, ni un paisaje ni una naturaleza muerta. Son, simplemente, manchas de una paleta.

Siempre hemos pensado que esta innovadora corriente poética no será perdurable, y apenas si dejará el recuerdo sonriente de su paso por la literatura de hoy.

Es bien sensible que todo poeta joven se crea en la obligación de iniciarse en la ruta vanguardista, temeroso de aparecer retrasado. Desoyen la voz de su temperamento, que a muchos les enderezaría hacia el clasicismo, y, desprecian la lógica de la poesía eterna, logrando sólo distraer regocijadamente.

Copiamos aquí el Poema 16 de estos *Poemas automáticos*, (1) que dirá al lector mucho más que todos nuestros comentarios:

cogí una carcajada por los pelos
y la vacié en una botella
exprimí los ojos de una mujer

(1) Biblioteca Alfa.—Montevideo, 1931.

(1) Imprenta Gutenberg, Guayaquil 1931.

como dos limones humeantes
(una copita cada media hora)
la tarde se ha quedado abierta de
[par en par
y la noche se ha entrado de punti-
[llas
la muerte me comerá la cabeza
como un terrón de azúcar
hay que subir las gradas en caracol
de la fiebre
mientras el frío castañeteando los
[dientes
hunde sus brazos flacos en las chi-
[meneas,

Entre las imágenes acertadas que
tiene el libro de Aguirre, queremos
citar algunas, cogidas al azar:

Los ciegos muy tranquilamente
se fuman toda la sombra
en las cachimbas de los ojos.

las lechuzas voraces y los cuervos
le sacaron los ojos al día.

La guillotina del reloj
hendiendo el cuello de las horas.

Pero estos pequeños asomos no
salvan a un poeta ni valorizan su
obra. Se requiere algo más, que este
poeta ecuatoriano no sabe o no
quiere darnos.

Ingrata tarea, para el comentador
que gusta del buen verso en que
se da la buena poesía, el rápido
buceo en estos libros de avanzada.
Y acaso más de alguien se empeñará
en ver un premeditado afán de ne-
gación en lo que sólo es análisis
sereno.—P. S.

ENSAYOS

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD, por
Bertrand Russell.

He aquí un libro cuyo título hace
sonreír. ¿Habrá quien piense hoy
en la conquista de la felicidad? El

mundo está preocupado de cosas
más graves; los hombres casi no
necesitan de ella. Les basta ser
ricos a algunos a otros les basta
ser inteligentes y la idea de feli-
cidad que tienen es la de una fe-
licidad que no es tal. La aspiración
de la mayoría de los hombres es la
satisfacción y la satisfacción no es
la felicidad. Es, casi siempre, egoís-
mo puro.

Y si no fuera porque este libro
viene firmado por Bertrand Rus-
sell, creeríamos que es uno de esos
libros inútiles, escrito para seño-
ritas cursis o jovencillos enamora-
dos, con recetas para determinados
casos. El propósito de Bertrand
Russell está expuesto en el prólogo
del libro:

Este libro (1) no se escribe para
los cultos ni para quienes creen que
no se debe hablar sino de proble-
mas prácticos. En las páginas que
siguen no se encontrará profunda
filosofía ni concienzuda erudición.
Mi propósito es hacer algunas ob-
servaciones, que me parecen ins-
piradas por el sentido común. Todo
el mérito que atribuyo a las rece-
tas que al lector ofrezco, es que
están confirmadas por mi propia ob-
servación y experiencia, y que han
aumentado mi propia felicidad siem-
pre que he procedido de acuerdo
con ellas. Por ello me atrevo a es-
perar que algunos de los muchos
hombres y mujeres que son des-
graciados sin quererlo, encuentren
su situación diagnosticada y sugere-
do el método de escape. He escri-
to este libro en la creencia de que
muchas gente desgraciada puede ser
feliz mediante un esfuerzo hábil-
mente dirigido.

(1) Espasa Calpe, 1931.

En realidad, los propósitos del pensador inglés es el mismo que pudiera tener cualquier libro destinado a esos fines, pero qué diferencia entre lo que puedan decir aquellos libros y lo que dice éste. Lleno de sabiduría humana, de aquella sabiduría que no se aprende sino que se crea con el vivir, que no se recoge en los libros sino que se ha aprendido en la escuela de la propia experiencia, el libro de Bertrand Russell es utilísimo, y lo es porque llama al hombre a la realidad cercana, le recuerda la atmósfera en que vive y los modos de airearla y recrearla.

Es un libro para gente sana, es decir, para gente que crea en la posibilidad y que sienta la necesidad de vivir una vida tranquila. Es también un libro para gente desgraciada que quiera dejar de serlo que no se empecine, románticamente, al modo de los poetas románticos, en ser desgraciado, creyendo, equivocadamente, que la desgracia es una fuente de inspiración o de energía.

La vida no debe concebirse como un melodrama en el cual el héroe y la heroína atraviesan dificultades increíbles hasta llegar a un final dichoso. Yo vivo y gozo de mis días; mi hijo me sucede y goza de los suyos, y a él le sucede a su vez su hijo. ¿Por qué hacer de esto una tragedia? Por el contrario, si yo viviera eternamente, los goces de la vida acabarían por perder fatalmente su sabor. Siendo como es, la vida conserva perennemente su frescura.

Me calenté ambas manos ante el
[fuego de la vida;
esto se hunde, y estoy dispuesto
[para el viaje.

Esto no es el *Eclesiastés*; es una doctrina de vida y no de muerte y desolación.—*Manuel Rojas*.

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD, por
Bertrand Russell.

Un examen rápido, que no por serlo deja de ser interesante, es el que hace Bertrand Russell de las teorías socialistas que pretenden reformar la actual sociedad. No hay hombre que actualmente deje de pensar en las posibles formas de una nueva organización social. Es el tema del momento: ¿qué sucederá? ¿Qué formas sociales vendrán a reemplazar a las actuales, que se sienten bamboleantes, que no satisfacen a la casi totalidad de los seres humanos?

El intento de concebir una nueva y mejor organización de la sociedad humana que substituya al caos destructivo y bárbaro, en el cual los hombres han vivido hasta ahora, no es en manera alguna moderno: es, por lo menos, tan antiguo como Platón, en cuya *República* dió el modelo para las utopías de los filósofos que le sucedieron.

Bertrand Russell examina en este libro las posibilidades de realización que tienen las teorías socialistas, anarquistas y sindicalistas. Después de historiar el origen de ellas y de narrar en forma somera la vida de cada uno de los hombres que crearon o dieron cuerpo a esas doctrinas de organización social, estudia los inconvenientes que presentan para ser llevadas a su reali-

zación. Inmediatamente después, expone las virtudes de cada una y el mayor o menor valor moral, político y económico que tienen. Finalmente, mezclando lo mejor de ellas, propone una forma de organización social.

Esta forma de organización social que el autor del *Análisis de la materia* propone en este libro (1) contempla por separado cada uno de los problemas sociales: la educación, el trabajo, las formas de gobierno, el reparto de la riqueza pública creada por los miembros de esa sociedad, en fin, de todo aquello que en la actualidad anda mal y amenaza caerse. Su posible sociedad es una mezcla del anarquismo y del socialismo gremial inglés, sistema que poseen, el primero, los principios políticos que Bertrand Russell considera mejores, y el segundo, los principios de organización económica más aceptables.

El mundo que tenemos que buscar es un mundo en el cual el es-

píritu creador esté vivo, en el cual la vida sea una aventura llena de alegría y de esperanza, basada más en el impulso de construir que en el deseo de guardar lo que poseamos y de apoderarnos de lo que poseen los demás. Tiene que ser un mundo en el cual el cariño pueda obrar libremente, el amor esté purgado del instinto de la dominación, la crueldad y la envidia hayan sido disipadas por la alegría y el desarrollo ilimitado de todos los instintos constructivos de vida y la llenen de delicias espirituales. Un mundo así es posible; espera solamente que los hombres quieran crearlo.

Estas palabras y estas esperanzas parecen ingenuas, pero no lo son. Si se piensa en el valor que tiene la educación del niño, los admirables frutos que podría dar en una o dos generaciones si se la desviara en un sentido propicio a un sistema social como el que propone Bertrand Russell, se verá que ello no es imposible. Lo difícil es empezar. Pero alguna vez los hombres empezarán. Esa es la esperanza del autor de este libro y la de millones de hombres.—*M. Rojas.*

(1) M. Aguilar, editor.—Madrid, 1932.

ALBERTO EDWARDS

En prensa ya este número de nuestra Revista, que debe aparecer en los primeros días de Abril, sobreviene la muerte de Alberto Edwards, «EL ÚLTIMO PELUCÓN». No podemos sino, rendirle por esta causa un homenaje breve. Decían de él que era un monárquico. Quizá. Estaba impregnado en la tradición política, autoritaria, que comienza en Portales y en Manuel Montt, dos tenaces organizadores de la República, y que no pudo fructificar más adelante, porque la evolución de las ideas políticas y de gobierno se orientaban obstinadamente hacia un ideal, cada vez más liberal. Edwards era partidario del ejecutivo fuerte, dominador. Más que todo de una tradición de sobriedad política, austera, solo, posible, en los comienzos de la organización republicana. Solo que esta posición ideológica le impidió, en muchas ocasiones, penetrar en la verdadera médula del mundo nuevo, nacido de la post-guerra y combatió con toda la fuerza de su temperamento, las doctrinas democráticas avanzadas. Todos sus libros, especialmente LA FRONDA ARISTOCRÁTICA, están orientados en esta concepción de gobierno. Su viaje a través del panorama político chileno, es un viaje de emoción o de admiración hacia las formas de autoridad. De los libros de interpretación de nuestra realidad política es quizá, de los más interesantes y más llenos de novedad. Trabajaba a la manera spen-

gleriana, trazando grandes cuadros, de sobria factura y un poco fatalistas, porque veía la lenta y segura descomposición de la sociedad, sacudida por la acción de las teorías demagógicas.

De la ADMINISTRACIÓN DE MONTT, ha dejado capítulos admirables, por la intensidad, por la documentación, por la energía del análisis. De los historiadores políticos es el menos fatigoso. Trabajaba sobre materias áridas, dándoles una sensación de frescura y de novedad, que hacían particularmente grata su lectura. Y es que en el fondo de ese hombre de apariencia huraña, había un imaginativo. Una sensibilidad que pugnaba por desbordarse. El género histórico no lo agostó. como a tantos, que parecen escribir con nieve o con papel mojado. Vivía en él un doctrinario y aun cuando sus ideas, chocaran con las nuestras, le seguíamos con sincero interés en la elaboración de su pensamiento, en la trayectoria de sus vigorosos esquemas.

Vivía voluntariamente recluso en una soledad que sin duda extrañaba a los que no conocen de que renunciamientos está hecha la vida de los labradores del pensamiento. Era un gran estudioso. Un temperamento henchido de energía, tal vez a contra pelo con nuestra realidad, puesto que la tradición se erguía viva y fuerte en él, y solía encadenarlo a un mundo ya desaparecido. El mundo contradictorio de hoy, de transición penosa, hecho de grandezas y de miserias, de brutales materialismos y de increíbles desprendimientos, le causaba, sin duda la impresión de lo que se hunde en una tierra sin auroras, blanda y opresora, indiferente, fría, sin cordialidad. El tenía otra concepción de la vida. Con todo es una de las plumas históricas de mayor relieve de que puede enorgullecerse Chile. Era una pluma viva, áspera en ocasiones, sensible, por momentos impregnada de limpia imaginación. Recorrer las páginas que han quedado sembradas en la revista PACÍFICO MAGAZINE,

que él fundara con Díaz Garcés—ese otro escritor tan injustamente olvidado, y de tan profundo sentimiento criollo—es realizar un viaje lleno de sorpresas y de encanto a través de la historia, de la crítica literaria y de la fantasía.

No era hombre para actuar en la política activa. Las circunstancias, tal vez sus teorías políticas de autoridad, le llevaron a servir en un régimen en el cual no podía sentirse bien. Y le tocó, por una fatalidad ineludible, la etapa más triste de ese régimen. Es que en las democracias desorganizadas, los hombres son meros juguetes a veces, de las circunstancias. Suelen coincidir las teorías con ciertas formas prácticas de gobierno autoritario, pero la esencia, el nervio, la vitalidad de la doctrina, no puede sentirse solidaria con esos tipos de gobierno, especialmente cuando tales regímenes carecen de un principio filosófico superior. Y Edwards tenía un concepto, una filosofía de la política.

La muerte de Alberto Edwards, es una gran pérdida para las letras chilenas, y «ATENEA» rinde este homenaje al que fué también, uno de sus colaboradores.

M.

GLOSARIO

PARA los escritores americanos parece haber sido escrita la sentencia de Nietzsche, tantas veces repetida: «No te pese tu soledad, hermano, que ya llegará rengueando, la hora de la justicia...». Para unos, tarda siglos... Para otros apresura el paso; pero siempre llega cuando ya no queda del escritor sino un montón de huesos amarillos... Condición de los ambientes americanos. El escritor vive en permanente tragedia, no de actos, sino de espíritu. En lucha sorda, desigual, contra un medio hostil y refractario. Siempre desconocido, zaherido o postergado. Al criollo le interesa más el político mediocre que dice cosas mediocres. El tirano que arrastra borregos, de las narices. O las momias acartonadas que, desde los parlamentos o de los ministerios, ayudan a malgastar alegremente los caudales públicos.

Eustacio Rivera no alcanzó a vislumbrar lo que después de su muerte, acaecería con su novela *LA VORAGINE*. Hoy se la disputan los editores de América y Europa. Primero, a raíz de su muerte, graznaron los cuervos. Es decir los editores clandestinos. Amparados en la total carencia de leyes de la propiedad intelectual que permite todos los hurtos de los frutos que para otros representan esfuerzos y sacrificios, hicieron ediciones tras ediciones, guardándose cautelosamente los dineros recibidos y sin recordar que existía una viuda... Después... después, ha venido la reparación en los editores honestos que multiplicaron las tiradas, llevando a todos los rincones del habla española, la tragedia de los gomeros que Rivera sintió en todo su monstruosa grandeza.

Ahora la célebre revista *EUROPE* que dirige Romain Rolland, en París, acaba de iniciar la publicación francesa de *LA VORAGINE*. Además, una casa editora anuncia la traducción de esta novela que podrá ser conocida por los lectores franceses. Por su parte una editorial italiana ha anunciado idéntico propósito. Esta vez, se cumple rápidamente la sentencia de Nietzsche, puesto que apenas hace tres años, murió Rivera en New York. Sólo que el descarnado fantasma rengueante no encontrará sino el exiguo esqueleto del que, quizá, desconocido en su propia tierra, supo animar con tan extraordinaria fuerza los cuadros de la selva tropical.

ZOLA vuelve al cartel de la actualidad. Se le creía olvidado. Fuera de la moda. Pero los reaccionarios, como siempre continuaban combatiéndole. En los escritores que trabajan con elementos vivos, la moda no cuenta. Pertencen a todos los tiempos. Por eso Francia no había olvidado al autor de *J'Acusse* y de los días frenéticos del proceso Dreyffus. Pero no es sólo por eso por lo que se recuerda a Zola. Su obra es como la inmensa portada de las luchas sociales que hoy conmueven al mundo, y en la revisión y en la adoración de los franceses contemporáneos por Zola hay el reconocimiento de verdades y realidades que el autor de los *Rougon Maquart* anticipó en varias décadas a los inquietos espíritus de este impresionante momento social.

Barbusse ha publicado no hace mucho un libro apasionante sobre Zola. Leerlo es seguir las luchas y las batallas de la escuela naturalista, conocer sus hombres más representativos, el estado de la sociedad en esos días, las transformaciones de la novela. El libro tiene, además, el dinamismo, tan propio de Barbusse, de un verdadero relato novelesco, por la animación de las figuras, todas auténticas y el valor de un juicio crítico certero, puesto que sus páginas renuevan la agitación de ese interesante período que corre de 1870 a 1900.

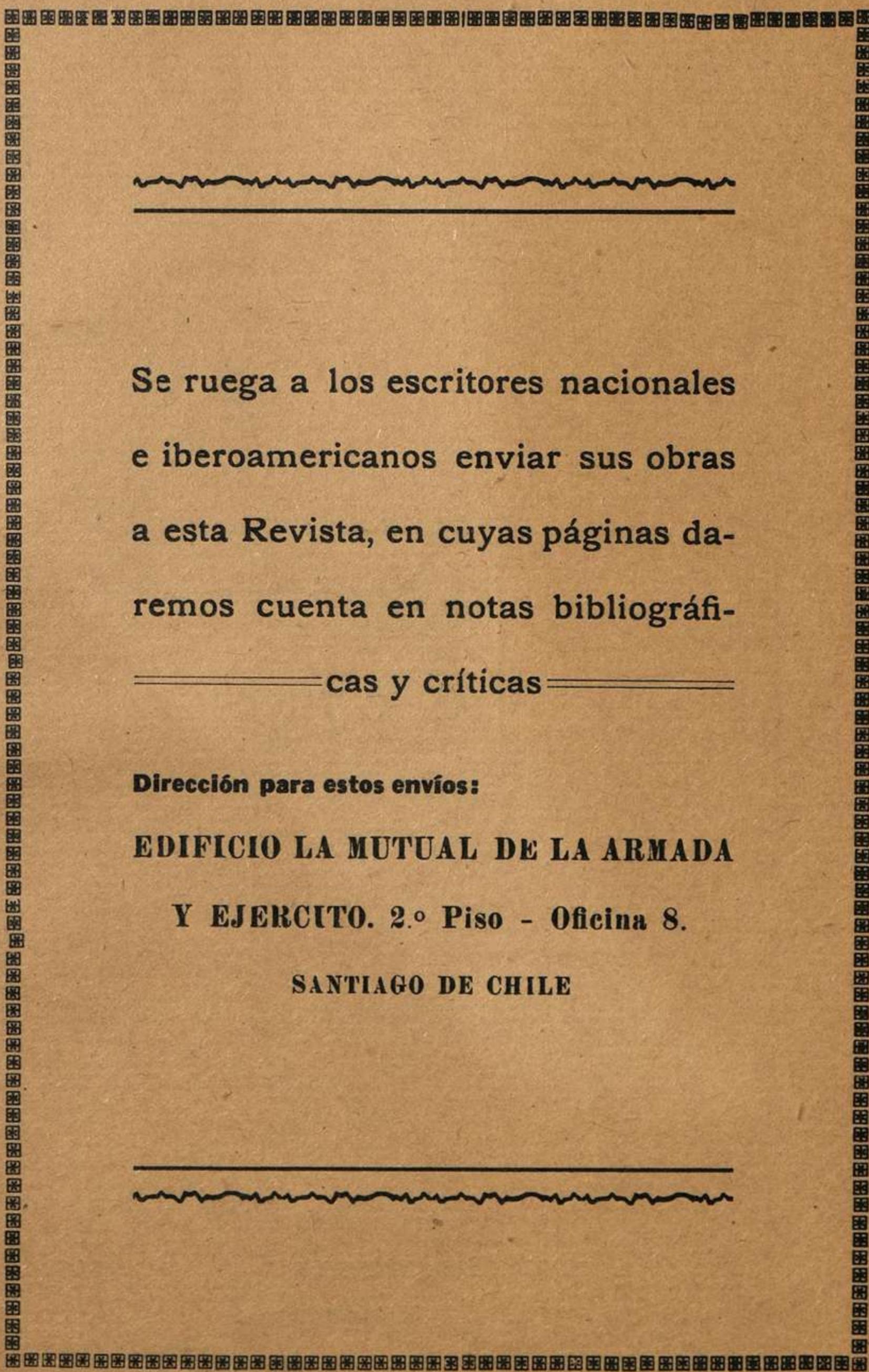
La novela actual—escribe Barbusse—no sería lo que es— en Francia ni en ninguna parte— si no la hubiera aportado Zola sus descubrimientos y sus audacias. Es demasiado suya por varios puntos íntimos. La influencia directa de este hombre es demasiado inmanente—salvo para los pequeños grupos especializados—en la contextura y en la construcción de toda obra imaginativa, escrita después.

A Zola hay que emparentarlo con los escritores que, más que escritores, hombres persuadidos de la bondad de una verdad, han tendido la mano a los demás hombres de su tiempo y lo han hecho con el suficiente poder y el esplendor bastante para que su grandeza sea perdurable.

Más adelante expresa Barbusse este programa para el escritor, que no debe ser olvidado:

Nosotros significamos algo en el desenvolvimiento de los fenómenos vivos, entre el hoy y el mañana. El escritor influye sobre su época, a condición de conformarse con las profundas corrientes de la humanidad, a condición de tener razón. Cura quien tiene razón. Guía quien hace abrir los ojos. El escritor puede engrandecer y precipitar. Sobre la base de la documentación realista, inmutable en adelante, con una fórmula normalmente escapada del libro, con un estilo que debe aprovechar todas las invenciones sin dejar de ser comprensible para todos, él puede ayudar a la vida exterior en sus peripecias espaciales y ser el hombre de las multitudes.

Y Zola fué mucho de eso.—M.



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

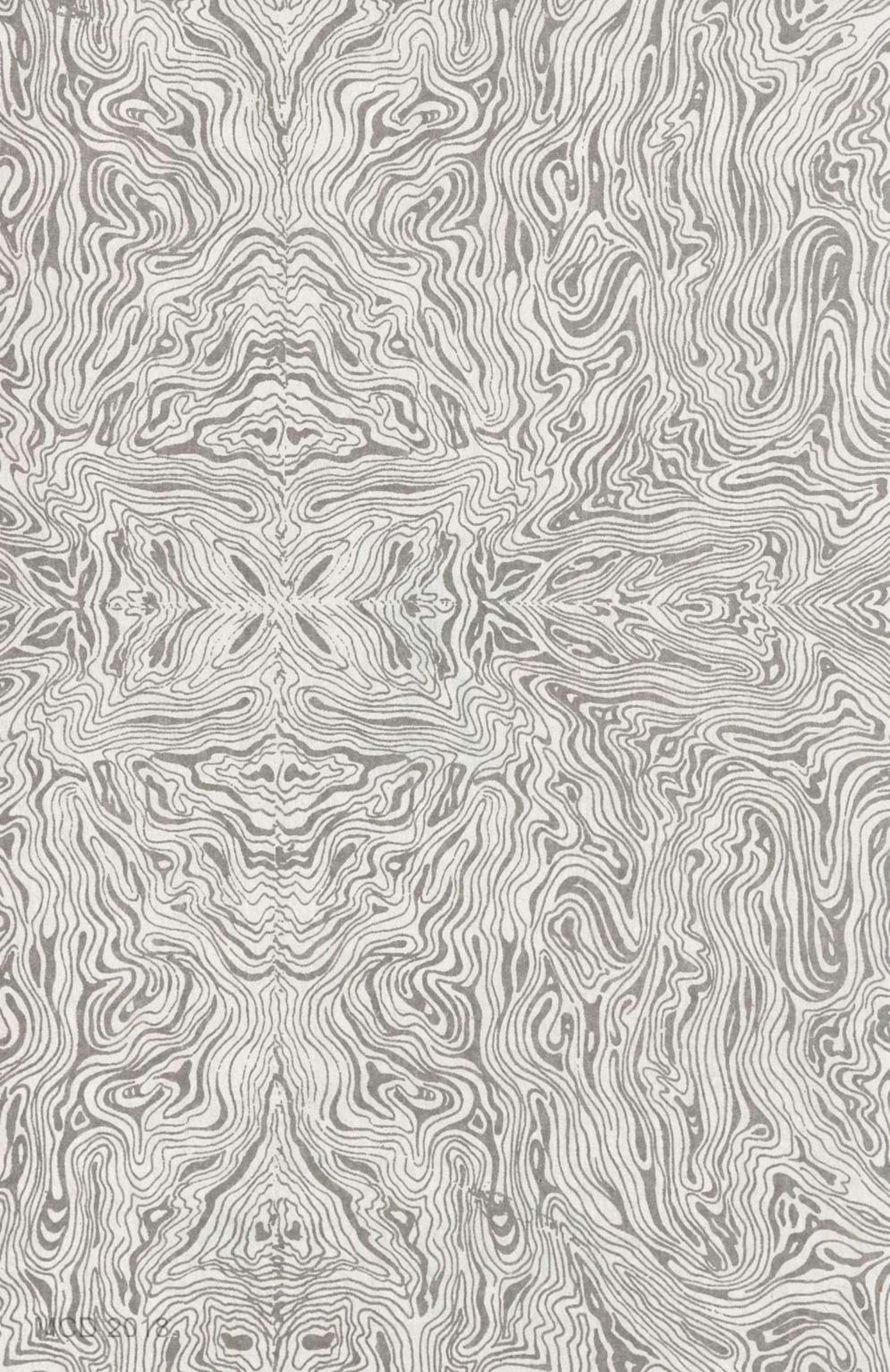
SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018





BR

MCD 2013